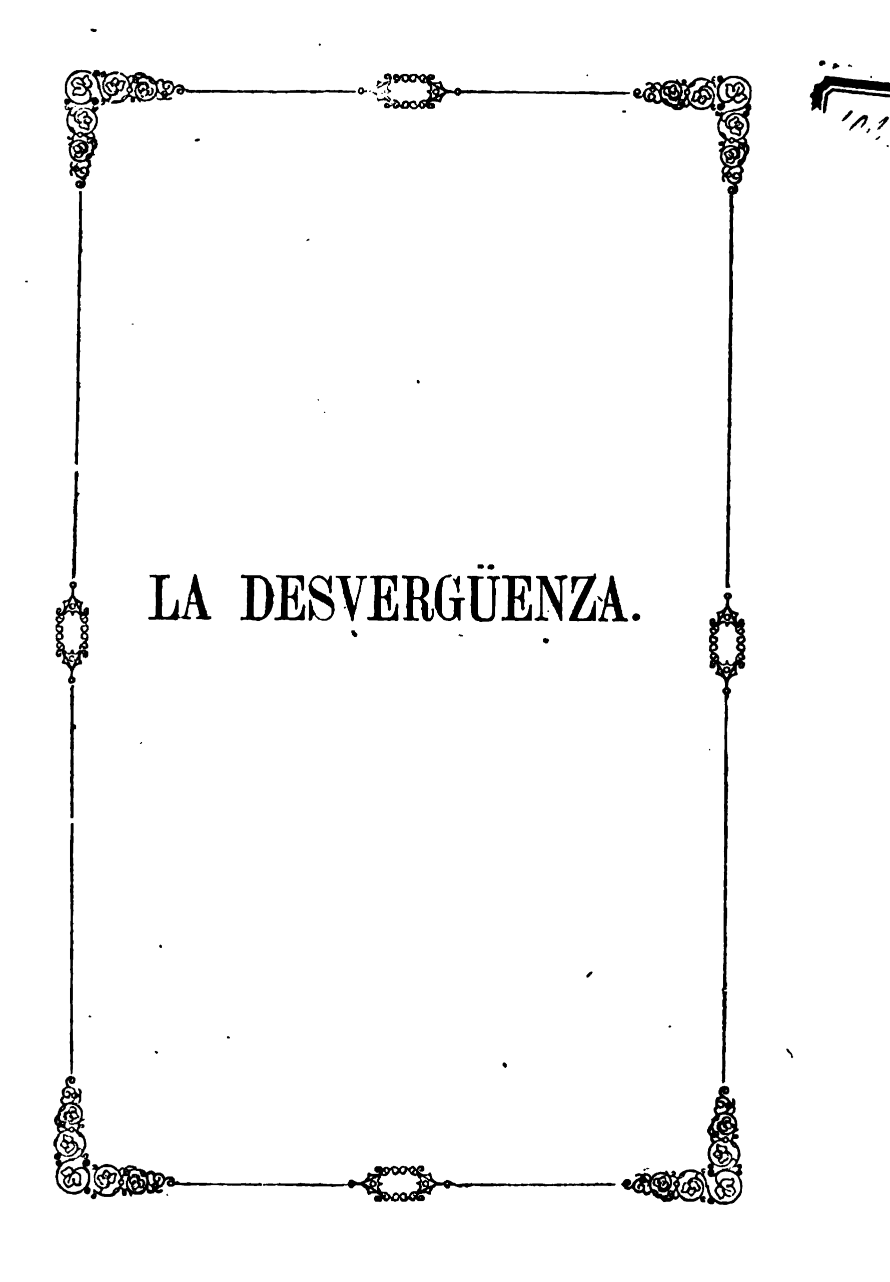


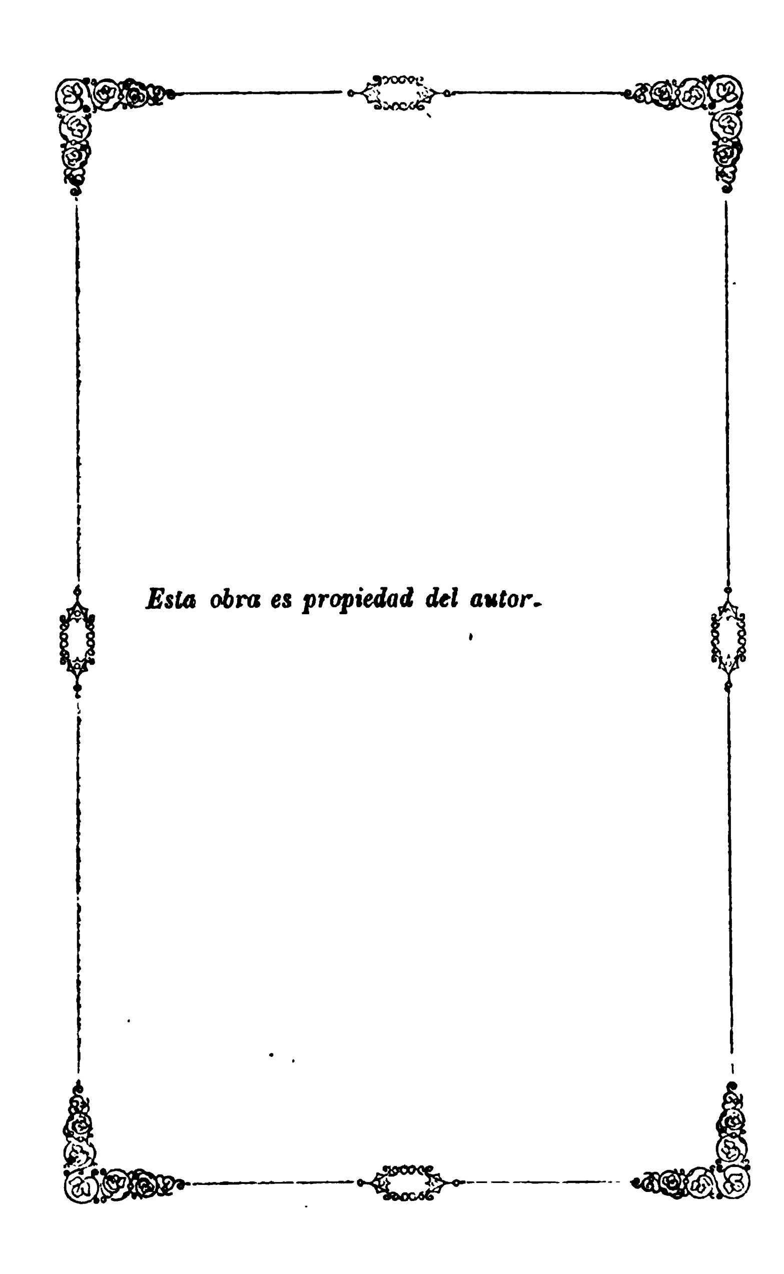

STANFORD UNIVERSITY LIBRARIES



No olvidar, no contar
Ni para siquiera



LA DESVERGÜENZA.





LA DESVERGÜENZA,

POEMA JOCO-SERIO,

DE

DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.



MADRID:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE MELLADO,
calle de Santa Teresa, número 8.
1856.

ADVERTENCIA.

Más de cuatro años hace ya que de primera mano concluí este opúsculo, y más de tres han corrido desde que recibió el último toque de lima. Alentado con la aprobacion de jueces muy competentes, y por la buena acogida que varios fragmentos del poema han obtenido al ver la luz en diversos periódicos literarios, he estado en más de una ocasion dispuesto á publicarlo íntegro; pero por desconfianza del acierto unas veces, otras por indolencia, ó por falta de salud, ó por sobra de ocupaciones, lo he ido difiriendo de mes en mes y de año en año. Hoy por fin más desocupado, aunque no más satisfecho de mi tarea, resuelvo darla á la prensa tal como mi humilde musa entónces la produjo. Muchos y

graves son los acontecimientos y notables las peripecias que ha presenciado España en dicho tiempo; pero este no es tanto ni nuestra regeneracion tan completa, que falte á mis cuadros morales, ya que de otro carezcan, el mérito de la oportunidad; y tanto ménos, cuanto que en ellos me propuse bosquejar imparcialmente lo que me pareció censurable, no en un solo partido, sino en todos; no en personas determinadas, sino en la sociedad entera.



PRÓLOGO.

I.

He aquí, caro lector, un poemita
(El título que lleva no te asuste)
Que toda tu indulgencia necesita,
Tanto es menguado de invencion y fuste;
Mas aunque del maestro Estagirita
No á los famosos cánones se ajuste,
Creo al ménos que, á falta de otra prenda,
Sana y recta moral lo recomienda.

II.

La España de esta fecha en él te pinto
Tal como yo la veo; te lo juro.
Si á veces el color pasa de tinto
(Otro diria de castaño oscuro),
Yo bien la mejorara en tercio y quinto
Y no con otro objeto la censuro;
Mas si Dios la hizo así, pobre de mí!,
Puedo yo remediar que sea así?

III.

Á los vicios combato en general,
Porque yo no sé hacer su apología;
Mas ni un solo retrato individual
Asunto ha dado á la paleta mia.
Si á pesar de protesta tan formal
Te escuece alguna frase, con impía
Mano puedes tacharla, y adelante.
Omnia sub correctione ecclesiæ sanctæ.

IV.

De fijo, si eres hombre de partido
Y del tuyo el espíritu te ciega,
De parcial culparás mi colorido;
Mas si tú dices *alpha* y otro *omega*,
Porque es de opuesto bando, y resentido
Tambien de alguna cláusula reniega,
Probaréis uno y otro de consuno
Que yo no me he casado con ninguno.

V.

Para unos será larga esta monserga
Y otros la acusarán de diminuta;
Quién dirá: «Lo importante se posterga
Y lo accesorio y frívolo se escruta;
Quién de promiscüa tildará mi jerga;
Quién dirá (sobre gustos no hay disputa):
Para epopeya, hay poca poesía;
Para sátira, la hay en demasía.»

VI.

Confieso esta verdad; pero mi tema
Pide de suyo un género mestizo
Que alterne con la chanza el anatema;
Y si á algun aristarco escandalizo
Al ver que con el nombre de poema
Este modesto opúsculo bautizo,
No entienda que hombrearme en el Parnaso
Con Virgilio presumo ó con el Taso.

VII.

En su acepcion más lata uso la voz
Que adapto á mi rimado desaliño,
Y no en ajena miés meto la hoz,
Ni tus sagradas ínfulas me ciño,
Alma Caliope, con descaro atroz;
Ántes, para mostrar que me constriño
Á no pasar los lindes de tu imperio,
Añado el adjetivo *jocoserio*.

VIII.

«Bien; poema en buen hora se intitule,
Replicará algun tétrico erudito;
Mas que el autor satírico articule
Contra la *desvergüenza* airado grito,
Y en épicas octavas nos formule,
Sin perdonar ni el prólogo, su escrito,
Pecado es de poética y prosodia
Mayor que cuantos muestra su rapsodia.»

IX.

Y el adusto censor que así deplora
Mi métrica licencia ¿qué dirá
Cuando mi impenitencia rimadora,
Fechando cual si fuese un albalá
Mi librejo infeliz, le diga ahora
Que principiado fué diez meses ha
Y lo acabé en Abril, año de Dios
Mil ochocientos y cincuenta y dos?

X.

No porque al canto de ínclitas hazañas
Propio han hallado de la octava el uso
Valbuena, Ercilla y ciento en las Españas
De acuerdo con el ítalo y el luso;
Cuando las más inmundas musarañas,
Gran versificador aunque difuso,
Cantó Villaviciosa en este son,
Vedado sea á don Manuel Breton.

XI.

No porque tal estancia ó tal medida
Se adapte más que á otra á tal materia,
Sea de las restantes excluida,
Ahora que somos libres en Iberia.
La epístola *Ad Pisones* no se cuida
De emular con la Eneida altiva y séria,
Y sacó *Humano Cápiti* del yunque
La talla y el compas de *Arma virumque.*

XII.

Y si quisiera ejemplos semejantes
Acumular en prueba de mi aserto,
Sin registrar catálogos y estantes
Lo haria á mi placer. No los inserto,
Porque yo, con perdon de los pedantes,
En esto de rimar tengo por cierto
Que, bien sea batista ó bien retorta,
No la tela, el cosido es lo que importa.

XIII.

Y pues en verso corto ambas Castillas
Así han narrado glorias como amores,
Y todo un Lope en gárrulas quintillas
Cantó de San Isidro los loores,
Y hasta el romance ha obrado maravillas,
Mal que pese á indigestos preceptores;
Bien podrá alguna vez musa plebeya
La clámide vestir de la epopeya.



XIV.

Cual de Ilion la catástrofe y la hoguera,
Cual la guerra de Arauco ó de Acapulco,
Cual la nao de Gama en lucha fiera
Con el marino Dios de arpon trisulco,
Bien puede la moral llana y casera
Que en mis endecasílabos inculco
Tres veces alternar dos consonantes
Y casar los dos números restantes.

XV.

Si alguna vez mi canto se sublima,
De molde le vendrá la veste sacra;
Cuando Delio mis ímpetus reprima
Y haga amainar la vela á mi polacra,
Piadoso manto me será la rima
Que cubrirá tal vez más de una lacra,
Como tantas mucetas y uniformes
De el Miño al Turia, desde el Segre al Tórmes.

XVI.

Resta saber si la sonora octava
Ántes que auxilio insuperable escollo
Fué para que á la cria que incubaba
Diese mi llueca musa desarrollo,
Cuando era fuerza que, áun sin esa traba,
Tísico le saliera más de un pollo.
Lo ignoro. Que lo digan los del arte.
Yo no he de ser á un tiempo juez y parte.

XVII.

Por Ossa y por Pelion juro, no obstante,
Que no á mi vena lecho de Procusto
Ha sido el inflexible consonante;
Y si alguno, oh lector, no es de tu gusto
Porque de raro pasa á extravagante,
Tambien tener en cuenta será justo,
Si el plan que me he propuesto consideras,
Lo que vá de las burlas á las véras.



XVIII.

No á perorar *ex trípode* propendo
En tono de inspirada pitonisa;
Y hace más guerra al vicio (así lo entiendo)
En franco estilo sazonada risa,
Que aparato retórico estupendo
Perdido con el eco en la cornisa.
Desnuda ofende la verdad más santa,
Pero en tono de chunga á nadie espanta.

XIX.

Ni pestañas y cejas me chamusco
Pidiendo al lexicon una antigualla
Y las rimas solícito rebusco,
Como suele entre cantos y morralla
Arqueólogo tenaz, ora el etrusco
Relieve, ora la céltica medalla.
Ellas suelen venir con el concepto,
Y si lo expresan mal, no las acepto.

XX.

Pero en voces y claúsulas y giros
Es rico cual ninguno nuestro idioma,
Ya se eleve â los célicos zafiros,
Ya se amolde á la jácara y la broma,
Ó ya á dulces y eróticos suspiros;
Y hasta cierta anarquía en él asoma
(Fruta quizás indígena del clima)
Que es una bendicion para el que rima.

XXI.

Ahora bien; pues dos voces, tres ó cinco
Consonando entre sí me da el dialecto,
Creo de buena fe que no delinco
Si lo trivial pospongo á lo selecto.—
No puedo remediarlo; doy un brinco
Como si me picase algun insecto
Cuando un poeta flojo y sin enjundia
Ora en *endo*, ora en *ando* me jerundia.

XXII.

Cuanto es ménos vulgar la consonancia
Tanto más en el ánimo se imprime,
Ya la sal de un concepto y la elegancia,
Ya la oportuna máxima sublime.
¿Hay cosa más insulsa que una estancia
En que la musa bajo el peso gime
De *osos* con *abas* ó con *aras eras*
Y no sale de azotes y galeras?

XXIII.

Y áun pase tal incuria en una estrofa
Si con otros primores se rescata;
Mas que otras ciento de la misma estofa
La sigan en narcótica reata,
Y esa locuela exuberante y fofa
Nos dé en limpio una insigne patarata,
¿Cómo ha de tolerarlo á ningun socio
El que no tenga orejas de beocio?—

XXIV.

«Pero con esas trabas se encanija
El estro y la labor se dificulta;
Con ellas no es posible que transija
Del siglo del vapor la lira adulta;
Cantar es, no pulir, nuestra partija....»
Esto responderá la turba multa,
Que siendo tan difícil, áun al paso,
Viajar quiere en telégrafo al Parnaso.

XXV.

Así la patria lengua se destroza;
Así suple al estudio la hojarasca;
Con tanto y tanto ripio y tanta broza
Así Hipocrene límpida se atasca;
Así el lauro de Apolo es ya coroza
Y cada hermana suya una tarasca.—
Mas ¿qué digo? Sin duda á este dibujo
Preside de la hipérbole el influjo.



XXVI.

Si plebe hay en el Pindo castellano
(Y cuándo entre poetas no la hubo?),
De muchos el ingenio soberano
La fama anuncia con sonoro tubo.
Ellos, si en balde yo sudo y me afano
Y ántes ruedo de un tràmo que lo subo,
Ganan la cumbre adonde nunca llego
Y allí alimentan el sagrado fuego.

CANTO PRIMERO.

INVOCACION.

I.

No tú, cándida Vírgen que del Cielo
Tras del primer pecado descendiste;
Hija de la Inocencia, cuyo duelo
El sér te dió que póstuma adquiriste;
No tú, que un tiempo pudibundo velo
Fuiste á la humana faz pálida y triste,
Mi númen serás hoy...; porque, en resúmen,
Si tal númen existe, que me emplumen.

II.

Tal vez allá en el siglo de Saturno,
Del cual sólo el *extracto* está vigente,
Pisó este amargo valle tu coturno;
Mas cuando Astrea huyó de entre la gente,
Pronto, oh niña, entrarias en el turno;
Que, si la recta lógica no miente,
Do la Justicia á declinar comienza
¡Échele usted un galgo á la vergüenza!

III.

No negaré (que de imparcial blasono)
El mérito de Porcia ni el de Árria,
Ya las alzase de la gloria al trono
Virtud celeste ó cívica fanfarria:
La pudicicia en la vestal abono
De antigua Roma ó de moderna Alcarria;
Si bien el que rebusque cronicones
Á la regla hallará sus excepciones.

IV.

Mas si la prez de incólumes doncellas
En más tuvieron que el mundano plaustro,
Tal vez la fosa atroz contuvo á aquellas
Y á estas las llaves cien de austero claustro.
Yo su pudor pondria en las estrellas
Expuesto á luna y sol, Céfiro y Austro;
Mas dijo bien el otro que decia:
«Si votos, á qué reja y celosía?»

V.

Castas matronas hubo en Roma, en Grecia,
Dignas de adoracion con mirra y casia.
¿Quién ¡Oh Artemisa! tu dolor no aprecia?
Viuda sublime, admiracion del Ásia!
Virtud, aunque tardía, hubo en Lucrecia,
Entre tantas discípulas de Aspasia,
Y ¡honor á ti, oh Penélope valiente,
Fiel *cuatro lustros* al marido ausente!

VI.

Mas si á este mundo pecador volviera,
¿Qué diria de Erífile Anfiarao?
¿Qué de aquella gitana zalamera
El que á la gloria prefirió su nao?
Diga de Troya mísera la hoguera
Quién la consorte fué de Menelao;
¡Y ahí es cosa que vale dos cominos
Lo que hizo en Creta la mujer de Mínos!

VII.

Y Fedra á su entenado persiguiendo
Digna fué de tal madre y tal maestra;
Y la fe conyugal te recomiendo
Que guardó al Rey de reyes Clitemnestra;
Y las Danaides, que el puñal horrendo
Clavaron (ménos tú, fiel Hipermnestra)
Despues del *gaudeamus* (esto es ovio)
Cada cual en el pecho de su novio.

VIII.

Mas áun quedaba de pudor un resto,
Que al ménos con el manto de la noche
El tráfago cubria deshonesto,
Temeroso del público reproche:
Todavía el estupro y el incesto
No ostentaban su cieno en áureo coche:
Todavía el pecar no era tan vándalo
Que hiciese gala y pompa del escándalo.

IX.

Faltabas tú, infiel cónyuge de aquel
Emperador estólido infeliz;
Tú que osaste ¡oh rubor! en un burdel
La diadema manchar de emperatriz;
Tú que de Juvenal la santa hiel
Provocaste, y augusta meretriz,
Diste á tu nombre privilegio tal,
Que es ya infame adjetivo proverbial.

X.

Desde entónces la tímida modestia
Fué en la tierra el fenómeno más raro;
Tratada fué de hipócrita y de bestia
La que al vicio decia: *¡Verbum caro...!*;
La virtud fué ridícula molestia,
Y el insolente y cínico descaro
Se llamó gentileza y donosura,
Gracia el insulto, el crímen travesura.

XI.

Cundió la peste hasta el ignaro vulgo,
Y en Lóndres ó París, Roma ó Sigüenza,
De pamplina se apoda ó de repulgo
De empanada ¡oh vergüenza! á la vergüenza;
Y no soy yo el primero que promulgo,
Aunque adagio tan ruin no me convenza,
Aquello de: Era verde y un borrico
Con ella regaló su torpe hocico.

XII.

¿Y quién hará olvidar á los *audaces*
Lo de *fortuna juvat timidosque...*?
¿No oyes á lenguas mil decir procaces,
En la ciudad lo mismo que en el bosque:
«Gocemos; que las horas son fugaces;
Do pique á cada quisque, allí se cosque,
Porque honra y pro no caben en un cesto
Y á prior nunca llega fray Modesto?»

XIII.

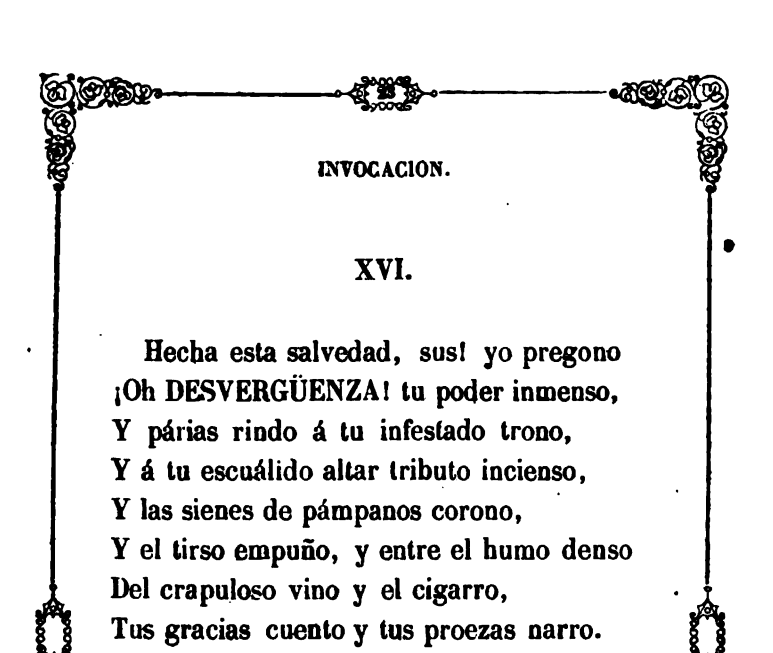
Por tanto, aunque te rinda por de dentro
Mi pio corazon férvido culto,
Acobardado en él lo reconcentro,
¡Almo pudor! ¿Por qué? Porque tu bulto
Tanto se esconde ya, que no lo encuentro,
Y porque temo al pueblo, que en tumulto
Lloverá sobre mí piedras y apodos,
Si solo yo peleo contra todos.

XIV.

Sigo pues la corriente, y como el Diablo
Fama es que un dia en hábito francisco
Predicó con angélico vocablo
Por volver las ovejas al aprisco,
Inversa yo predicacion entablo
Erigiendo al Pecado un obelisco;
Bien que al contraste falta lo esencial;
El ser yo querubin ó cosa tal.

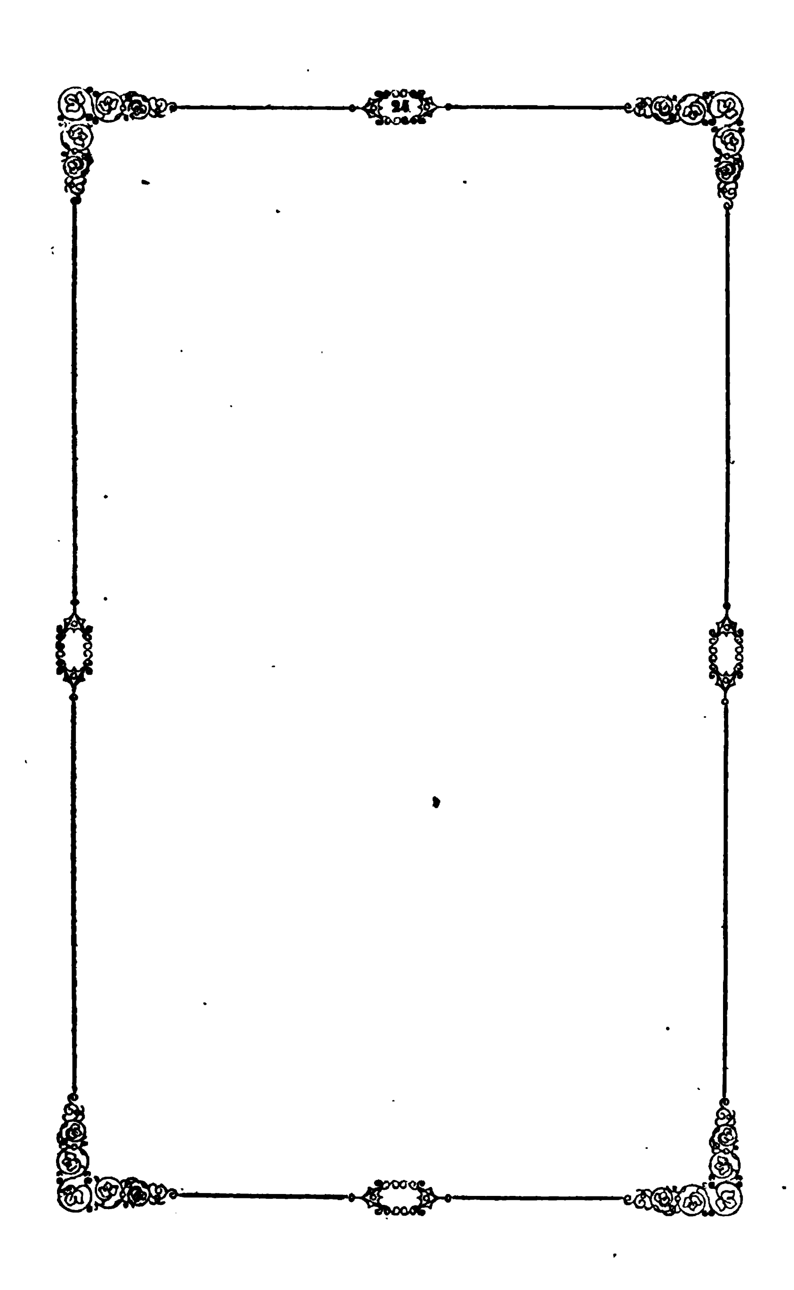
XV.

No es dado ya como *in diebus illis*
Tempestar sin rebozo contra el vicio;
Mas, sin mojar la pluma en atrabílis,
Quizá ¡oh virtud! trabajo en tu servicio
Si entienden los discretos el busílis
De este poema que burlando inicio;
Que á favor de la chanza ó la ironía
Sátira suele ser la apología.



XVI.

Hecha esta salvedad, sus! yo pregono
¡Oh DESVERGÜENZA! tu poder inmenso,
Y párias rindo á tu infestado trono,
Y á tu escuálido altar tributo incienso,
Y las sienes de pámpanos corono,
Y el tirso empuño, y entre el humo denso
Del crapuloso vino y el cigarro,
Tus gracias cuento y tus proezas narro.



CANTO SEGUNDO.

JUSTA REPARACION.

I.

¡Viva la desvergüenza omnipotente,
Emperatriz del universo mundo!—
Mas primero, al estímulo obediente
Que mi conciencia aguija en lo profundo,
Lo que dije en el canto antecedente
Quiero rectificar en el segundo;
Que de consejo, dicen, muda el sabio
Y á la mujer yo debo un desagravio.

II.

«Mitad preciosa del linaje humano,
Triste mujer esclavizada al hombre,
Que tu escudo nació, no tu tirano,
Yo á vindicar tu mancillado nombre...
Et cœtera.» Esto en verso castellano
Dije años ha, y es justo que te asombre
Ver al que tanto en tu defensa dijo
Hoy tus flaquezas denunciar prolijo.

III.

No empero á desamor y grosería
¡Oh Mujer! mi filípica atribuyas.
Soy tu amigo y devoto desde el dia
En que dejando trompo y aleluyas,
Imberbe rapazuelo todavía,
Á adorar aprendí las gracias tuyas;
Y áun las adoro y el adusto Octubre
Mal de mi Abril perdido el fuego cubre.

IV.

Mas como al hombre, tu cruel verdugo,
Bien que suele á tus plantas hilo á hilo
Hasta humillarte bajo el férreo yugo
El llanto prodigar del cocodrilo,
Responsable de su honra hacerte plugo,
Al paso que proclama en torpe estilo
Que eres de frágil vidrio vaso infecto
Y animal, bello sí, pero imperfecto;

V.

No en virtud de una máxima inconcusa,
Sino la usada fórmula siguiendo,
Te apostrofó mi rutinaria musa;
Y si tu nombre en la apariencia ofendo,
Cuando mi pluma cáustica te acusa
En tí á la entera humanidad reprendo;
Ó más bien, y lo digo sin empacho,
No á la hembra ¡pobrecita!..., sino al macho.

VI.

Que si él es fuerte en músculos y nervios
Y tú de tierna y delicada fibra;
Si él dotado de instintos más soberbios
Sobre corcel brioso el asta vibra,
Y si él las leyes forma y los adverbios,
Y hace y deshace y rompe y equílibra;
Ó es fuerza que confiese su impotencia,
Ó á él solo ha de aplicarse la sentencia.

VII.

No diré yo que á la mujer amable,
Por quien mi musa enamorada aboga,
De duro casco ciña y fiero sable,
Ó revestida de severa toga
Consienta que en el foro juzgue y hable,
Ó que en templo cristiano ó sinagoga
Ejerza el venerable sacerdocio...
Y haga con las conciencias su negocio.

VIII.

Que si la fama glorias inmortales
De Semíramis canta y de Cenobia,
Esas bravas matronas y otras tales,
Ya nazcan en la Asiria, ya en Segovia,
Son paréntesis breve en los anales,
Y los dengues y plácemes de novia
Sientan mucho mejor á una muchacha
Que el bonete ó la cota ó la garnacha.

IX.

No sin designio próvida natura
(Poblado el mundo de hombres y mujeres)
Á cada sexo ha dado la estructura
Más apta á sus recíprocos deberes;
Y harto funesto don es la hermosura!;
Que el hombre sólo es parte en los placeres,
Y á la mujer no arrienda la ganancia
De la preñez y el parto y la lactancia.

X.

Y es fuerza que ella contra el cielo peque
Qué le manda que crezca y multiplique,
Ó mal podrá asaltar un hornabeque
Cuando tierno mamon al seno aplique;
Ni es razon que, cargado su jabeque,
Cante *nos tibi semper et ubique*...,
Ó la sorprenda el consabido achaque
Haciendo centinela en el vivaque.

XI.

Mas del tirano que en su pro confisca
Golillas y bengalas y prebendas
Tal es la avara condicion arisca,
Que invade las cocinas y las tiendas,
Usurpando á Jerónima y Francisca
Hasta aquellas pacíficas haciendas
Que propias son del femenino sexo
Y á las cuales el fuerte es inconexo.

XII.

Él cose y peina y guisa y borda y teje,
Faenas todas á su brio extrañas;
Ni áun puedes sin su atroz tejemaneje
El fruto dar á luz de tus entrañas,
Pobre mujer; ni áun logras que te deje
El monopolio de torrar castañas;
Y ¡oh baldon! (ya lo dije y lo reitero)
Yo he visto hacer calceta á un granadero.

XIII.

Y si á tan oprobiosa dependencia,
Egoista varon, tú las reduces,
¿Por qué niegas al ménos tu indulgencia
Á la mujer que oprimes ó seduces?
Si tuyo es el poder, tuya la ciencia,
¡Vive Dios que te portas y te luces
Cuando, sin mejorarla en una tilde,
Tú propio infamas á tu sierva humilde!



XIV.

¿Y acaso de ellas sólo es patrimonio
La mísera flaqueza que reprendes?
¿Y acaso tú tambien, hombre ó demonio,
No prostituyes tu honra, no la vendes?
¿No basta de tu mengua en testimonio
Saber (y aquí no hay fábula de duendes)
Cómo irritaste al Dios de Jericó
Cuando á Sodoma inmunda destruyó?

XV.

¡Y es á tus ojos capital delito
Que, dejando la escoba y el pespunte,
Moza ambulante esgrima su palmito,
Y el columpiado talle descoyunte,
Y hasta que alguno caiga en el garlito
Tosa á cualquier cristiano transeunte,
Y aunque sea mas áspero que un oso
Le diga á media voz: «Á Dios, hermoso!»

XVI.

Tú al ménos no reniegas de quien eres,
Mujer; y el hombre insano se mutila!
Mónstruo maldito de hombres y mujeres,
Cuando sus fuerzas propias aniquila
Y renuncia al amor y á sus placeres,
Que ablandaran á un Jénjis y á un Atila,
No es austera virtud quien se lo manda,
Sino avaricia sórdida y nefanda.

XVII.

Así celoso y suspicaz el turco
De su precioso harem le hace custodio;
No así el turbante le alzará bifurco
De intruso amante lúbrico episodio.
De agria, lampiña tez múltiple surco
Sólo inspira desden y mueve al odio;
¿Y á quién que de odios viva, á quién asombra
El hombre que á sí propio se deshombra?



XXII.

¿Qué le importa, cobrado el estipendio,
La marca de sus hijos y la argolla,
Señal de perdurable vilipendio?
Si así de ruin manjar llena la olla,
¿Qué se le da del pestilente incendio
Con que tifo mortal se desarrolla
En hombres que, prensados como arenques,
Alzados ven, si chistan, los revenques?

XXIII.

Y si allí bajo climas tan adustos
Los hijos que debieron tan amarga
Vida á padres tiránicos é injustos
Son, como irracional bestia de carga,
Más desgraciados cuanto más robustos,
No es orillas del Caspio ménos larga
La lista de doncellas candorosas
Más desgraciadas cuanto más hermosas.

XXIV.

Plantel perene es la region caucasia
Del rijoso agareno á la lujuria.
Vírgenes de Mingrelia y de Circasia
Que, á consentirlo Bétis, Ebro y Turia,
Fuerais de la belleza antonomasia,
Vosotras ¡ay dolor! cual raza espuria
Perdeis, siervas de un déspota sombrío,
Hasta la libertad del albedrío.

XXV.

Al ménos al bozal de Mozambique
No se veda en el índico hemisferio
Que sus amores oiga y gratifique
La que con él comparte el cautiverio;
No á su libre eleccion muro ni dique
Del amo opone el absoluto imperio;
Y al fin si es negro y su fortuna negra,
Tambien lo son la cónyuge y la suegra.



XXVI.

Mas ¿qué dolor á tu dolor iguala,
Expatriada, indefensa criatura,
Que condenada en arabesca sala
Á aborrecida, insólita clausura,
De amor forzado alumna y colegiala,
Por premio á tu fatídica hermosura
Ni oyes tu habla nativa ni á tu mano
Juntas la de un amigo ó de un hermano?

XXVII.

Nace tambien de la comun desgracia
Dulce fraternidad. La suerte esquiva
Que por diverso rumbo os lleva á Tracia
Os une en obligada comitiva;
Mas el hijo de Agar en su autocracia
Áun del fraterno amor ¡sátiro! os priva;
Que si en la servidumbre sois iguales,
De hermanas su capricho hace rivales.

XXVIII.

Tiende la raspa en la mullida pluma,
Y una el café le sirve, otra la pipa,
Otra peina su barba y la perfuma,
Otra á agitar el viento se anticipa
Si el calor ó algun tábano le abruma;
Y todas al antojo, á la chiripa
Son en aquella impura mezcolanza
Deudoras de una efímera privanza.

XXIX.

Ni apénas desarruga el ceño torvo
En pro de la hermosura preferida,
Como quien dice: «De entre tanto estorbo
Hoy sola tú en mi gracia hallas guarida,
Y cuando puedo de mi alfanje corvo
Víctima hacer tu miserable vida,
De tu amor son mis brazos recompensa.
Bendice ¡esclava! mi bondad inmensa.»



XXX.

Alguna habrá que el prepotente labio
Más aborrezca cuanto más sonría,
Y alguna que agradezca á su astrolabio
Entre tantos de horror un fausto dia;
Mas ora tal favor repute agravio,
Ora con él su vanidad se engría,
No impune ha de gozar del privilegio;
Que en odio la tendrá todo el colegio.

XXXI.

Que, por más que repugnen las caricias
De importuno amador, rústico ó necio;
Si yerto el corazon no pide albricias
De triunfos que no anhela, harto más recio
Que brindarle con fiestas y delicias,
Harto más fiero golpe es el desprecio
Á una mujer sensible, y más á aquella
Que empadronada ha sido como bella.

XXXII.

Por dicha el beso y el desden alternos
Sus varias sensaciones neutralizan,
Y á fuerza de veranos y de inviernos,
Ó sus almas al fin se metalizan,
Ó acaban por formar vínculos tiernos
Las que en el noviciado se hostilizan;
Que es muy grande el poder de la costumbre
Y nadie muere ya de pesadumbre.

XXXIII.

Gozosas cacarean las gallinas
Con un solo marido entre la parva,
Que tal vez galantea á las vecinas
Despues que en su corral triunfa y escarba.
Tal suerte os cabe, hermosas concubinas:
Paciencia! Uno con cresta, otro con barba,
No hay diferencia entre el sultan y el gallo,
Y quien dice corral dice serrallo.

XXXIV.

Ni es mucho que á la impúbera rapaza,
Que áun de amor no sintió la flecha aguda
Cuando se vió vendida en una plaza,
Más amable parezca y ménos ruda
Que su avarienta y detestable raza
La que de tosca jerga la desnuda
Y de seda la viste y de brocado
Y con perlas guarnece su tocado.

XXXV.

¿Qué portento si, mansa á quien la halaga,
Herido del amor late su seno?
De patria impía la memoria vaga
¿Será triaca al plácido veneno?
Si los suyos le dan tan mala paga
Y hace Eden su prision el sarraceno,
Y si al fin el mandato es dulce y grato,
Qué mucho que obedezca su mandato?



XXXVI.

Él de infelice sierva adocenada
Puede hacerla sultana favorita.
Hoy la que ayer salia de la nada
Cuanto cumple á su gusto facilita;
Hoy al solo fulgor de su mirada
Tiemblan el babilon y el troglodita,
Miéntras muere quizá de hambre y cansancio
El padre atroz que la vendió á Bizancio.

XXXVII.

Ni tanto es menester para que adore
Tarde ó temprano á su señor y amante:
Basta que en sus entrañas atesore,
Trasunto de papá, cándido infante
Que crezca y se rebulla y nazca y llore,
Y pida teta ó que el ro-ró le cante,
Y ora su labio angélico sonría,
Ora charle en donosa algarabía.

XXXVIII.

Que no hay pasion que el ánima trasporte
Como el materno amor, ni amarga pena
Que bálsamo tan dulce no conforte;
Y aunque, por culpa suya ó por la ajena,
Muchas hay que aborrecen al consorte
Con quien el sí nupcial las encadena,
Ninguna madre en corte ni en cortijo
Deja de amar al padre de su hijo.

XXXIX.

Madre ó no madre, en tanto, la odalisca,
Que asegurada tiene la pitanza,
Transige con su estrella, y rie, y trisca,
Ó toma el fresco en celestial holganza,
Ó juega, ora al bisbis, ora á la brisca,
Ó pone faltas á la que entra en danza,
Ó del bajá se mofa y del eunuco
Saboreando golosa un almendruco.

XL.

Pero esto no del monstruo disminuye
La horrible iniquidad, la torpe infamia,
Que á la inocente niña prostituye,
Y de ángel puro la convierte en lámia,
Y con su propia sangre contribuye
De un alarbe á la muelle poligamia.
Fuego de Dios en él!, que no en la moza,
Ni en el que la ha comprado si la goza.—

XLI.

Y pues ya el pabellon de la mujer
He defendido y puesto en su lugar;
De ese apacible y regalado sér
Sin el cual fuera un yermo nuestro hogar,
Y añadiré si fuere menester
Que cada hembra es digna de un altar;
Rezando por mi parte el *parce mi*
La digresion resumo y digo así:



XLII.

Ya que imparcial á la mujer no loe,
No el hombre lenguaraz la desvirtúe;
Cuando la fama femenina roe
Cuide de que la propia no fluctúe,
Y de sus culpas el proceso incoe
Ántes que á Mirra ó Láis desconceptúe,
Y saque sus trapitos á Agripina,
Y escupa y excomulgue á Mesalina.

CANTO TERCERO.

LAS PANDILLAS.

I.

Cobro de nuevo el fatigado aliento
Y prosigo mi métrico mosaico.—
Pues, como iba diciendo de mi cuento,
(Y perdona, oh lector, si soy prosaico;
Pero es la trompa homérica instrumento
Para el cual me confieso rudo y laico)
Sin que haya ley ni rey que se lo estorbe,
La Desvergüenza es árbitra del orbe.

LA DESVERGÜENZA.

II.

Cómo? Yo lo diré con llano estilo
Cual corresponde al género didáctico;
Que aunque al oir su nombre me horripilo
Y nunca en su milicia seré táctico,
El ovillo se saca por el hilo,
Y tal, que nunca fué ni será práctico
En profesar el arte por activa,
Mal su grado lo aprende por pasiva.

III.

Ni creas que de ciencia es un abismo
Del nuevo templo de Ísis el adepto;
Ántes es tan trivial su catecismo,
Que sin sentir lo cursa el más inepto.
¿Quieres que lo reduzca á un aforismo
De breve frase y rápido concepto?
Pues vóitelo á decir, que tiene gracia:
Audacia, Audacia, Audacia, y siempre Audacia.

IV.

Pero hay audacia generosa y noble,
Como la hay baja, ruin, fea y bastarda:
Corona aquella de laurel y roble
Merece; esta una penca y una albarda:
Esta de ánimo nace artero y doble;
La otra solo en la gloria el premio aguarda:
Cócles y Mucios la primera funda;
Egistos y Sinones la segunda.

V.

Esos de la osadía calculada
Fian más que del brazo de la pluma.
No quemarán como Cortés su armada
Ni osarán debelar á Motezuma;
Ni, como Julio, de la mar airada
En frágil leño surcarán la espuma
Y al barquero dirán: «Alienta, amigo!
César y su fortuna van contigo.»





VI.

Más que del Macedon la fama egregia
Del débil Creso la opulencia envidian;
De aquel á quien la suerte privilegia
Muerden la honra y la quietud insidian;
Más dados á la zapa y la estrategia
Que al asalto y la carga cuando lidian,
Siempre hallan medio de guardar el bulto,
Ó algun patron agenciará su indulto.

VII.

No afirmaré que siempre la bravura
Reñida esté con el procaz descaro.
Bandidos hay del monte en la espesura
Que á triple fuerza embisten sin reparo:
Tal baratero en el Peñon figura
Que disputara con renombre claro
Á Escipiones y Aníbales la palma,
Si no tuviese atravesada el alma.

VIII.

Una de dos supone la osadía;
La ausencia del pudor, ó la del miedo:
Sin éste, se acrisola la hidalguía
De un Gonzalo de Córdoba, un Toledo;
Sin aquél, cielo y tierra desafía
Rufian cuya virtud no vale un bledo;
Mas fuerza es que en audacia á todos venza
El que no tiene miedo ni vergüenza.

IX.

No obstante, por audaz y por travieso
Que un hombre sea y pertinaz y asiduo,
Su fortuna no hará raudo progreso
Si sólo ha de contar con su individuo,
Porque puede arruinarla en un proceso
Y comerse en la cárcel el residuo;
Mas como así uno á uno lo barruntan,
Sueltos los cria Dios y ellos se juntan.

X.

Á bien que el siglo que corriendo va
Tiende furiosamente al *socialismo.*
Todo es clamar en re y en mi y en fa:
«Al prójimo amarás como á ti mismo;»
Pelon que nada tiene (sí, ojalá!...)
Predica con fervor el *comunismo,*
Y otro hace monacal todo un imperio
Alzando en cada aldea un *Falansterio.*

XI.

Y ántes que los *Raspallos* y *Prudones*
Emancipasen á la plebe hambrienta
Bullian mil y mil asociaciones:
Una contra el incendio y la tormenta;
Otra para adobar alcaparrones;
Ya para un banco; ya para una imprenta;
Ya para hallar filones de pirita;
Esta anónima; aquella en comandita.



XII.

Y pues al procomun sirve de base
Una en cada ciudad caja de ahorros,
Y pues ya cada oficio y cada clase
Funda de mutuos sociedad socorros
(La Academia este hipérbaton me pase),
¿Por qué no ha de ser dado á ciertos zorros
Que alcabala no pagan ni laudemio
Formar tambien su respectivo gremio?

XIII.

Júntanse pues en apiñado grupo
Para ofensiva y defensiva alianza:
Cada cual contribuye con su cupo
Ó de chisme, ó de industria, ó de pujanza:
Tal, que nada en su vida hizo ni supo,
Allí de ser omniscio el don alcanza:
Tal, que era ayer más tímido que un rorro,
Es ya un Caupolican dentro del corro.

XIV.

Y si á la sociedad es tan nocivo
Solo un hombre protervo y petulante,
¿Qué será ¡oh Dios! un cuerpo colectivo
Hecho con levadura semejante?
Ménos terrible el escuadron argivo
Fué á las hijas de Príamo expirante;
Ménos estragos hace la langosta
En la campiña de Écija ó de Amposta.

XV.

Una vez instalada la pandilla,
Ay del que no le rinda vasallaje!
Ella es la flor y nata de Castilla:
Negar su omnipotencia es un ultraje:
Si á Juan ensalza, es Dios; si á Pedro humilla,
Apénas goza honores de bagaje:
De honra y de prez se arroga el monopolio
Y á su orgullo es mezquino el Capitolio.

XVI.

Ninguno hace su propio panegírico
(Torpeza en que no incurre un escolástico),
Mas de otro socio al entusiasmo lírico
Es deudor de un capítulo encomiástico,
Que de paso, dogmático y empírico,
Al odiado rival hiere sarcástico:
Que tienen mucho aquel, muchas camándulas
Los que viven de intrigas y farándulas.

XVII.

Para quien viste de su club la túnica
Todos los medios de medrar son lícitos:
Ellos, aunque su fé sea la púnica,
Diz que el público bien buscan solícitos;
Ellos son la nacion genuina y única,
Ó á lo ménos sus órganos explícitos
(Y no merecen ser ni áun los de Móstoles!);
Ellos de la verdad son los apóstoles.

XVIII.

Mas no hay humana industria, no hay oficio
Que esté exento de quiebras y percances;
No hay pescador tan diestro en su ejercicio
Que siempre sea próspero en sus lances.
Cuando es sabroso y pingüe un beneficio,
Todos van ¡puto el postre! á sus alcances.
Si una pandilla su pendon tremola
Otro en opuesto campo se enarbola.

XIX.

¡Allí es verlos lidiar con saña inmensa
Como un tiempo cristianos contra moros;
Allí en crujientes tórculos la prensa
Sudar la hiel de sus tiznados poros;
Allí para el ataque y la defensa
Apurar de su astucia los tesoros!
Y todo con el fin santo y honesto
De mejorar al hombre.... Por supuesto.

XX.

Mas si dura la lid encarnizada,
El pájaro de cuenta ducho y cauto
Se prepara á probar la coartada
Con tretas de Aristófanes y Plauto;
Ó vendiendo á su propio camarada
Absuelto sale porque compra el auto;
Ó contrito, despues del vapuleo,
Clama: «Señor, pequé! *Me espontaneo.*»

XXI.

Otros suelen garlar en dos corrillos,
Á la vez capeletes y montescos,
Comiendo sin vergüenza á dos carrillos,
Y así gordos están como tudescos;
Mas si ambos los desechan como á pillos,
Tan tranquilos se quedan y tan frescos,
Y como odian la sierra y el escoplo,
De la trápala viven y del soplo.

XXII.

Que en hombres de tal laya y tal estofa
Es condicion ingénita y precisa
No dárseles de nada una alcachofa,
Mudarse la opinion con la camisa,
Hacer del qué dirán escarnio y mofa,
La palabra de honor tomar á risa,
Jurar, ya por Jesus, ya por Mercurio,
Y despues hacer gala del perjurio.

XXIII.

No falta quien en público á su jefe
Prodiga á manos llenas el incienso,
Y dice *sotto voce*: «Mequetrefe!
No es digno del baston; ba! ni por pienso;
Mucho orgullo, y no sabe ni la efe;»
Y á la baja lisonja tan propenso
Como á la vil traicion, hoy le levanta,
Y mañana si puede le suplanta.



XXIV.

Que el que es dado á esta vida motilona,
Ya beba agua del Tajo, ya del Po,
Nunca la inicua máxima abandona
Yo primero y yo luego y siempre yo.
Por ende, toda mísera persona
Que tope en su camino, amiga ó no,
Ó ha de ser instrumento de su fausto
Ó víctima inmolada en su holocausto.

XXV.

Oh! Por más que se encomie el alto ejemplo
De Eurialo y Niso y Pílades y Oréstes,
Pocos son ¡oh amistad! los que en tu templo
Materia dan al canto de los prestes:
Los más, aunque por fuera los contemplo
Unánimes, conformes y contestes,
Ó se engañan aleves de consuno,
Ó mártir ha de ser del otro el uno.

XXVI.

Más apretados que hojas de repollo,
Vivirán como Cástor y el mancebo
Que fruto fué con él de cierto embrollo
Y gemelo nació del mismo huevo.
(Y por eso de *Pólux* viene *pollo*,
Y por eso hácia el Bóreas, cuando Febo
Se aleja de los últimos collados,
Entrambos aparecen *estrellados*.)

XXVII.

Digo que unidos como carne y uña
Muchos amigos vivirán, en tanto
Que el demonio no saque la pezuña
Y rompa de su alianza el nudo santo.
Nombra á Cosme virey de Cataluña;
Cubra á Gil, su *alter ego*, pobre manto;
Y cuando Gil á Cosme pida audiencia,
Le dirán: «No recibe Su Excelencia».—

XXVIII.

Volviendo al pandillaje susodicho
(Para que no se diga que mi musa
Salta y brinca y divaga á su capricho,
Y ni áun respeta gárrula y difusa
De Oréstes y de Pílades el nicho),
Pido al pio lector vénia y excusa
Para añadir (el Diablo sea sordo)
Al bosquejo tal cual brochazo gordo.

XXIX.

Tal vez de dos facciones enemigas
Se suspende el feroz antagonismo;
Tal vez juntando glorias y fatigas
De su discordia salvan el abismo;
Tal vez suelen hacer muy buenas migas,
Si lo exige recíproco cinismo,
Para explotar, no el plomo y el azufre,
Sino al pueblo infeliz que paga y sufre.



XXX.

Así cuando tu imperio, insigne Roma,
Obra de valerosos capitanes,
Enervó de los vicios la carcoma,
Y extinguida tu raza de titanes
Todo degeneraba, hasta el idioma,
Y en vez de hombres que honor á ilustres manes
Hiciesen y á gloriosos obeliscos,
Focas hubo en el trono y *Basiliscos*;

XXXI.

Comun pasto á un enjambre y otro enjambre
Fuiste de aquellos nómadas del Norte
Que del Vístula y Don al Mosa y Sambre
Sin otro Dios vagaban que Mavorte;
Y si ántes entre sí reñian de hambre,
Volaron al festin, francos de porte,
Gritando: «Gula y paz! Vivamos todos;
Hunos, hérulos, vándalos y godos.»



XXXII.

¡Gran Dios, cuánto consorcio horrendo, absurdo
El interés impúdico celebra!
¡Cuántos, Gran Dios, que miente ánimo zurdo
Lazos de amante vid, son de culebra!
¡Cuántas veces atónito el palurdo
Ve que á la zorra el gavilan requiebra,
Y no que él es el ganso que *in utroque*
Pagará de su alianza el alboroque!

XXXIII.

Mas rara vez se funden dos pandillas,
Con liga más ó ménos duradera,
Sin que á sus intereses y rencillas
Sea infausto hecatombe otra tercera.
Para esta y otras grandes maravillas
No hay como la política casera.....
Pero es señora que por más de un título
Tiene derecho á su especial capítulo.

XXXIV.

Cuanto he ya dicho y lo que tengo en cierne
Al pandillaje en general se aplica,
Mi pluma por ahora no discierne
Quién es quién, qué procura y significa.
Basta que signo tan fatal gobierne
Á España desde Lepe hasta Guernica,
Para que sea ó pérfido ó salvaje
Quien no diga: Anatema al pandillaje!

XXXV.

Mosaica, heterogénea es la amalgama
De tales gentes, cual pintado jaspe.
Uno aspira á un empleo, otro á una dama;
Este es de Extremadura, aquel de Caspe;
Diego es curial; Anton escribe un drama
De la historia de Apéles y Campaspe;
Juan es bolsista, Lúcas boticario,
Luis brigadier, Tiburcio proletario.

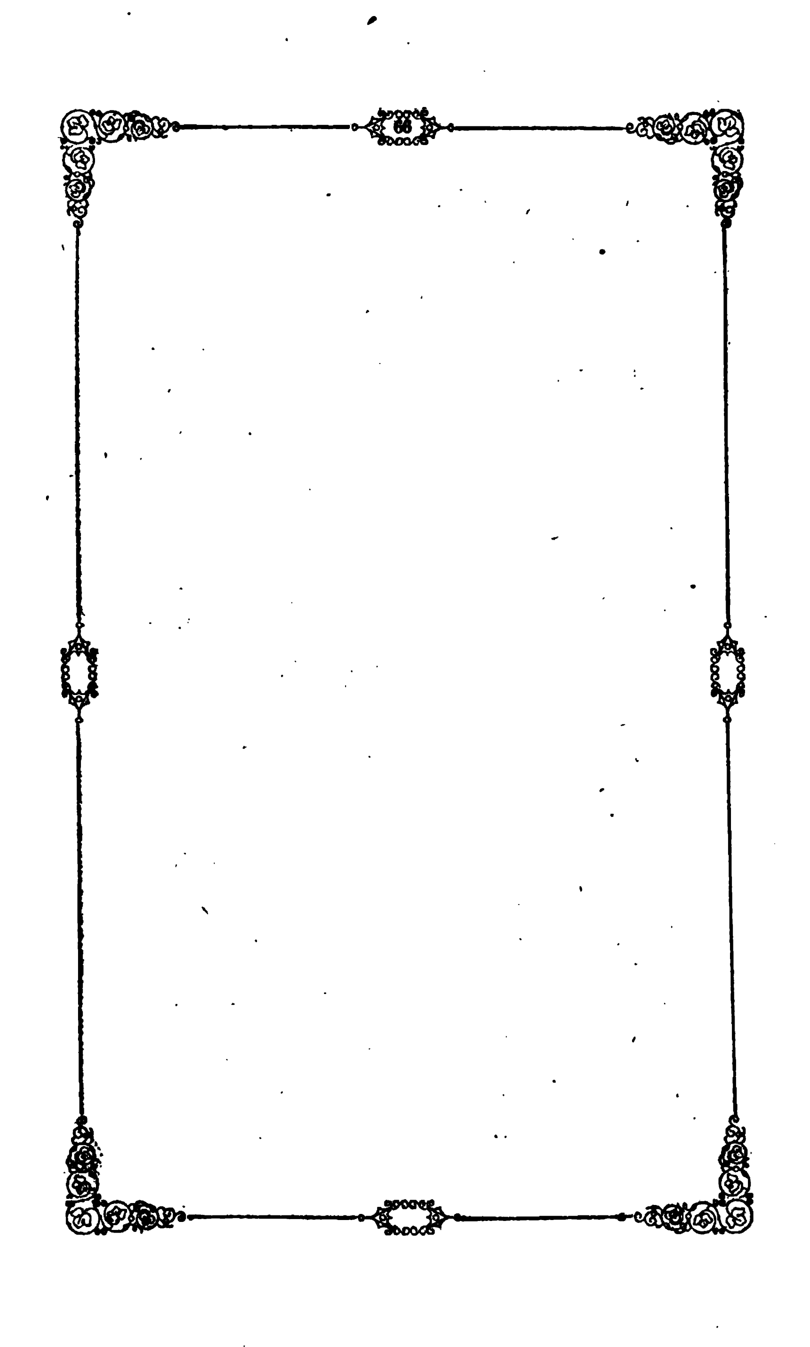


XXXVI.

Así, bien que el poder de todos juntos
Escudo á cada cual y andamio sea,
Cada cual solo mira á sus asuntos
Cuando muestra servir á la asamblea:
Ni faltan envidiosos cejijuntos
Al que más que los otros merodea,
Ni alguno á quien la lengua se le escape
Y arme allí á lo mejor un cipizape.—

XXXVII.

Descrita ya la Desvergüenza en globo,
Tratémosla tambien á la menuda.—
Mas ya á Talía di tan fuerte sobo,
Que jadea la pobre y gime y suda.
Dame, Juan, miéntras duerme, aquel adobo;
Que, si tengo salud y ella me ayuda,
Para todos habrá su sepancuantos
En el siguiente y en los otros cantos.



CANTO CUARTO.

LA DIPLOMACIA.

I.

No es de la desvergüenza, como alguno
Presumirá tal vez, único tipo
El misto de filósofo y de tuno
Que á Diógenes distingue y Aristipo:
No es fuerza que despida olor chotuno
Ni ajos denuncie y puerros en el hipo
El que se aliste en su ominoso bando
Y ofrezca incienso al ídolo nefando,

II.

No es ley que ha de escupir por el colmillo,
Y mirar de traves, y puesto en jarras
Acariciar el mango de un cuchillo,
Y en voces prorumpir sucias y charras
Como suelen los héroes del Barquillo,
Y que al son de bandurrias y guitarras,
Alternando el cigarro con la bota,
Ladre, ya las manchegas, ya la jota.

III.

No es fuerza que en violar ponga su ahinco
Lo que suelen llamar buena crianza,
Y diga al mismo Rey cuántas son cinco,
Y desprecie de Témis la balanza;
Ó si es mujer, con estudiado brinco
Arremangue el percal y la cotanza
Hasta mostrar con brio varonil
Si es encarnado ó verde el cenojil.

IV.

Tambien sabe latente la osadía
Simular los remilgos de una monja;
Que el negocio es chupar, y la falsía
Hace á todo lo mismo que la esponja:
Tambien raya en procaz la cortesía:
Tambien hay desvergüenza en la lisonja:
Tambien clava el puñal con suma gracia
Afectando candor la *Diplomacia.*

V.

Y ¿qué es la diplomacia? Astuta sierpe
Que do quier en sus lazos nos enreda:
Si otras silbido atroz, ésta de Euterpe
La melodiosa cítara remeda:
De su escamosa piel acaso el herpe
Con el brocado cubre y con la seda,
Y en vaso de oro pérfida y gazmoña
Tal vez ministra su letal ponzoña.

VI.

Tiene su jerga y su liturgia *ad hoc*,
Y aunque lleva un *via-crucis* en el frac,
Rinde culto á Mahoma y á Moloc;
Que elástico fué siempre su almanac;
Mas, diga lo que quiera *Paul de Koc*,
Ya se llame un ministro *Polignac*,
Pálmerston, *Nesselrode* ó *Meternich*,
Faro es del mundo desde Chile á Vich.

VII.

Del arte diplomático en el aula
Aprende á ser humilde el más soberbio.
Ya á Albion represente, ya á la Gaula;
Sea belga ó sajon, búlgaro ó servio,
Cada frase en su boca es una maula,
Y acreditando el español proverbio,
Besa, aunque el mundo de falaz le note,
Manos que ver quisiera hechas jigote.

VIII.

Fastuoso tren un dia á sus adeptos
Enaltecia y estudiada pompa,
Y exordio á sus heráldicos conceptos
Era el agudo son de hueca trompa.
¡Fueron nuestros mayores tan ineptos!...
Hoy, sin tubo marcial que el aire rompa
Ni vana ostentacion, los más novicios
Zurcen alianzas, guerras y armisticios.

IX.

Sin decir aquí estoy, todo lo invaden.
Más ágiles no son las lagartijas
(Y del pedestre símil no se enfaden)
Prensándose en angostas rehendijas.
Ora en las termas célebres de Báden
De Polonia se acuerdan las partijas;
Ora en un viaje artístico al Vesubio
Se hace al Po tributario del Danubio.

X.

Mas ¡qué de estudios ímprobos demanda
Esa ciencia y de ingenio cuánta dósis!
Hoy clamar: «La república es vitanda»,
Y mañana cantar su apoteósis;
Hoy paz, mañana guerra y propaganda:
¡Qué peripecias, qué metamorfósis!
No es tan alta mision para un cualquiera.—
¡Oh! sí tal.—¿Cómo pues...—De esta manera.

XI.

Maldita la aprension y mucha audacia,
Y tendrás para todo ciencia infusa.
Aunque ignores qué es bósforo de Tracia
Y dónde está Aquisgran, dónde Ragusa,
Para iniciarte en la alta diplomacia
Te soplará de sopeton la musa,
Sin que versado estés ni páres mientes
En el derecho patrio y el de gentes.

XII.

¿Quién yá para servir una embajada
Al Oriente, al Ocaso, al Sur y al Norte,
No es apto en esta patria afortunada,
Si priva, ora en el club, ora en la Corte?
¿Quién niega ya á un pariente, á un camarada
Correo, credencial y pasaporte?
¿Quién un sueldo no acepta en sus apuros
De ocho, diez, quince mil, veinte mil duros?

XIII.

Si á Galia en nuestras luchas emigró,
¿Quién no sabe un poquito de frances?;
Y que abraza la hegira entiendo yo
De cada cinco prójimos á tres;
Y puesto que la lengua de *Boileau*
La usual entre los áulicos ya es,
Taboada te excusa un trujaman,
Ora griego, ora ruso, ora aleman.

XIV.

Y con la *guia* suplirás el mapa
Para saber qué estados cuenta Europa,
Y cuántos años ha que el Papa es Papa,
Y nombrarás á la infinita tropa
De príncipes que mandan una etapa
(Que apénas pan les da para la sopa
Por mucho que se estire el suministro)
Cabe el Rin, cabe el Elba, cabe el Istro.

XV.

Si agregas cuatro frases de rutina
(Y eso en cualquier periódico se aprende)
Que á la cancilleresca la latina
Lengua ha prestado aquende como allende,
Ni práctica te falta ni doctrina
Que á tí y á tu nacion os recomiende.
No es nada! ¡*Statu quó*, *Desideratum*,
Casus belli, *Post-scriptum*, *Ultimatum*!...

XVI.

Lo que no entiendas tú del expediente
Lo entenderá tal vez el secretario;
Y si no el secretario, el escribiente;
Que hoy dia rara vez es corolario
Del alto cargo el mérito eminente,
Y ya buscar aquí no es lo ordinario
Para el empleo al hombre de buen nombre,
Sino buscar empleo para el hombre.

XVII.

Como hábil escultor, de áspero leño
(Que bancó pudo ser ó rinconera
Ó á carbon reducirlo un alcarreño)
Así de san Jerónimo la austera
Efigie forma cual de Amor risueño
La hermosa madre lúbrica esculpiera,
Aquí ya basta un *fiat* del que mande
Para hacer de un zoquete un hombre grande.

XVIII.

Qué ministerio vaca? El de Marina?
El de Estado? El de Hacienda? El de Comercio?
Es igual. Nunca ha visto una oficina;
Mas de los sabios él con quinto y tercio
Á la cohorte excederá divina
Que nos encomia Diógenes Laercio,
Bien le den en *Justicia* la prebenda,
Bien en *Gobernacion*, bien en *Hacienda*.

XIX.

Y hombre hay ó tan omníscio ó tan osado,
Que (por amor á la infeliz Castilla)
De un negociado en otro negociado
Salta si es menester como una ardilla.
Ya alguno probó ser hombre de estado
De cuatro ministerios en la silla,
Y áun se atreve á cobrar emolumentos
En otros cinco ó seis departamentos.

XX.

Ni triunfa en diplomáticas cuestiones
El profundo saber, sino la astucia;
Y á ser burlado donde quier te expones
Si es tu divisa patriarcal fiducia.
Opon de tu adversario á las razones
De rodeos sofísticos la argucia;
Ó el silencio, y dirán entre mil glosas:
«Qué grande hombre! Se calla grandes cosas!»

XXI.

Sólo á los pusilánimes deslumbra
De la alta diplomacia el aparato;
Que no á acordar sus fallos acostumbra
De la espléndida corte en el boato;
Y cuando el vulgo ménos lo columbra,
Quizá entre copa y copa, y plato y plato
El viento que soplaba por el Cierzo
Se hace que bufe al Sur en un almuerzo.

XXII.

Ó el tratado, que en vano solicita
Docto negociador, sagaz y experto,
Por un bufon tal vez se facilita;
Que en la oportunidad está el acierto.
¡Y cuántas veces de mujer bonita
Á la risa ó al llanto se han abierto,
Para vergüenza del linaje humano,
Las férreas puertas del bifronte Jano!

XXIII.

No es oro todo, no, lo que reluce.
Á pesar de la cháchara melosa
Con que estadista fácil nos seduce,
Con la piel del cordero la raposa
En el redil incauto se introduce;
Y en suma, aunque prediquen otra cosa
Frailes descalzos, ó si quier jerónimos,
Intriga y diplomacia son sinónimos.

XXIV.

Y es sofístico lujo redundante
Ese que á tanto sabio quita el sueño.
Sea en el mar de Azof, ó en el de Atlante,
Siempre el pez grande tragará al pequeño:
Del Czar lo diga el trono exorbitante;
De Albion lo diga el insaciable isleño.
¡Ay del que al más potente no se tuerza,
Que *última ratio regum* es la fuerza!

XXV.

Mas del contrario débil la derrota
Ya no basta del fuerte á la ambicion.
Cual dómine feroz que al niño azota
Y dice luégo: «Pídeme perdon»,
Prueba á *probar* en estudiada nota
Que estaba de su parte la razon,
Aunque vea en sus *uñas* el más topo
Los del leon que nos refiere Esopo.

XXVI.

Á lo ménos, Nabuco el babilonio
(Nabucodonosor apócopado)
Cuando quiso ensanchar su patrimonio
Lo hizo sin discusion; á lo soldado;
Y aunque instigado fué por el demonio,
Embustero solemne y redomado,
No instruyó, que yo sepa, un expediente
Para domar los pueblos del Oriente.

XXVII.

Ni Mahoma y los hijos de Mahoma
Usaron protocolos, sino alfanjes,
Cuando su imperio, que eclipsó al de Roma,
Del Bétis extendieron hasta el Gánges.
No de cancillería el sesgo idioma
Abrió el itinerario á sus falanges;
Que es breve su política y concreta:
«Dios sólo es Dios; Mahoma su profeta.»

XXVIII.

No empero del alarbe furibundo
El fanatismo destructor profeso,
Ni recuerdo del tártaro errabundo
El crudo instinto y el marcial exceso
Porque pretenda desterrar del mundo
La pulcra diplomacia. Nada de eso!
Ántes que uno la píldora devore,
Bueno es que el farmacéutico la dore.

XXIX.

Gracias á la política moderna,
La tiranía es ya de mejor tono.
Con blanda risa urbanidad alterna
De las almas disfraza el fiero encono;
Llanezas de Lausana ó de Lucerna
Ya no desdeña impopular el trono;
Y hasta el vicio, si bien no ménos grave,
Es ya más decentito, en lo que cabe.

XXX.

Mantienen en vigor los estadistas
El dogma *si vis pacem, bellum para*;
Mas ya el afan de lauros y conquistas,
Muerto Napoleon, es *avis rara*,
Y en fastuosos alardes y revistas
Ó en ocupar, ya el Hesse, ya Ferrara
Se resuelven los bélicos amagos
Que Romas prometian y Cartagos.

XXXI.

Pero no es ménos cierto (y yo prescindo
De si con ella el mundo gana ó pierde)
Que el arte diplomática es un lindo
Modo de disfrazar lo negro en verde
Y en azúcar y miel el tamarindo,
Y que ancha la conciencia no remuerde
Al que iniciado en tan gentil maraña
Más fama cobra cuanto más engaña.

XXXII.

Diré, no obstante, en justo desagravio
De muchos que han brillado en la carrera,
Que ella ha dado á la historia más de un sabio
Prez de su patria, de su edad lumbrera;
Y por el pro comun tal en su labio
Culto rehusa á la verdad severa,
Que no lo haria de su cuenta propia
Por todo el oro que el Ofir acopia.

XXXIII.

Diré que en esa lid de curia á curia,
Como aquí en la de un toro con un *álias*,
Ó en las de Marte, cuya horrenda furia
Ya ensangrienta los Alpes, ya las Galias,
La estrategia se ejerce sin injuria,
Y permitidas son las represalias,
Y para herir al que enemigo fuere
Justo es el arma usar con que él nos hiere.



XXXIV.

Todo esto y más concedo sin violencia;
Que yo ni á los diplómatas desprecio
Ni escarnecer es mi ánimo esa ciencia;
Que no soy tan maligno ni tan necio:
Sus vicios sí, que en Dios y en mi conciencia
Vapuleo merecen y muy recio;
Y si á alguno le escuece este capricho,
Él se sabrá por qué. Lo dicho dicho.

CANTO QUINTO.

LA POLÍTICA.

I.

Ya en tribus bajo el mando de un patriarca;
Ya constitucional y tripartito
Entre el pueblo, el senado y el monarca;
Ya autocrático, omnímodo, infinito;
Ya con diversa ley cada comarca;
Ya de estola y misal y pan bendito;
Ya lo instaure un tambor, ya una taberna,
Todo gobierno es bueno... si gobierna.

II.

Que si leemos sin pasion la historia,
En todos hay sus aches y sus erres.
Si de Tito y Caton suma es la gloria,
Suma es la infamia de Neron y Vérres;
Si Wásingthon dejó grata memoria,
Horrible los Marats y Robespierres;
Lauros hubo y baldon para Venecia;
Héroes y monstruos engendró la Grecia.

III.

El quid está en si son malos ó buenos
Los hombres que manejan el tinglado,
Lo mismo entre califas sarracenos
Que donde dan la ley pueblo ó senado:
Cabe abuso en el más como en el ménos;
Que achacoso es el cuerpo del Estado,
Y hoy la tísis le postra y le maltrata
Y mañana la plétora le mata.

IV.

En tésis general esto se entienda
Y reducido á práctica el gobierno;
No porque en teoría yo defienda
Que lo antiguo es mejor ó lo moderno.
Allá cada varon siga la senda
Que á preferir le incline el fuero interno.
Yo tengo mi opinion y no la escondo,
Aunque no escribo artículos de fondo.

V.

Respetar me propongo las ajenas,
Pues pido gracia igual para la mia.
Á fuerza de mordazas y cadenas
Al hombre hará callar la tiranía,
Ó su charla pagar con las setenas;
Mas de Dios la eternal sabiduría
Le formó racional, es cosa llana,
Para pensar como le dé la gana.



VI.

Obrar, ya es otra cosa. Si traduzco
Á vias de hecho mi criterio abstracto;
Si promuevo un motin y en él me luzco,
Incurriré en las penas, *ipso facto,*
Impuestas tanto aquí como en el Cuzco
Al súbdito rebelde: esto es exacto.
Juego un albur cuando la lid comienzo:
Si sucumbo, traidor; héroe si venzo.

VII.

Piense á su gusto pues cada viviente
Sin que nadie le ultraje, aunque le arguya;
Mas la que escrita ó de palabra ostente
Buena ó mala opinion, sea *la suya,*
Y no clave socapa agudo diente
En quien le oye gritar: «Gloria, aleluya!»
Del mundo haga un papel en el teatro;
Mas no dos á la par, ó tres, ó cuatro.

VIII.

Áun llevo más allá mi tolerancia.
No exijo que inflexible el ciudadano
Piense hoy lo mismo que pensó en la infancia.
No el tiempo, gran maestro, corre en vano;
El error, la flaqueza, la ignorancia,
Son inherentes al linaje humano;
Con la firmeza, que tan poco abunda,
La ciega obstinacion no se confunda.

IX.

Libre no puede ser el pensamiento
Miéntras el que obedece y el que manda
Ora sean de bronce al escarmiento,
Ora á la persuasion sincera y blanda.
La católica fe de Roma y Trento
Acate la ortodoxa propaganda:
La política fe sin controversia,
Sólo se admite en el Mogol y en Persia.

X.

No hay por qué un ciudadano se avergüence
Si la razon con su luciente faro
Lo que ayer en caldeo y en vascuence
Hoy le muestra en romance neto y claro.
¿Por qué si mi adversario me convence,
En confesarlo así tendré reparo?
¿Por qué á mi conviccion, pronta ó tardía,
Con el nombre infamar de apostasía?

XI.

Mas si me mueve el cálculo mezquino,
Aunque otra cosa diga en mis ambages,
De echar la ansiosa zarpa á un buen destino
Que mis trampas redima con sus gajes,
Y, por ejemplo, al campo isabelino
Hoy me paso con armas y bagajes,
Yo que ayer defendí lo de Coblenza;
Esto no es conviccion, que es desvergüenza.

XII.

Y políticos hay camaleones
Que más que años de edad cuentan deslices,
Y sustentaron ya más opiniones
Que Mayo en el verjel pinta matices.
¿Quién alguno no vió de esos histriones
Que bajo toda ley viven felices,
Ya sirviendo á un sultan como jenízaros,
Ya al que mejor les pague como esgüízaros?

XIII.

El que trono y altar tiene por lema
Y el divinal derecho invoca pio,
Como el que á reyes lanza su anatema
Cual trabas del libérrimo albedrío,
Y el que erige en político sistema
De unos y otros obviar el extravío,
Dividiendo el poder en tres poderes
Cada cual con sus justos menesteres:

XIV.

Pospuesto el de su bando (claro está),
Todos suspiran por el pro comun:
Cada cual su razon te probará
Y que su antagonista es un atun:
Todos aman al prójimo (pues ya!)
Y sin más diferencia que el *segun*,
Dicen á voz en grito (no que no!):
«El evangelio es el que canto yo.»

XV.

Y te dirá el tenaz absolutista
Que el solio debe ser omnipotente,
Sin que ningun cristiano le resista,
Y á lo sumo *obedezca y represente*;
Salva de clero innúmero la lista,
Que si no es suyo el rey, no lo consiente,
Y ya en la blanda institucion se goza
Del aspa, el sambenito y la coroza.

XVI.

Y te hablará el demócrata de Aténas,
Y de aquella feliz Lacedemonia,
Y de fraguarle grillos y cadenas
Quien coche gasta y agua de Colonia,
Y dejar querrá iluso las faenas
Que dan pan á sus hijos y á su Antonia,
Para ensalzar en su delirio insano
Con capa de patriota á algun tirano.

XVII.

Y el tercero en discordia, que pretende
Á todos contentar y no lo alcanza;
Que por *fas* ó por *néfas* siempre un duende
Desnivela de Témis la balanza;
Elogia lo que él mismo no comprende,
Ayer retrocedia y hoy avanza,
Y en perdurable lucha, ora le encuentro
En la circunferencia, ora en el centro.

XVIII.

Y cada grupo de estos que describo
En otros ocho ó nueve se fracciona;
Y cada fraccioncita es un archivo
De ciencia y de virtud, que si ambiciona
Escalar el poder ejecutivo,
Es sólo porque aspira á la corona
De extirpar la maléfica cizaña
Y en otra Jauja convertir la España.

XIX.

Y el programa de todos es magnífico,
Aunque distinta sea su gimnástica.
Cada cual nos receta un específico
(Nuestra salud sin duda es muy elástica)
Ora lo estampe en párrafo científico,
Ya en gacetilla díscola y sarcástica,
Ya en la tribuna donde busca el pábulo,
Ya en algun tenebroso conciliábulo.

XX.

Que nunca falta gente á quien aturda
De algun embaucador la artera prosa,
Aunque hambre, no civismo, en su zahurda
Dicte el libelo atroz que hiel rebosa;
Y tal vez la doctrina más absurda
Clientela recluta más copiosa.
De esta triste verdad sobran ejemplos
En campos, en alcázares y templos.

XXI.

Mas como suelen bajo lúcia cáscara
Las nueces ocultar su podredumbre,
De falaz patriotismo así la máscara
Cubre al que en oprobiosa servidumbre
De Irun á Cádiz y de Vigo á Báscara
Ver quisiera á la hispana muchedumbre,
Si con pasar del uno al otro bando
De una provincia consiguiese el mando.



XXII.

Tal proclamando paz, órden, justicia,
Sierpe escondida entre lozana yerba,
Conservadora llama á su milicia
Porque el botin sabroso le conserva;
Tal, anhelando en ocasion propicia
De oro y sangre saciar la sed proterva,
Clama (y le dan asenso muchos zotes!):
«Mi gloria son, mi amor los *sanculotes*.»

XXIII.

Tal, que republicano se intitula,
Si en tribuna ó café, no sin violencia,
Sus hipos nobiliarios disimula,
Ni á sus hijos apea la excelencia,
Y títulos y cruces acumula,
Y al pobre hace llorar su dependencia.
Tal, que humilde se postra al Rey y á Dios,
En secreto se mofa de los dos.

XXIV.

Y es de ver cuál se afana aquel Proteo,
Cuando cambia el político cariz,
Para que no le birlen el empléo,
Que es su dogma y su lábaro. Infeliz!
No hay pachon amaestrado en el ojeo
De vista igual y de mejor nariz.
Tal barrunta una crísis y otra y otra
Cual de la lluvia es présaga la potra.

XXV.

Y es de ver en los públicos comicios
Bullir acá y allá los candidatos,
Y cómo la echan todos de patricios,
Aunque no pocos sean Mauregatos,
Y á espuertas ofrecer los beneficios
Al cuerpo electoral un pelagatos,
Y la fe enumerar entre sus dotes
Los Julianes, los Júdas Iscariotes.

XXVI.

¡Qué fatigas diurnas y nocturnas,
Fabio! Qué de explorar valles ignotos!
¡Qué de papel solícito embadurnas
Sumando votos y restando votos!
¿Y saldrá la verdad de aquellas urnas
Que á rellenar acuden tus devotos,
Ó habrá algun *vice versa* por ensalmo
Y tus narices crecerán un palmo?

XXVII.

¡Oh sublime invencion, oh bien inmenso
Ser padre por el público sufragio,
Si de elegible y de elector el censo
Del fraude se libraran y del agio!...
Mas ¡chiton!, que si digo lo que pienso,
Sin fruto pecaré contra el adagio
Que sentencioso, aunque en palabras toscas,
Dice: «En boca cerrada no entran moscas.»

XXVIII.

Otro, no yo, registre, inquiera, indague
Las faltas de las listas y las sobras,
Y si es justo que vote el que no pague,
Y si hay escamoteos y maniobras,
Y si, en vez de que á un muerto se sufrague
Con lo que su alma pide entre zozobras,
Vienen á dar, dejando sus asuntos,
Sufragios á los vivos los difuntos.

XXIX.

Otro, no yo, averigüe si en justicia
Se aprueban y reprueban actas y actas,
Y cómo, ora en la Alcarria, ora en Galicia,
Á mayorías vencen muy compactas
De los ménos la audacia y la pericia,
Y exclama el derrotado: «*Triste Chactas!*...
Diez eran contra mí; lo sé, los cuento;
Y al *fiat* de un alcalde suman ciento!»

XXX.

Mas de esto nada arguyan los contrarios
Del sistema feliz que rige y campa;
Porque, admita ó no admita comentarios
Y haya trampa en el juez ó no haya trampa,
La ley es siempre ley, y á sus falsários,
En virtud de otra ley, puede la estampa
Denunciar, con fortuna ó sin fortuna,
Y á falta de la estampa la tribuna.

XXXI.

No es el metro mejor la octava rima
Para explicar el sabio mecanismo
Que á los de antiguo régimen da grima.
Yo desconfío mucho de mí mismo,
(Qué verso!) y sin que Apolo me suprima
Por reo de nefando prosaísmo,
¿Cómo hablar (el que sigue es garrafal)
Sobre derecho constitucional?

XXXII.

Mas, siquier mal glosadas é imperfectas,
Las leyes (es verdad clara, inconcusa)
Valen más (inclusive las Pandectas)
Que la anarquía bárbara y confusa,
Y más las elecciones, ya directas
Ó no, ya si se abusa ó no se abusa,
Que sujetar de un déspota al antojo
Todo un pueblo... No es nada lo del ojo!

XXXIII.

Ni culpo á candidatos ó á mandones
Si más de un *quid pro quó*, más de una errata
Vician acá ó allá las elecciones.
Si á un *firman* ó á una hueca perorata
Sacrificas tus propias convicciones
¡Oh elector! y eres voto de reata
Siguiendo á Pedro ó Juan por esas lomas,
Con tu pan, ciudadano, te lo comas.

XXXIV.

Y no gruñas, ya tarde, no te quejes
Si el que por ortodoxo se vendia
Fraterniza despues con los herejes;
Y no extrañes si haciendo granjería
De su alta investidura ciertos pejes,
De una en otra central secretaría
Saltan, quitando el pan en dulces ocios
Á los pobres agentes de negocios.

XXXV.

Por tu bobada sólo y tu indolencia,
Electo siempre y siempre *Desiderio*,
Alguno hasta encontrar su conveniencia
Mueve todas las cuerdas del salterio
Para ser, con conciencia ó sin conciencia,
Ministerial de todo ministerio,
Y así pudiera estar empadronado:
Don Tal de Tal, *de oficio, diputado.*

XXXVI.

Por tí, si huele á muerto el Gabinete
Á quien de su mision debe la ganga,
Cogiendo la ocasion por el copete
Algun padre conscripto de ancha manga,
Vuelve en un santiamen el cubilete
Y á otra parte se va con la charanga;
¡Y premian su perfidia, santo cielo,
Nombrándole intendente ó covachuelo!

XXXVII.

¿Se impone sin piedad la nota fea
De perjuro y felon en el presente
Siglo á quien de esa suerte pastelea?
No; que ya una política indulgente
Bulas de absolucion no regatea,
Y siempre queda el cómodo expediente
De decir: «En mi cambio no hay desdoro.
Me convenció el ministro. Pico de oro!»

XXXVIII.

Si de soberbia y de ambicion el humo
No se condensa en tu caliente cholla;
Si no sabes hacer largo consumo
De hinchadas frases con audaz bambolla,
Resígnate á ser cero, ó á lo sumo
Ciudadano vulgar de misa y olla.
No ya para ser cónsul de provecho
Se busca á Cincinato en el barbecho.—

XXXIX.

Y pues ya dejo dicho lo bastante
Para probar con métrica eficacia
Que donde quiera un cínico farsante
Suplanta á la verdad con la falacia,
Y tambien en política es constante
Lo de audacia y audacia y siempre audacia,
Quede así consignado, hagamos punto,
Fumemos un cigarro..., y á otro asunto.

CANTO SEXTO.

EL COMERCIO.

I.

Áun fuera el hombre indómita alimaña
Y el orbe entero enmarañada selva;
Áun no sabria el morador de España
Si hay en Europa un Támesis y un Elba;
¿Qué digo?, áun al gallego fuera extraña
La playa de Alicante y la de Huelva,
Sin el arte benéfico (no es broma)
Que estriba en dos vocablos; *daca* y *toma*.



II.

Gloria al diestro varon que allá en lo antiguo
Tronco rudo ahuecó con mano industre,
Y en batel convertido informe, exiguo,
Primero lo ensayó sobre palustre
Dormida linfa, y luégo (me santiguo
Al recordar hazaña tan ilustre)
Desafiando al Euro, aunque zozobre,
Surcar con él osó la mar salobre.

III.

¿Quién el primero navegante fué,
Excluyendo al decrépito Caron?
Por vida de quien soy, que no lo sé;
Pero yo, que recuso á Deucalion
Y creo á pié juntillas en Noé,
Ántes que este santísimo varon
Labrase aquel arcon descomunal
Presumo que hubo tráfago naval.

IV.

Á dos robustos móviles cediendo;
Á la curiosidad y á la codicia,
Lanzóse el hombre al piélago tremendo
Con fortuna ora adversa, ora propicia,
Y remando ó con vela (asi lo entiendo,
Aunque ningun autor me lo noticia)
No bien creció la raza en varias tribus
Buscó en tan ardua via su *cum quibus.*

V.

Y aunque otra cosa diga á las incautas
Gentes aquella peregrina historia
De Jason y sus bravos argonautas,
No su famosa nave sed de gloria
Movió, ni asunto á mármoles y flautas
Hubieran pretextado en la victoria
Que á Cólcos despojó de su tesoro,
Á ser de lana el vellocino de oro.



VI.

Y desde entónces símbolo ó desde ántes
Fué el predicho vellon á la sidonia
Tropa de marineros mercadantes
Qce de Gádes fundaron la colonia,
Y en medio de los númidas errantes
Alzaron la enemiga de la Ausonia
Region, aquella célebre Cartago,
Polvo ya que dispersa el aire vago.

VII.

Y ya en aquella era, aunque el piloto
Temblaba de engolfarse en el Tirreno,
De la perdida Atlántida al ignoto
Clima osó navegar Hannon el peno;
Y Marco Polo, vencedor del Noto,
Á playas cien y cien bogó sereno
Dejando con su nombre asaz oscuro
El de aquel decantado Palinuro.

VIII.

Pero de todos eclipsó la fama
Aquel héroe que á España dió Liguria;
El gran Colon que á valerosa dama
Debió amparo y aliento en su penuria;
Á la augusta Isabel, que arder la llama
Vió de su genio y despreció la injuria
Con que osó apellidarle mentecato
La arrogante sandez del Peripato.

IX.

Á despecho de Albion y de Lisboa,
Que con desden oyeron sus demandas,
Un mundo descubrió con frágil proa
Desmintiendo á ignorantes hopalandas;
Y por él de Cortés y de Balboa
Clio recuerda empresas memorandas;
Y de oro y plata nos ahitó su nao,
Y de azúcar (qué gusto!) y de cacao.

X.

Mas su siglo, que no era el de Confucio,
Fué con él tan ingrato y tan hebreo,
Que calabozo entenebrido y sucio
Fué indigno galardon de su trofeo,
Y á oscuro aventurero, á un tal Vespucio,
Que al lado de Colon era un pigmeo,
El timbre cupo (oh mundo chavacano!)
De dar nombre al imperio americano.

XI.

Si prez de Iberia fué la grande hazaña
Que áun es de un mundo y otro maravilla,
Pronto el íncola osado de Bretaña
Al nuevo rumbo enderezó la quilla,
Y ansiosos de mermar en tierra extraña
El oro, no los lauros, de Castilla,
Allá volaron en tropel confuso
El bátavo, el ligur, el franco, el luso.

XII.

Así al auge mayor llegó el comercio,
Señor do quiera de las ondas bravas;
Así, aunque pese al númen de Propercio,
Cantas tu triunfo y su derrota alabas,
Dios del alado pié, que ni un sextercio
Dieras, y harias bien, por mis octavas;
Mas yo, bien que de Apolo hijo no espurio,
Acato el caduceo de Mercurio.

XIII.

No porque el arte suya á mí me ataña;
Que soy en la aritmética muy porro,
Y el creso más feliz quiebra ó me engaña
Si le confio el óbolo que ahorro,
Y para mí no se hizo la cucaña
Con que aquí cada dia tanto zorro
Sin caudal y sin mérito y sin cuna
Se encarama á los cuernos de la luna.

XIV.

Pero ¿qué lengua habrá que no bendiga,
Si no es de algun idiota animalazo,
La del comercio institucion amiga,
Que al hombre con el hombre en dulce lazo
Junta desde los páramos de Riga
Hasta la falda austral del Chimborazo,
Y los instintos bárbaros ahuyenta,
Y las artes inspira y alimenta?

XV.

Diráme algun misántropo cejudo:
«De ese invento que próvido reputas
Lloro la gloria y la ventaja dudo.
¿Qué bien de la quincalla, qué permutas
Por sus perlas, reporta el indio rudo?
¿Y acaso sin Ceilanes ni Calcutas
Careció *in illo témpore* la Europa
De blando lecho y suculenta sopa?

XVI.

»¿Tanta falta, gloton intemperante,
Hacian á tu especie las especias?
¿No tenías ya el ajo estimulante
Y el rábano y el sérpol que desprecias?
El café de Occidente ó de Levante
¿Mereció tan horribles peripecias?
Y el té de China ¡oh nietos de Pelayo!
¿Vale más que la salvia de Moncayo?

XVII.

»Ya de las flores que ávida consume,
Cabe los montes donde nace Júcar,
Miel nos daba la abeja de perfume
Grato, y dulce no ménos que el azúcar,
Sin que raudo bajel, pájaro implume,
La barra atravesando de Sanlúcar,
El jugo nos trajese de la caña
Que Libia estruja y saborea España.

XVIII.

»¿Mereció por ventura los afanes
De Colon, de Cortés, y de Pizarro
Y de tantos valientes capitanes,
El sucio chupeteo del cigarro,
Desconocido á Jérjes y á Tigránes,
Y su humo denso que de hediondo sarro
Cubre, moviendo náuseas á las gentes,
De una y otra mandíbula los dientes?

XIX.

»La guayaba, el añil, la chirimoya,
Ni el cazabe, ni el plátano, ni el coco
¿Merecian la bélica tramoya
Con que de sangre humana ¡ay hombre loco!
Teñiste, como al Janto un dia en Troya,
Al Niágara, al Rimac y al Orinoco?
Gran cosa fué ganar tan vasto imperio;
Pero ¿qué hiciste de él? Un cementerio.

XX.

»Y cualque fruta exótica ó semilla,
Vano y costoso apéndice á la gula,
Ni el loro que á mil necios de esta villa
Imita en no saber lo que articula,
Ni el oro inmenso que exploto Castilla
En Potosí, en los Andes ó en Cholula,
¿Hicieron á sus tristes moradores
Más venturosos que ántes y mejores?

XXI.

»Ay! no, que el oro corruptor nos trujo
De los vicios la innúmera secuela;
Y el nuevo Creso á la molicie, al lujo
Se dió; y el pobre á aborrecer la escuela
Y preferir el flujo y el reflujo
Del Ponto airado al pico y á la azuela;
Céres yació en narcótico marasmo
Y la industria fué inútil pleonasmo.

XXII.

»Ni de Acapulco la famosa nao
Portaba á todos ¡ay! oro por lastre;
¡Y cuántos en Barcino y en Bilbao,
Con ínfulas de duque de Alencastre,
Ya á Veracruz bogaban, ya al Callao,
Y proceloso el Ábrego (oh desastre!)
Mísera tumba en las horrendas bocas
Les dió de tiburones y de focas!

XXIII.

»¡Y de cuántos la sórdida codicia
Ahogó en el seno enherbolada punta,
Y en torno suyo bárbara milicia
De inmundos antropófagos se junta,
Que á devorar se aprestan con delicia
La carne áun palpitante y mal difunta...
Horror! Otro, no yo, pintar emprenda
Tan execrable, tan atroz merienda.

XXIV.

»¡Y la atmósfera á cuántos de aquel seudo
Paraíso anhelado fué funesta!
¡Á cuántos hizo de la Parca feudo
Miasma desolador que el aire infesta!
¡Cuántos al padre, á la consorte, al deudo
Nunca tornaron, y en alegre fiesta
Ya se aprestaban sobre la alta popa
Á saludar las playas de la Europa!

XXV.

»Feraz Naturaleza, pero ambigua,
Si allá del colibrí donoso y gayo
Procrea en el verjel la raza exigua
Y el lascivo tití y el guacamayo,
Cria tambien el cínife y la nigua,
Y el hórrido chacal, que como rayo
Se abalanza al incauto pasajero,
Y el ingente reptil de ancho garguero.

XXVI.

»¿Y qué salud de roble ó de piruétano,
Si al tífus hicteródes no sucumbe,
Con el vómito negro no echa el tuétano
Ó agarra un escorbuto que le tumbe?
¿Á quién no amaga el alevoso tétano?
¿Y á quién ataca que por él no zumbe,
Sin valerle cordial ni ipecacuana,
En son de *requiem* lúgubre campana?

XXVII.

»Qué mas? De allí algun genio impío y torvo,
Á los deliquios del amor intruso,
Nos trajo ¡ay cielos! el horrible morbo
Que á diez generaciones cunde infuso.
Por él hoy gime enclenque, lacio y corvo
El que iba ayer derecho como un huso.
Él diezma la mitad de nuestra raza
Y el resto lo encanija y ataraza.»—

XXVIII.

Con estas y otras tales especiotas
El bien negar se intenta y el progreso
Que debe el mundo á las veleras flotas.
En todo cabe error, en todo exceso;
¿Y habremos de vivir como marmotas
Y sólo abrir la boca á pan y queso,
Porque este abuse del poder y esotro
Sea en los vicios desbocado potro?

XXIX.

¿Acaso ántes que el piélago sintiera
El peso de una rústica cánoa,
Acaso ántes que brújula certera
La via abriese del Perú y de Goa
Ociosa estuvo la discordia fiera
Desde el Lete hasta el vasco Bidasoa?
Y cuanto digo del que mora aquende
Á todo el orbe sublunar se extiende.

XXX.

Ántes que hubiera pólizas y giro
¿Faltaban vicios ¡ay! á mi linaje?
¿Civilizar al mundo plugo á Ciro,
Ó reducirlo á triste vasallaje?
Si héroe *in diebus illis* al vampiro
Se llamó nunca sacio de carnaje,
¿Cómo á Cambíses *in diebus nostris*
Llamaremos y á Belo y á Sesóstris?

XXXI.

¿Era tanta del indio la ventura
Ántes qúe le domase el europeo?
¿No era su servidumbre infame y dura,
Hasta tornarse bestia de acarreo,
Si así cumplía á la feroz locura
De déspota emplumado, bruto y feo?
¿Acaso allá hasta el siglo de Pizarro
Estuvo ocioso de Mavorte el carro?

XXXII.

Cuáles eran sus leyes? El *sic volo*
De un bárbaro cacique (pese al fuerte
Caupolican y al sabio Colocolo).
Y del vencido en lid ¿cuál fué la suerte?
¿Qué derecho, qué pacto ó protocolo
Le libertaba de horrorosa muerte
Y de hartar con su carne en cochifrito
Del voraz vencedor el apetito?

XXXIII.

¿Es dicha el ignorar las artes bellas,
Y áun de la higiene el código salubre?
¿Lo es contemplar supino las estrellas
Sin distinguir el Mayo del Octubre?
Lo es de pudor no armarse las doncellas?
¿Lo es al párvulo dar lacia la ubre
Torpe madre que, salva la pezuña,
Pujar puede en lo bestia á la vicuña?



XXXIV.

De modista ó de sastre ahorrar el gasto,
Ventaja podrá ser, que yo no envidio;
Ni quizá lo desnudo con lo casto
Reñido esté; que, como dice Ovidio,
Si es fácil el manjar y en grande abasto,
Al paladar más tosco da fastidio,
Y la modestia, verdadera ó falsa,
Es del amor el pábulo y la salsa.

XXXV.

Mas por Dios uno y trino, que es el colmo
De la brutalidad y el infortunio,
Cuando hasta viste su corteza el olmo,
Cauto al rigor de Enero y al de Junio,
Cubrir, y no con pieles de Stockolmo,
Apénas el supremo intercolunio,
¡Y lo demas, cual si importara un rábano,
Quede á merced del aire, el sol y el tábano!

XXXVI.

¿Ó llamaremos donosura y gala
Pincharse el cútis y con negro cisco
Sobre él pintar el indio en Cempoala
Ya un sapo, ya un moscon, ya un asterisco,
Y de plumas cercar la cresta rala,
Y colgarse ya piedra, ya marisco
Á la roma nariz, ántes abriendo
En la membrana boqueron horrendo?

XXXVII.

Oh! Sin que yo los crímenes sancione
Que menguaron su gloria á la conquista,
No hay por qué la maldiga y la baldone
Con celo exagerado el moralista.
Dios quiso, y no hay tachar lo que él dispone,
Agregar nuevos seres á la lista
De los que honró con nobles atributos,
Sustrayendo igual suma de los brutos.



XXXVIII.

Plúgole de la ciega idolatría
Redimir al antípoda hemisferio;
Plugo á su divinal sabiduría
Iniciarle en el próvido misterio
Del santo Verbo que encarnó en María,
Y la alta empresa encomendó al hesperio
De llevar con esfuerzo sin segundo
La salvadora Cruz al fin del mundo.

XXXIX.

Si es verdad que el hispano y el etrusco
Del añil y la quina y el campeche
Y del café y el rico soconusco
Pudieron prescindir, y en escabeche
De tal ó cual manjar, carne ó molusco;
Si en vez de caña es bien que se aproveche
Alambicado el jugo, aunque me empacha,
Ya de higo chumbo, ya de remolacha;

XL.

Cierto es tambien que tales golosinas
Más útiles han sido al europeo
Que del Perú y de Méjico las minas.
De los grandes el gasto, el regodeo
Refluye en las fabriles oficinas;
Y digo (con perdon del solideo,
Ya á un abad autorice, ya á un cartujo)
Que no ama al pobre quien condena el lujo.

XLI.

Ni es de Ultramar tan matador el clima
Como infundado pánico propala.
Puro es el aire y perfumado en Lima;
Criollos da longevos Goatemala;
Con nombre que al vigor y al gozo anima
El argentino su ciudad señala,
Y Chile, que otro Eden mostrarnos quiso,
Á la suya llamó Valparaíso.



XLII.

Y áun de la misma atmósfera enemiga
Triunfa bien gobernado un pueblo activo.
El de Franklin y Wásingthon lo diga,
Hoy próspero y feliz, si ántes cautivo,
Y la que mil tesoros nos prodiga,
No ya sujeta bajo yugo esquivo,
Sino con dulces vínculos de hermana,
Fiel, ilustrada y opulenta Habana.

XLIII.

Ni hay que salvar para buscar la peste
De las columnas de Hércules la meta;
Que en Madrid cada soplo de nordeste
De pulmonías colma una carreta;
Ni hay quien el miasma infecto contrareste,
Ya nos venga de Argel, ya de Damieta,
Y á tal, que su bajel no da á las aguas
Temiendo niguas, le devoran naguas.

XLIV.

Ni la erótica plaga se ha probado
Que del Ásia ó la América nos venga;
Y de enlodarse ciego en el pecado
Quien tema inoculársela se abstenga.
Si correr cada dia es de tu agrado
De María á Isabel, de Juana á Menga,
Te clavarán, de fijo, hoy ó mañana
Isabel ó María, ó Menga ó Juana.

XLV.

Dado, en fin, que el comercio encierre males,
Porque los hay do quiera en este globo,
Seríamos sin él irracionales
(Vuelvo á decirlo) como el buey y el lobo,
Y sus ventajas son tantas y tales,
Que diria el lector «¿soy yo algun bobo?»
Si en defensa añadiese ni una coma
De lo que es para todos un axioma.



XLVI.

Pero entiéndase bien que alabo sólo
Al que, sea labrado, sea en bruto,
Vende al pueblo su género sin dolo
Y paga puntualmente su tributo;
No al que retaco en mano canta el polo
Miéntras alija el prohibido fruto,
Burlando á los cien linces del resguardo...;
Bien que algunos tal vez coman del fardo.

XLVII.

Ni llamaré ladron al traficante
Que vende en ocho lo que compra en uno.
Si el precio me parece exorbitante,
Voy á otra parte ó de la compra ayuno.
No todo es lucro y ganga al negociante;
Que, amén de los furores de Neptuno
Á que aventura su riqueza toda,
Arrostra los caprichos de la moda.

XLVIII.

Si portease yo de cuenta mia,
Ó la fuese á buscar donde se halla,
Á fé que algo más cara me saldria
Que mercada en la tienda la vitualla.
Por ventura ¿no es harta gollería
Que de París y Lóndres la quincalla
Venga á mi casa, y de Moscovia el lino,
Y el nípis y el tabaco filipino?

XLIX.

¿No es gloria que un goloso en su festin
Frutos junte de Siria y de Aranjuez,
Y á toda costa dé mosto del Rin,
Aunque es mucho mejor el de Jerez,
Y me la eche de inglés con un pudin,
Y de moro con dátiles de Fez,
Y en *Monsieur* convertido lo *Milord*
Me haga servir pastel de Perigord?

L.

No aplaudo empero, y peca quien lo aplaude,
Que al Imperio Celeste en grande acopio
Con la fuerza el britano ó con el fraude
Á cambio de oro y seda lleve el opio,
Y que se irrite cuando no recaude,
Y picado en lo vivo su amor propio,
Al chino diga en órden de batalla:
«Ó pólvora ó veneno; elige y calla.»

LI.

Dios permite que triunfe de la fuerza
El ingenio del hombre; mas me opongo
Á que en letra y espíritu se tuerza
La ley, hasta yermar Guinea y Congo
Y trasplantar como lechuga ó berza
(Tal vez rompiendo el conyugal diptongo)
Su triste raza, esclavizada á un Fúcar,
Que tiene *ingenio*, sí; pero de azúcar.

LII.

Si es empero cruel esta costumbre,
No el filántropo isleño el bu nos haga
Á título de falsa mansedumbre;
Que al paso que á los negros tanto halaga,
En Manchéster la blanca muchedumbre,
Que suda el quilo con mezquina paga,
Quizá padece más que so la fusta
El herrado bozal de África adusta.

LIII.

Y áun la trata de negros es bicoca,
Y nonada el derecho de visita,
Y, bien en telas ó en café de Moca
Se haga, ya individual, ya en comandita,
El contrabando que á la ley provoca
Escrúpulo es de monja carmelita,
Si se comparan con el agio aleve,
Plaga mayor del siglo diecinueve.

LIV.

¡Oh bolsa comercial, horrenda sima
Do tantas de inocentes se sepultan!
Harapientos, que ayer nos daban grima,
Por tí con su opulencia nos insultan.
Ya el alza, ya la baja, ya la prima
Llenan sú cofre y su cartera abultan;
Y si mal dadas van, ¿qué halla en su quiebra
El juez? Una camisa... y de culebra.

LV.

Se multa y se encarcela al que en el monte,
Ó en el cané aventura dos pesetas;
Y el que en soberbia vence á Faetonte,
De pólizas tahur y de carpetas,
Léjos de perseguirle un polizonte,
Con el oro que apila en sus gavetas
Los servicios supliendo que le faltan,
Compra veneras que su pecho esmaltan.

LVI.

¿Y cuántos de esos próceres de ayer
Que con tan mala fe juegan el dado,
Y suelen traficar si es menester
Con los altos secretos del Estado,
Y de un reino la paz comprometer
Por salvar el papel *acaparado*,
Cuántos, por bizarría ó por conciencia,
Saben siquiera usar de su opulencia?

LVII.

Alguno que por medios semejantes
Más capital juntó que un dia el Inca,
Y si en mal guardillon yacía enántes
Hoy acumula finca sobre finca,
¿Cómo, si ni á sus zarpas pone guantes,
Esperar que de pródigo delinca?
Nunca del ruin fué largo el horizonte,
Y la cabra, es sabido, tira al monte.

LVIII.

Otros lucen espléndida carroza,
Obra, es claro, de artífice extranjero;
Que con lo que es de casa no se goza
Y es muy cosmopolita don Dinero;
Y gastan un caudal con cada moza,
Aunque ande su mujer al retortero,
Y en la ópera italiana fijo el palco,
Aunque le den como oro el oricalco.

LIX.

Mas ¿reporta á la patria alguna pro
De aquel menguado la avaricia escuálida?
No. Y á él mismo las alas que cobró
¿Le sacan del estado de crisálida,
Perpetua ley de su destino? Ay! no;
Que voluntario en él su frente pálida
Muestra el suplicio del famoso Tántalo.
Oh auri sacra fames, atragántalo!

LX.

Y esos que en tocador, sala y bodega,
Guardaropa y jardin, cocina y cuadra
Á Lóndres y á París y hasta á Noruega
Pagan tributo, cuando en vano ladra
La industria del país y en vano brega,
¿Saben si es litoral la villa de Adra?
¿Hay siquiera una sola en sus estantes
De las cien ediciones de Cervantes?—

LXI.

Aunque á tribunos pese y leguleyos,
Y aunque la ley á todos nos iguale,
El astro de Catones y Pompeyos
Siempre á través del fango sobresale
Do se agitan los ánimos plebeyos:
Quien sabe ó puede más es quien más vale:
No sea nadie esclavo, ilota, pária,
Mas ¡comunismo!..., pero ¡ley agraria!...



LXII.

Tiritamos en Búrgos, y en Estepa
De calor nos asamos ó en Osuna:
Sobran doradas uvas á una cepa,
Y en la que está á su lado no hay ninguna;
Ágil el mono por el sauce trepa,
Tumba á la ostra inmóvil es su cuna;
Diamantes suelen dar montes bizarros,
Víboras otros y ásperos guijarros.

LXIII.

Varia así la natura, así versátil
Es la fortuna al hombre. Ingenio á Pedro
Da sutil como el álcali volátil,
Á Juan el don de asegurar su medro
Sacando jugo hasta del seco dátil;
Otro de Pedro y Juan se queda á redro
Por ménos venturoso ó ménos ducho...
Siempre habrá rico y pobre, poco y mucho.

LXIV.

Doite hecha una república modelo,
Cual no se vió ni se verá en el mapa,
Sin otra propiedad en mar ó suelo
Que tomar cada cual su pan y etapa,
Do sea delincuente el terciopelo
Si de paño el comun usa la capa,
Y do, pues comen todos, nadie huelgue,
Y al que zángano sea se le cuelgue.

LXV.

¿Y cuánto este equilátero tablero
De damas durará? Ni una quincena.
Trabajar?, dirá un díscolo. No quiero.
Destripe esos terrones norabuena
El que es de instinto rústico y grosero.
Y otro saldrá con otra cantilena.
Y qué estado no enerva la desidía?
Y el juego?... Y las mujeres?... Y la envidia?...



LXVI.

¿Adónde irán los hombres, que consigo
No lleven sus miserias y pasiones?
¿Ni qué estatuto les pondrá al abrigo
De intrigantes y zorras y ladrones?
Y áun á todos tasando carne y trigo,
Harán sus diferentes complexiones
Que burlando la ley y á la patrulla
Lo que el uno escatime el otro engulla.

LXVII.

Así, y por cien caminos y accidentes,
Que no previeran ni Solon ni Numa,
Á despecho de edictos impotentes
Á unos se ve subir como la espuma,
Y por frágiles otros ó indolentes
Labran el yugo que su frente abruma.
Así Dios lo ordenó desde *ab initio*,
Y así ha de ser hasta el postremo juicio.

LXVIII.

Y pues no he de evitar que al Ebro peche
El que nacer me vió, fértil Cidácos,
Ni que, como las moscas de la leche,
Gusten las pulgas de los perros flacos,
Ni que el pueblo menudo no peleche
Presa de sicofantas y de cacos;
Ruede el mundo, y Luis merme y Diego crezca,
Y Dios dé á cada cual lo que merezca.

LXIX.

Vea yo que con garbo el nuevo Mídas,
Garbo español, expende sus caudales,
Si en áureo tren y opíparas comidas,
En fábricas tambien y en hospitales,
Aunque plumas de envidia corroidas
Digan, por deshonrar sus funerales,
Lo que se dijo de don Juan de Robres,
Que si hizo el hospital, hizo los pobres.

LXX.

Á los clamores de la patria acuda;
Artes y letras ame; no la esquiva
Mano retire al huérfano, á la viuda;
Y nadie en ponzoñosa dïatriba
Rastreará si de casa linajuda
Viene ó no, y por qué medra, y cómo priva,
Ni si al *Midas* de que hablan las consejas
Se parece tambien en las *orejas*.

LXXI.

Tú, pueblo bonachon, abre los ojos.
Del proyectista artero desconfía
Que hoy fecundar promete tus rastrojos,
Mañana minas de oro, y cada dia
De otra Jauja te anuncia los despojos
Miéntras fácil tu bolsa se deslía.
Que dé buena hipoteca, y no administre;
Y áun así, guarda, Pablo, y lanza en ristre!

LXXII.

No de Sierramorena en la garganta
Sólo, ó desde Novelda á Crevillente,
Por crudo terne de trabuco y manta
Se desbalija á un pobre impunemente;
Más en la corte y sin molestia tanta
Con blanda risa que finezas miente
Al prójimo se roba. Ya se ve;
Cómo pecar el que hurta en cabriolé?

LXXIII.

Madrid, víctima ya de muchas tretas,
Lo será todavía de otras tales,
Aunque la voz de alarma en las gacetas
Den cada dia fallos judiciales.—
Qué hacer? Guardar doncellas las pesetas;
Cuando pueden dar réditos anuales,
Es triste!... Y si un bribon me las estafa?
Yerto me quedaré como en garrafa.—

LXXIV.

Nada aconsejo yo. Cada tertulio,
Pesando el contra y pro, la data y cargo,
Vea qué debe hacer de su peculio;—
Y por que echo de ver que ya de largo
Peca este canto para escrito en Julio,
Voy pues á concluirlo. Sin embargo,
Por ser parte integrante del poema,
Renuevo en el epílogo mi tema.

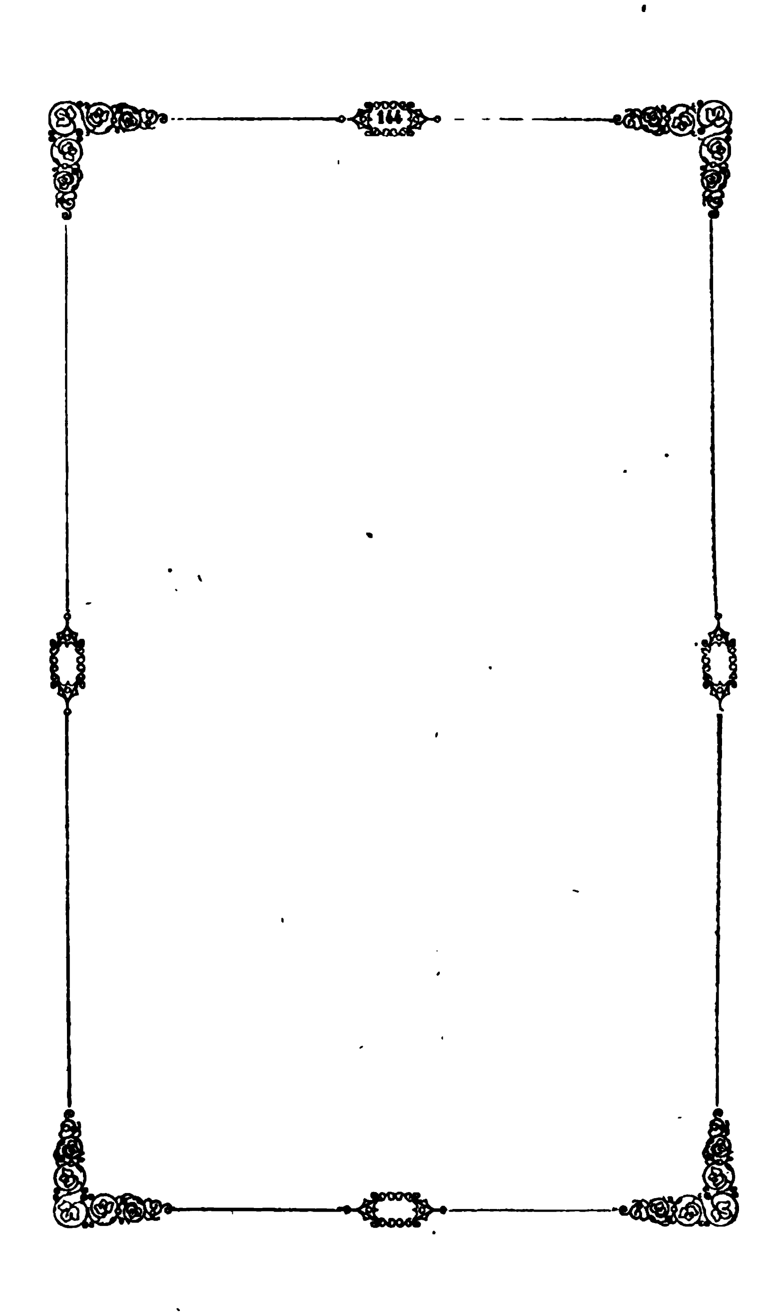
LXXV.

La industria y el Comercio son gran cosa,
Áun sin el gas, que al mundo es otro Apolo,
Y aunque á inutil deseo y vana prosa
Se reduzca el invento del *Eólo*,
Donde volar cual rauda mariposa
Nos prometió de un polo al otro polo
Montemayor insigne, que á mi juicio
Con intentarlo sólo es buen patricio.



LXXVI.

Pero, sin yo querer que se confundan
Los buenos con los pícaros de marca,
En una y otra profesion abundan
Bordes sectarios de don Sancho *Abarca*
Muy dignos de que á sátiras los hundan;
Y áun á tanta maldad la pena es parca;
Mas ¡ay, que para un Fúcar rico y pródigo
Son ilusorias las que reza el código!



CANTO SÉPTIMO.

LA LITERATURA.

I.

Alma Literatura, tu sosiego
No quisiera turbar, yo que bendije
Tus aras tantas veces. Si hoy te pego,
Al empuñar la férula se aflige
Mi corazon. Perdóname, te ruego,
Pues la imparcialidad así lo exige
Y tambien sueles ser desvergonzada,
Que tus trapitos saque á la colada.

II.

Duéleme ¡oh Lesbio! cuando aleve insultas,
Porque al vulgo diviertes con la gracia,
Al prójimo indefenso, y sus ocultas
Flaquezas das á luz, y con falacia
Tal vez, si no las mientes, las abultas.
Fatal reverso del cantor de Tracia,
Si hasta á las fieras amansó su canto,
Como ellas mueve el tuyo á horror y espanto.

III.

¿Querré acaso que el vicio viva impune
Yo que siempre le llevo al estricote?
No, Lesbio, ni hay santuario donde inmune
Se considere de mi crudo azote;
Pero sin tregua un tonto me importune;
Áun más; séalo yo de capirote,
Si cuando al vicio por mi cuenta tomo,
Pintando á Pedro ó Juan digo: *Ecce homo.*

IV.

Y de Pedro y de Juan, Francisco y Pablo
Los rasgos son que copia mi paleta.
Materiales do quier acopia el diablo:
Combinarlos despues toca al poeta,
De suerte que aparezca en el retablo
Una efigie verídica y completa,
De la cuál diga el pueblo: «Te conozco,
Mas no eres Diego Sanz ni Andres Orozco.»

V.

No diré yo que sea inoportuna
La acusacion de quien nos venda ó robe,
Ora de viva voz en la tribuna
Se pida contra él su rayo á Jove;
Ora denuncie el tórculo una á una
Sus culpas; ora un vate se las trove.
Es derecho de todo ciudadano
Y obligacion de muchos; esto es llano.

VI.

Mas no registre con linterna sorda
El doméstico hogar zoilo maligno,
É indague si es madama rucia ó torda,
Y si influye en el cónyuge aquel signo
Que desespera á tres y á ciento engorda.
Tal proceder es sórdido, es indigno,
Y más si le acompañan malos modos
Y denuestos y trágalas y apodos.

VII.

Triste es buscar la fama por la senda
De la difamacion. Quizá se alcanza,
Mas ¡tal es ella! Aunque cordial enmienda
Muestre el que así logró su bienandanza,
En vano es què solícito pretenda
(Áun ántes de que cese en la privanza)
Borrar de sus pecados el vestigio.
Los hay que no los lava ni el Estigio.

VIII.

No así, Lesbio, malogres tu talento.
Deja esa pluma corrosiva y acre
Para el oscuro libelista hambriento
Que á la luz se derrite como el lacre;
Y pues mecerse en la region del viento
Puede tu genio como altivo sacre,
No, grajo, te alimente la carroña;
No vomites, reptil, negra ponzoña.

IX.

La gracia que te sobra no se aprende,
Mas no daña á la gracia la prudencia,
Y el que urbano se muestra, áun si reprende,
No por serlo á su brava independencia
Rehusa, ni á sus émulos se vende
Quien sin pasion los juzga y con conciencia,
Y no cual ciego que al sentar el palo
Quizá sacude al bueno y yerra al malo.

X.

Y áun tú feliz, que por la recta via
Puedes dejar el rumbo que te pierde;
No el que falto de ingenio y fantasía
Sabe que no es leido si no muerde,
Y ensucia cuanto toca como arpía,
Y no alienta, cual rana negriverde
(No siempre ha de decirse verdinegra),
Si del ciénago sale en que se alegra.—

XI.

Mas basta ya de tan dañina yerba
Y Dios la purifique y acrisole
En quien sea posible. Otra caterva,
Otra más ruin y numerosa prole,
Si no de catadura tan acerba,
Merece que mi látigo enarbole,
Y ántes que me desarme su candonga
Como chupa de dómine la ponga.

XII.

Hablo de los que el númen, si eso es númen,
Hablo de los que el estro, si eso es estro,
En contemplar cual ídolo consumen
Al que manda, ora á diestro, ora á siniestro,
Y no hay piropo con que no le abrumen,
Siquiera sea un Júdas ó un cabestro,
Para que pague la edicion en prensa
Ó les dé un empleillo en recompensa.

XIII.

Justo es que agradecido sea el vate
Al liberal Mecénas voluntario,
Y áun que aumente tal vez algun quilate
Al precio de su tronco nobiliario;
Mas calumniar de divo á un botarate,
Mostrándole en la diestra el incensario
Y en la siniestra el memorial humilde,
No hay, si tiene pudor, quien no lo tilde.

XIV.

¿Y qué diré del escritor venal
Que á cualquier opinion su pluma arrienda?
Para memorialista de portal
Fáltale sólo el rótulo y la tienda.
Oh Apolo!, no es tu númen celestial,
Aunque por hijo tuyo se nos venda,
Quien inspira á ese cínico Proteo
Que al mismo Lucifer dirá: *¡Laus, Deo!*—

XV.

Con ceño no inferior al de Aristarco
Tambien á los pedantes zurraria,
Pidiendo auxilio á mi maestro Inarco
Que hizo en ellos cruel carnicería;
Pero de tal polilla el siglo es parco,
Porque en resúmen ¿qué es pedantería?
Ostentar mucho lo que mal se aprende;
Pero ya no estudiamos, y por ende....

XVI.

Así, si algun discípulo nos queda
Del sin par *don Hermógenes* de antaño,
No hagamos de él escarnio y almoneda,
Y como bicho ó documento extraño
Nos le compre un inglés. Por lo que pueda
Tronar, guardarlo es bien como oro en paño,
En muestra, aunque harto débil, de que aquí
Áun hay quien no desdeña el *quis-vel-quí*.

XVII.

Ya se ve; diz que son trabas del genio
La paciencia, las reglas, el estudio,
Y que para triunfar en el proscenio
Basta colarse en él sin más preludio,
Hoy que á Tirso suplantan y á Celenio
Jácara necia y gitanil tripudio,
Ó farsas cuya accion y cuyo diálogo
No respetan ni el Credo ni el Decálogo.

XVIII.

¿Y á qué en aulas seguir cursos metódicos,
Si ciencia universal nos inoculan
De balde ó poco ménos los periódicos
Que como hormigas por Madrid pululan?
¿Y no hay manuales cien que á precios módicos
Las nociones que aquellos no acumulan
Nos dan por el sistema homeopático
Mejor que el más insigne catedrático?

XIX.

¡Y ahí es grano de anís ó de mostaza
La vasta erudicion que un hombre pesca
En el café, en el club, y hasta en la plaza!
Que ya grátis se ganan y á la fresca
Grados de bachiller, y la trapaza
Suple al estudio y al saber la gresca,
Y aquel es reputado más capaz
Que se muestra más gárrulo y audaz.

XX.

Si de escribir se trata, ¿quién no es diestro
Para tratar *ex cathedrâ* de todo?
De la Biblia? Cualquiera sin maestro
El Génesis comenta y el Exodo.
De Historia? Á Ocampo y Garibay secuestro
Y en puré los revendo ó de otro modo.
De Leyes? Nada sé, nada produzco,
Mas las declaro absurdas, y me luzco.

XXI.

Ó tiene uno talento, ó no le tiene,
Dice el que se lo cuelga motu propio.
Con él ¿qué ciencia habrá que yo no estrene
Si una parte adivino y otra copio?
Y si un trago he bebido en Hipocrene,
¿Quién vendrá con prolijo microscopio
Á escudriñar las faltas que cometa?
Nadie; que todo es lícito á un poeta.

XXII.

Y á nadie el pandillaje consabido
Como á canijos escritores cuadra.
Famélico uno solo y desvalido
Al can semeja que á la luna ladra;
Mas su nombre redime del olvido
Si otros tales le admiten en su escuadra.
¿Quién teme en esa empresa de seguros
Á *chorizos*, *polacos* ni *panduros*?

XXIII.

Solo el plan está escrito de la obrilla
(En suponer un plan quizá me excedo)
Y ya en una y en otra gacetilla
La prótasis alaban y el enredo;
Se lee en borrador á la pandilla,
Y aunque no valga para el arte un bledo
Y el buen sentido conculcar proyecte,
Todos exclaman: *Pulchre, bene, recte!*

XXIV.

Y en Prosper merendando ó en Perona
Se acuerda que, finado el tercer acto,
Salga el vate á las tablas en persona
Á recibir un pláceme compacto;
Si no es que á prevencion una corona
Se lleva con que el pueblo estupefacto
Ve laureado al escritor precito
Qne en justicia merece un sambenito.

XXV.

Así, en vez de la fiebre y la congoja
Con que el autor modesto y de conciencia
Tiembla como en los árboles la hoja
Y en un rincon aguarda la sentencia,
Y de galas y afeites se despoja
Por si le imponen ruda penitencia;
Nuestro hombre, muy en ello, se acicala
Para *exhibirse* intrépido en la sala.

XXVI.

Y á fuerza de ovaciones de esta estofa
(Que hacen dudar á un hombre de criterio
Si se ensalza al autor ó se le mofa)
El vulgo, que las toma por lo serio,
(Y con él muchas gentes de alta cofa)
Cómplice se hace al fin del gatuperio
Y dice: «Esto es lo bueno, esto es lo lindo,
Y quien no escriba así, caiga del Pindo.»—

XXVII.

Siglo es de medianías el que rige,
Y no lo negará quien bien lo observe.
Sobre experto varon ora se erige
Por su audacia, y no más, garzon imberbe;
Ciega y loca fortuna á aquel dirige;
Á este la intriga que en las cortes hierve;
Mas ¿dónde alientan hoy los grandes hombres
Que han de inmortalizar sus claros nombres?

XXVIII.

Un héroe sólo, un genio hemos contado,
Y ese en rigor no al siglo pertenece;
Que es superfetacion del que ha pasado;
Napoleon. (1) ¿Cuál astro resplandece,
Fuera de él, hombre de armas ó de estado,
Que no puedan suplirle doce ó trece
Sin que esta sociedad pasiva, inane
Pierda en el cambio un níspero ó lo gane?

(1) Le combatió mi patria: norabuena;
Y yo, apénas cumplido el tercio lustro,
Comparsa fuí de la marcial escena;
Mas no por eso de sus lauros frustro
Al cautivo inmortal de Santa Elena,
Ni de patriota el título deslustro
Si, cuando á nadie yá turba su gloria,
Mi admiracion tributo á su memoria.

XXIX.

Y hay hombres de alto temple; no lo ignoro;
Mas, porque austeros son en demasía
Y culto niegan al becerro de oro,
Dejan á la insolente medianía
Puestos en que aventuran su decoro,
Ó si al poder su mérito les guia,
El agio y la perfidia cortesana
Los tumban de la noche á la mañana.—

XXX.

Á mi asunto volviendo, ya de Horacio
El *mediocribus esse* á los poetas,
Como en tiempo mejor á los del Lacio,
No niegan puritanas las lunetas;
Ántes de un escolar al cartapacio,
Que áun está dando fe de las palmetas,
Vítores da la multitud obtusa,
Y al talento y la ciencia los rehusa.

XXXI.

Si explicar tal fenómeno quisiera,
Yo al lector dejaria satisfecho;
Mas la leccion sería muy severa,
Y hoy, si bien lo examino, sin provecho.
Me ceñiré á decir que si prospera
La medianía, es porque yo sospecho....
Que á veces..., lo diré?, si otras muy ducho...,
Tambien el auditorio es medianucho.

XXXII.

Bien es cierto que afligen otros varios
Achaques al teatro nacional;
Ya nazcan de escritores perdularios
Para quienes el foro áun es corral,
Ó ya de codiciosos empresarios
Que vendieran á Apolo por un real,
Ó bien del mismo público badea
Que tanto y tanto bodrio paladea.

XXXIII.

Pecan (que no son santos ni profetas)
Los cómicos tambien.... Pero los temo;
Que, aunque sólo á los míseros poetas
Suele el dicho aplicar caton blasfemo,
Los actores áun más y los consuetas
Son *genus irritábile* en extremo,
Y los hay que, aspirando á ciego culto,
Hasta el consejo toman por insulto.

XXXIV.

No todos, en verdad, de ciencia infusa
Tesoro se contemplan y de gloria,
Pretendiendo *crear* más que la musa
Cuyos ecos repiten de memoria:
Hay quien partir modesto no rehusa
Con el autor la escénica victoria,
Y si algo en el ensayo rectifica,
Respeta su derecho y no se pica.



XXXV.

Hay quien aplausos pide á todo trance,
Y quien sólo al buen gusto los demanda;
Hay quien guarda sus brios para un lance,
Y otro hace en todos lo que el arte manda;
La prosa éste distingue del romance
Y sabe lo que dice y por dónde anda,
Y sin venir á cuento aquél se engolfa
Y pierde el rumbo, pero no la solfa.—.

XXXVI.

Mas dirán, si prosigo el parangon:
«Miren qué gracia! Así no se critica.
No cumples tu satírica mision
Con decir que hay de todo en la botica.
Este es un Roscio, aquel un mal histrion...
Y ¿á quien el éste y el aquél se aplica?
Di: Juan es bueno y pésimo Vicente.
Lo demas es huir por la tangente.»

XXXVII.

Pues áun así ha de haber quien cada frase
Ora á Fulano cuelgue, ora á Mengano,
Y aunque tal por las mientes no me pase,
Diran: «Es un Majencio, un Diocleciano
Perseguidor cruel de nuestra clase,
Un Atila, un apóstata Juliano»,
Miéntras batiendo yo palma con palma
No exclame: Cada cómico es un Talma!...

XXXVIII.

Y, valga la verdad, buenos actores
No nos faltan y célebres actrices.
¡Así de entre los buenos los mejores,
Para ser todos ellos más felices,
Á sombra de unos mismos bastidores
Se vieran; no cual tímidas perdices
Que acá el plomo dispersa y acullá,
Ó cual los tristes nietos de Judá!—

XXXIX.

Tanto mejor. Así, como en la cuna
Del mundo, con su propia parentela
Cada primer galan prueba fortuna
Y agencia poca ó mucha clientela;
Y en diez aulas así, por falta de una,
Brilla ¡oh Talía hispánica! tu escuela,
Y pronto en cada barrio, á lo que veo,
Tendrá la capital un coliseo.

XL.

Mas como de Toledo y de Segovia
Falta á los puentes ¡casi nada! el rio;
Que apénas el cimiento que le agobia
Lame en invierno, y en el seco estío
Puede su cauce pudibunda novia
Pisar sin que la moje ni el rocío;
Así, ó sobran teatros, es notorio,
Ó falta para tantos auditorio.—

XLI.

«¿Y qué le importa á usted? La industria es libre,
Mohino me replica un empresario,
Como en su curso el Támesis y el Tibre.
Pido yo algun subsidio del erario?
Si á actores de mi brio y mi calibre
El público abandona y del diario
Sigue la voz que sin piedad me muerde,
Hágale buen provecho: él se lo pierde.»—

XLII.

«Pues yo no dejo el puesto, aunque el demonio
Me lleve, otro dirá. La ley me abona,
Y el teatro español no es patrimonio
De ninguna familia ni persona.»
Y todos culparán al plectro ausonio,
Á cuyo son el pueblo se amontona...,
Y al Gobierno, que viendo á la Comedia
Gemir, agonizar, no lo remedia....—

XLIII.

No más!—El vulgo frívolo propende
Á ser de su discurso un poco avaro.
Así, sin que le duela, el oro expende
Por un *infida sorte* y un *mio caro*.
Si del texto una sílaba no entiende,
Qué importa? Á los sentidos dulce y claro
Habla el re-mi-fa-sol, miéntras del alma
Dos potencias ó tres duermen en calma.

XLIV.

La ópera es de suyo seductora,
Si hay en la partitura buen estilo
Y con grata expresion y voz sonora
Canta la *donna* que nos tiene en vilo.
La accion importa un bledo, y si en Caldora
Ocurre ó en las márgenes del Nilo.
Dos negociantes, si se encuentran juntos,
Tratan del duo al aria sus asuntos.

XLV.

Tiempo ha que lloran las hispanas musas,
Macilenta la faz y el plectro roto,
Oyendo las heréticas excusas
Con que atildado prócer, tan devoto
De corcheas, semínimas y fusas,
Ya las cante *Pollion*, ya *Michelloto*,
Á Moreto desdeña y Alarcon
Y sólo en solfa admite un *Calderon*. (1)

---

(1) Bajo el modesto nombre de *Zarzuela*,
Hoy ya el ibero drama musical
(Que apénas si era niño de la escuela
Cuando escribí este canto mazorral)
Próspero surca el mar á toda vela;
Y aunque á *Talia hablada* esto es fatal,
Al ménos sus gorjeos y bemoles
Son honra y pro de artistas españoles.

XLVI.

Áun es menor la costa que la danza
Pantomímica impone al intelecto.
Quien tiene vista allí que largo alcanza,
Del ingenioso drama es juez perfecto;
Lentes de á veinticuatro (esta es la usanza)
Suplen del miope el óptico defecto;
La pantomima se desprecia ¡fu!,
Y alerta, ojo avizor al padedú!—

XLVII.

Al ménos en la danza no París
Se lleva todo el lauro. Hay almas buenas
Que á las *Fuocos* prefieren y á las *Güis*
Las *Cámaras*, las *Vargas* y las *Nenas*.
Y ¿por qué á aquellas más maravedís
Dar que á nuestras Terpsícores morenas?
Si en la pierna está el *quid*, no en la cabriola,
Sobre este *quid* ¿quién tose á una española?

XLVIII.

Y agregue usted la sal de Andalucía....
Mas ya nos la administran tal y tanta
Intrusos sacerdotes de Talía,
Que con su acre sabor nos atraganta.
Fina y con tasa es néctar y ambrosía,
Mas gorda y á quintales ¿quién la aguanta?
Qué! ¿sólo tienen gracia los gitanos
Desde el monte de Calpe á los Marianos?

XLIX.

Qué! ¿sólo allí hay chalanes, y lechuzas
Buñoleras, y chulos, y ladrones,
Con navajas moviendo escaramuzas
Y á Baco menudeando libaciones?
¿Son estas las costumbres andaluzas
Dignas de dar asunto á los telones?
¿Sé alza en Despeñaperros una valla
Que diga *non plus ultra* á la canalla?

L.

En ensartar hipérboles absurdas
¿El donaire andaluz sólo consiste?
¿Es fuerza revolcarse en las zahurdas
Para tener ingenio y garbo y chiste,
Y en vez de *mire usted*, con lengua zurda
Sincopando la frase decir *miste*,
Y afear el idioma de Cervantes
Con carcelarias voces mal sonantes?

LI.

Vates que sois la prez de Guadalorce
Y Bétis y Genil y Lete y Darro,
No aquel segundo Eden sufrais que escorce
Á guisa de figon coplero charro;
Mostrad una y dos veces y catorce
Que, sin *caló* y sin crápula y desgarro,
Sobra la ática sal á vuestra gente
Del Norte al Sur, del Céfiro al Oriente.

LII.

Acabe ya ese género bastardo
Que á la razon y á la moral insulta,
Ó sólo de Triana y San Bernardo
Se solace con él la plebe inculta.
La fruta cóma de que abunda el Pardo
El que tales oráculos consulta,
Y no más á la cháchara de un drope
Se humille Moratin, sucumba Lope. [1] —

---

(1) Aquí viene de molde otra posdata.
Ya no es la teatral danza española
Lo que cuatro años ha. Platea ingrata!...
Mas ni tanto en la escena se interpola
De germanescas follas la reata
Que nos encenagaba hasta la gola.
¡Ay, todo, bien y mal, pena y holgorio,
Todo es en esta vida transitorio!

LIII.

Habla de mis abuelos rica, noble,
Limpia, sonora, ¡oh cómo te pervierte
La atrevida ignorancia á paso doble!
La jerga gitanil ¡oh dura suerte!
Y de París la frase ó de Grenoble
Conspiran de consuno á darte muerte,
Y pocos salen ¡ay! á tu defensa
Ni en la tribuna libre ni en la prensa.

LIV.

Qué mucho? Como todo se improvisa
Lo que aquí se perora y se redacta,
Raro es quien se detiene en tanta prisa
Á excogitar la locucion exacta.
Así tal jerigonza se nos guisa,
Que España es ya Babel. «*Tomemos acta*...;
Dijo *reasumiendo* don Baudilio...;
Se avisará en su dia *á domicilio*....»

LV.

Pues ¿y el hacer esdrújulos de todo?
Si eufónico y genuino es *intervålo*,
Á qué fin acentuarlo de otro modo?—
Siendo en Madrid ministro un don Gonzalo
(Recuerdo el cuentecillo y lo acomodo;
Que para mi propósito no es malo)
Entre él y un aguerrido pretendiente
Dió que reir la anécdota siguiente.

LVI.

Cansado de una audiencia y otra audiencia
En que nada lograba el pordiosero,
Parando un dia al prócer (qué insolencia!)
«Don Gonzalo!», exclamó con tono fiero.—
«Breve, breve!», interrumpe Su Excelencia.—
«Pues bien, señor don *Gónzalo*, esto quiero»,
El *quidam* replicó, que era ladino,
Y su agudeza le valió un destino.

LVII.

¿Será tal vez que rutinaria y crédula
La caterva que ha dado en tal manía
Toma aquel *breve, breve* por real cédula
Que prosodia alteró y ortografía?
¿Es galope el de *epígrama* y de *médula*
Que da brio á la lengua y energía,
Ó es que nada estudiaron, ni pretéritos,
Los que pronuncian *hóstiles* y *péritos*?

LVIII.

Aunque gala da al verso y á la prosa
Del esdrújulo el raudo movimiento;
Si de ellos nuestra lengua es tan copiosa,
Que uno buscando se me ocurren ciento,
Por qué sed de aumentarlos nos acosa?
No hay más primor en el variado acento?
Mas basta ya de crítica infecunda
Y perdonadme ¡oh *cólegas*! la tunda.—

LIX.

Quizá tambien por ser en tanto grado
El idioma español vario y sonoro,
Aquí, como las malvas en el prado,
Abundan los poetas. Qué tesoro!
Todos en su laud, por de contado,
Pulsan (ellos lo dicen) cuerdas de oro,
Y embriaga á todos...; ¿pensaréis que el vino?;
No; eso que llaman el *furor divino.*

LX.

Si son ó nó lo que presumen muchos,
Á la posteridad toca decirlo,
Y si es razon que á ciertos avechuchos
Fueros se den de ruiseñor ó mirlo.
¡Ay, de cuántos poemas, cucuruchos
Hará el tendero, y cuánto y cuánto chirlo
Preparan el raton y la polilla
Á más de una rimada maravilla!

LXI.

Hoy con que el verso conste y mala ó buena
Caiga la rima do la pide el metro,
Aunque de vaciedades esté llena,
Nadie dice á una estrofa *vade retro.*
Sobre todo en la escena.... Es mucha escena!
Ni un sólo dia en su ámbito penetro
Que, aunque cada *renglon* merezca un palo,
Oiga á nadie decir: «El *verso* es malo.»

LXII.

La mitad de las sílabas son ripio,
Ruda la frase, impropias las figuras;
Aquí redunda el dócil participio;
Allí son berroqueñas tres cesuras;
Allá el fin es discorde del principio....
No importa; y sufrirá mil desventuras
El drama, y dirán todos que es perverso;
Mas ¿quién le pone el cascabel al verso?—

LXIII.

No más, que si apurase la materia
Con cien lacras que omito y cien resabios,
Qué de muebles saldrian á la féria!
¡Cuántos que ciñen ínfulas de sabios
Mostrarian desnudos su miseria!...
Mas tomarian muchos por agravios
De mi pluma las cándidas verdades
Y por envidia ruin á mis cofrades.

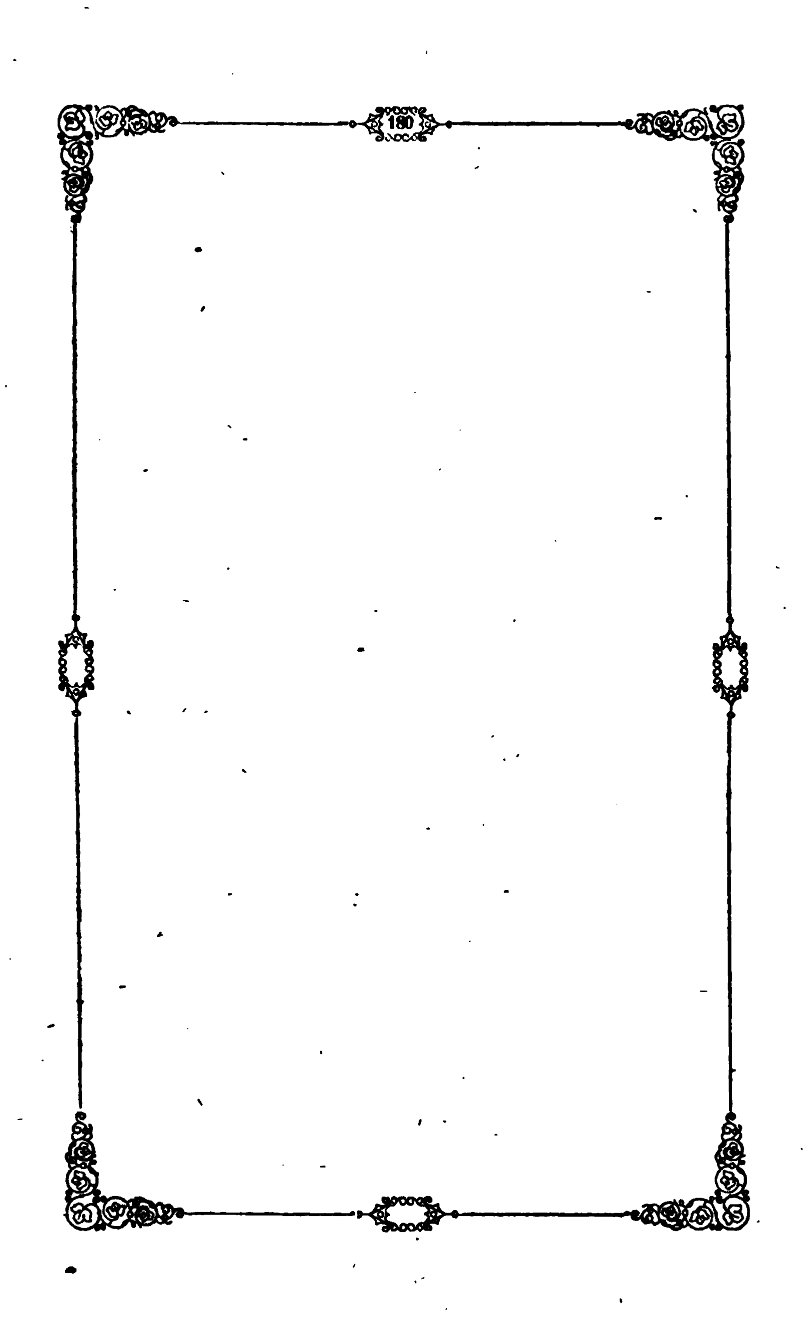
LXIV.

Sólo diré, por via de posdata,
Que deplorar me sea concedido
Forme aquí tantos votos de reata
El espíritu ciego de partido.
Á su contrario cada cual combata
En la arena política: no pido
Ni justicia siquiera á aquellos ó estos:
Siempre para violarla habrá pretestos.



LXV.

Mas siquiera el poético gimnasio
Sea neütral y el de las dulces artes.
Si brilla en tal faccion algun Parrasio,
Hónrese su talento en todas partes;
Si en el otro despunta un Metastasio,
No por seguir opuestos estandartes,
Con torva vista y desdeñoso belfo
Exclame un *gibelino*: «Horror! Es *güelfo*!»



CANTO OCTAVO.

ARTES Y OFICIOS.

I.

Funesto el siglo actual décimonono
Para las bellas artes ha mediado;
Ni en lo que resta de él su excelso trono
Habran, segun las trazas, recobrado;
Y pues á remediar vuestro abandono
Poderoso no soy, mal de mi grado,
Artistas, no tembleis: compadeceros
Sólo sabré miéntras os vea en cueros.

II.

No el genio se ha perdido todavía
De Apéles, Miguel Angel y Lisipo,
Mas á quien de ellos por la luz se guia
Falta la inspiracion, y acaso el tipo.
Mostrando una vulgar litografía
Ó un *fiat* del veloz daguerreotipo,
Hoy se atreve á decir sátrapa estulto:
«Amo las artes y les rindo culto.»

III.

Á lo más, si el facsímile plomizo
Que el mágico aparato de Daguerre
De sus facciones importantes hizo
No deja satisfecho á don Gutierre,
Porque falta á su tez todo el hechizo
Sin el color que trajo de Alcubierre,
Hácese mi hombre retratar al olio,
Y en la cumbre se ve del Capitolio.

IV.

Y yo de la ilusion no le defraudo
Con que presume perpetuar su cara,
Como si el tiempo destructor y raudo
Algo de quien no es *álguien* respetara;
Ántes su sándia vanidad aplaudo
Y sentiria qne se hiciese rara;
Que si no se retratan los señores,
Se van á morir de hambre los pintores.

V.

Diles, si nó, que tracen con maestra
Mano á Goliat vencido por David;
Ó para gloria suya y dicha nuestra
Triunfando de Edetania al noble Cid;
Ó al que dió de su prez tan alta muestra
De Cerinola en la sangrienta lid;
Ó, á cual más denodado y estratégico,
Ya al domador de Cuzco, ya al de Méjico.

VI.

«Perderemos el lienzo y los colores
Y obra y tiempo y barniz, responderán,
Aunque nuestro pincel venza en primores
Á Velazquez, Murillo y Zurbarán»;
Y, mal que á ellos les pese y tú lo llóres,
La verdad, lector pio, te dirán.
¿Qué mucho pues si ponen la paleta
De un necio á la merced ó una coqueta?

VII.

Fuerza es que dardo agudo al genio punze
Que, aspirando á pintar más alto asunto,
De la dengosa Ines, que el gesto frunce,
Al lienzo dé el insípido trasunto,
Y que el novio ó galan á quien se unce
(Siervo actual y tal vez ciervo presunto)
Perfecciones le pida en el traslado
Que ella quiere mentir ó él ha soñado.

VIII.

Cierto que retratar es dura cosa
Con sus veneras cien á un viejo verde,
Que el asno de la fábula donosa
Cargado de reliquias nos recuerde,
Y resignarse á que lozana rosa,
Que en un dia de Abril nace y se pierde,
Brote, á despecho del airado Noto,
En la rugosa faz de horrenda Cloto.

IX.

Mas no soy yo tan rígido Aristarco,
Que por *fas* zurre á todos y por *néfas*.
Si ese varon, indigno de Plutarco,
Merece trasladado tantas befas,
Vale cien duros el suntuoso marco
Que el lienzo prende en góticas cenefas;
Y ¡qué! ¿no es para un nieto gran consuelo
Ante un cuadro exclamar: «He aquí mi abuelo»?

X.

Ni todos los retratos que hoy abundan
Más temprano ó más tarde irán al Rastro.
Entre mil que se borren ó refundan,
De uno ó dos podrá ser próspero el astro;
Y acaso nuestros pósteros confundan,
Ora en lienzo, ora en busto de alabastro,
Con un genio á algun quidam como yo
Y hagan en el Museo un *quid pro quò*.

XI.

Ni es despreciable objeto un buen retrato.
Puede como obra de arte ser muy bello
El que refleja un rostro caricato;
Fama á Ticiano, á Rúbens y á Coello
Dan los que hicieron, y en algun barato,
Adonde fué á parar sin merecello,
Tal vez en cara anónima se muestra
De ignorado pincel obra maestra.

XII.

¿Y para quién trabajará el artista
Que obras quiera emprender de más empeño?
La iglesia conturbada y desprovista
No es ya emporio á las artes del diseño,
Y en este siglo incrédulo, egoista,
Supersticion se llama ó vano sueño
La ardiente fe católica y sincera
Del siglo de Murillo y de Ribera.

XIII.

Sombra de lo que fué no es ya en Castilla
La antigua solariega aristocracia;
Y sin que yo de octava maravilla
La califique por ganar su gracia,
Ni cubrirla pretenda de mancilla
Y á su costa ensalzar la mesocracia,
Ello es que en su habitual munificencia
Fué á las artes segunda Providencia.

XIV.

Pobre ya y sin poder y sin influjo,
Áun se atreve á pecar de manirota.
Su loco amor al heredado lujo
De mayordomos la legion explota,
Que perdonando apénas el orujo,
El jugo van chupando gota á gota
De la viña fiada á su cuidado
Por indolente dueño. Mal pecado!...

XV.

Pero esos millonarios del diluvio,
Que al procerato antiguo eclipsan ya,
No así expenden impróvidos el rubio
Metal que tales infúlas les da.
¡Si á lo ménos el arte de Vitruvio,
Ya que el de Fídias tan tronado está,
Les mereciese alguna proteccion!...
Pero ¿ellos?... Sí, ya ya!... ¡Bonitos son....

XVI.

Algunos, muy contados, con cien llaves
No guardan de su haber el cartapacio,
Y gustan de columnas y arquitrabes,
Y sólo se hallan bien en un palacio.
Á tí, que si eres rico serlo sabes,
Salmancio, uno te haria de topacio;
Para otros bastaria una buharda,
Y no estarian mal con una albarda.

XVII.

Y ellos construyen casas á porrillo,
Pero ¿cómo? Velando dia y noche
Por si pueden ahorrar medio ladrillo.—
«Ménos luz; mi caudal no se derroche;
Que cuesta el pié tres pesos y un cuartillo.—
No más ancho el portal; ya cabe un coche.—
No tires el cascote; eres muy franco!
Con él se puede hacer el sotabanco.»—

XVIII.

«Pedir por este cuarto ocho mil reales!—
No es caro: tiene siete dormitorios.—
Sí, pero chicos son los principales
Y los otros parecen purgatorios.—
No tal....—Qué condiciones?—Las usuales:
Tres años de habitarlo obligatorios,
Medio año adelantado y.... (San Silvestre!)
Por via de fianza otro semestre.»

XIX.

Bien suelen reservarse una vivienda,
Y algunos la más cómoda; oh! sí tal;
Mas, aunque á cada lado hay una tienda,
Á un fosforero alquilan el portal.
El nicho del portero no se arrienda;
Que atisba y barre y cuida del fanal;
Pero, aunque sólo al propietario acata,
Le pagan los vecinos á prorata.

XX.

Que el dueño de una finca, ó dos, ó tres,
Aproveche, escatime su terreno,
Que el máximum le saque de interes,
No lo murmuro yo, no lo condeno;
Mas que midiendo de su hogar los piés
No aspire un hombre de riquezas lleno
Á vivir ancho, incólume, tranquilo,
Hum! sólo de pensarlo me horripilo.

XXI.

Gran Dios! Con la mitad de los haberes
Del que así se compendia y acurruca,
Recaudando mezquinos alquileres
Que no han de prolongar su edad caduca,
Yo, amigo de domésticos placeres,
Sólo en mi casa independiente y cuca
Viviria, y áun su área, si pudiera,
Una manzana ocuparia entera.

XXII.

¡Para que yo sufriera en el segundo
Piso el solfeo atroz de un abejorro,
Y el ruido y el hedor del patio inmundo,
Y entre renglones acallando á un rorro
De ama serosa el canto nauseabundo,
Y á mi frente el ladrido de un cachorro,
Y en cada guardillon una *liornia*,
Y en lo bajo un figon y una bigornia!—

XXIII.

Mas dando ya de mano á este episodio,
Que por amor idolátra á las bellas
Artes aquí he rimado, no por odio
Á quien se honrara honrándolas á ellas;
Vamos por otra via; que áun el modio
Mi musa no vació de sus querellas.
Ahora, pues arte sois de prez no poca,
Doña Tipografía, á vos os toca.

XXIV.

¡Arte de Guttemberg, que tanto vuelo
Diste al de Cadmo, como tú sublime,
Cuál te miro rodando por el suelo!
Ahora sí que la prensa suda y gime,
Pero ¡ay! es de pesar y desconsuelo
Al ver que no es la ciencia quien la oprime,
Sino el afan de lucro inmoderado,
Que es doquier la carcoma del estado.

XXV.

Mucho se imprime, pero ¿cómo? Al trote;
No con el gusto y correccion de márras.
Al ver tanto tiznado papelote
Con letras estrambóticas y charras,
¿Qué dirian si alzaran el cogote
Los Sanchas, los Monfortes, los Ibarras?
Y ¡qué de barbarismos!... Ya se ve;
Ni para las erratas hay ya fe!

XXVI.

Y el libro al editor no cuesta nada;
Que como son del público dominio,
Á Cervantes reimprime y á Granada,
Y á Moreto ó Leon, Horacio ó Plinio.
Si otro puso la ciencia y la velada
Y tú tan sólo el fácil escrutinio,
¿Con qué razon nos das, con qué pretexto
Mal tipo, ruin papel, viciado el texto?

XXVII.

Un tomo en cien entregas nos dividen
Siguiendo el homeopático sistema,
Y aunque es verdad que un real sólo nos piden
Por cada dósis mínima, es pamema
La baratura; porque tantos *idem*
Sumamos al juntar todo el poema,
Que comparando el bulto y el tamaño
Doble nos cuesta que costaba antaño.

XXVIII.

Y rara vez capítulo completo
Nos dan los que laboran esa mina.
Deja la entrega quinta en grande aprieto
La casta integridad de Ceferina,
Y hasta que sale á luz otro folleto
Nos tiene con cuidado la heroína;
Si no es que muerta en fárfara la obra,
Nos da un chasco despues de una zozobra.

XXIX.

Y chascos menudean de esta especie
Para que el más afecto á la lectura
Á libros y editores menosprecie;
Si bien no en todos, no, de la censura
Es justo que la cólera se arrecie;
Que honran la nacional literatura
Algunos.... Mas no á ellos; sólo al vulgo
De pésimos libreros excomulgo.

XXX.

En ese vulgo abortan cien proyectos,
Porque no hay capital, ni fe, ni ciencia;
Por él en cada casa los prospectos
Que oro y moro prometen (no hay paciencia!)
Pululan como en Julio los insectos;
Y hay hombres de tan cínica insolencia,
Que suelen como gente foragida
La suscripcion pedirnos ó la vida.

XXXI.

Ceca y Meca entretanto con el rollo
De su docto y ameno manuscrito
Corre un buen escritor de gran meollo;
Y aunque fama ha ganado de erudito,
Si al precio no lo vende del repollo,
Bien podrá al cuarto cielo alzar el grito
Viendo frustrada así tanta vigilia;
Que no llevará pan á su familia.

XXXII.

Ó amargo desengaño le escarmienta
Si, confiado en la bondad del tomo,
Á imprimirlo se atreve por su cuenta;
Que los corresponsales son de plomo
Á quienes fia el mísero la venta,
Y si cobra de seis, Dios sabe cómo,
No hará con esto suculento caldo;
Que diez se comen el mezquino saldo.

XXXIII.

Y para un suscriptor que *numeratâ*
pecunia pague la anunciada cuota,
Larga es de los amigos la reata
Que de balde sus páginas explota.
Crueles!, la impresion no fué barata
Y no espera el autor ninguna flota:
¿Cómo quereis que de la obra satis-
Faga los gastos si la apura grátis?

XXXIV.

Y tal vez los más sandios y zopencos....
Dioses de tal escándalo testigos!,
Los frutos del saber ¿son ya mostrencos?
Si eso amistad se llama, son amigos
De la tímida liebre los podencos
Siguiéndola por montes y por trigos.—
«Un libro no es dinero».—Oiga! Pues ya!...
Vaya usted á comprarlo, y lo verá.

XXXV.

Las letras.... Mas ya es tiempo de hacer alto
En ellas, aunque callo mucho, mucho;
Que estan pidiendo de mi musa un salto
Allá un vasto taller, acá un tenducho.
Grata es la variedad, y á ella falto
Si en un solo expediente desembucho
Todo cuanto el magin me representa,
Y sin despacho dejo otros cuarenta.

XXXVI.

Sinónimos no son en castellano,
Aunque vocablos de raiz comun,
Artífice y artista y artesano;
Mas ya desde Ripoll hasta Sahagun
Artista quiere ser todo cristiano,
Áun el que hace pastillas de betun
Y con brocha y cepillo limpia y frota
De aquel el borceguí, de este la bota.

XXXVII.

Á muchos los disculpa la ignorancia,
Y si alguno á sabiendas incurriere
En esa inofensiva petulancia,
No haya miedo que yo le vitupere,
Miéntras, como hoy sucede en esa Francia,
No en ambicion insana degenere,
Y más que los talleres y los hornos
Las asonadas ame y los trastornos.

XXXVIII.

Por dicha, aquí no es fácil que el obrero
Los perniciosos hábitos contraiga
Que cunden por allá, y el buen sendero
Abandonando, en el abismo caiga:
Aquí del socialismo lisonjero
No la doctrina pérfida se arraiga;
Ni ella haria más próspero el estado
Del que es trabajador, hábil y honrado.

XXXIX.

El artesano aquí, sin esa embrolla
Que exalta y fanatiza al de Lutecia,
Su pitanza asegura, y no en su cholla
Hierve tanta utopía horrible ó necia.
Al oler los garbanzos de su olla
Con vaca y pié de puerco y fina especia,
De buen grado algun prócer exclamara:
«Aquí estoy yo, Maestro; una cuchara!»

XL.

En la atrasada España el egoismo
No de males sin fin el foco enciende;
El triste y peligroso pauperismo
No aquí es involuntario como allende,
Ni en condicion iguala y en guarismo
Al que desesperado allí propende
Á subvertir la sociedad ingrata
Que estruja al proletario y le maltrata.

XLI.

Aquí, donde por montes y ribazos
Dones redundan de Pomona y Céres,
Y la vid con la hiedra en dulces lazos
Á este consuelos brinda, á aquel placeres,
No sobran como allá miles de brazos
Que en vano pidan obra á los talleres.
La agricultura á muchos alimenta,
Y ¿á quién la industria de su seno ahuyenta?



XLII.

Que una y otra (si bien con cierta sorna
Connatural á la española casta)
Progresan sin cesar. Julio retorna
Centuplicado el fruto á la canasta,
Y ya la clase media se abochorna,
Más sensual, ó más rica, ó ménos basta,
De aquella cicatera economía
Que en el siglo anterior prevalecia.

XLIII.

Ya un fulano de tal, si algo prospera,
Aunque marqués ó conde no se nombra,
Se atreve á reemplazar la ruda estera
Con elegante matizada alfombra;
Ya si otro ocupa secular cochera
Con su media fortuna, á nadie asombra,
Y en general con ánimos serenos
Gozamos más, si atesoramos ménos.

XLIV.

Si cayó como tántos el convento
De San Felipe el Real (horas menguadas!);
Si arrancó la piqueta hasta el cimiento
(Oh siglo destructor!) de aquellas gradas
Sobre cuyo enlosado pavimento
Tantos lances y tantas cuchilladas
Maquinaron las musas á galope
De Tirso y Calderon, Rojas y Lope;

XLV.

Tiendas lujosas, vastos almacenes
Se alzaron donde lóbregas y gachas,
Gratas sólo á las nenas y á los nenes,
De rubor se escondian las covachas;
Si bien áun quedan otras que perenes
(Tambien hundiendo sus siniestras fachas
Para que los vecinos no se alarmen)
Bajo tu palio están, Vírgen del *Cármen*.

XLVI.

¿Y qué fué de Canosa la espelunca
Coetánea de Alejandro y de Tomíris?
¿Quién receló que se cegase nunca
La que arrostró el empuje de los *guíris*?
Mas del tiempo la hoz todo lo trunca:
Cayó, y Cordero, Amato, el Suizo, el Íris
Se alzaron esplendentes, y hasta Pombo
Compró vajilla y ensanchó el biombo.

XLVII.

Áun de lúgubres pecan y de angostas
Tiendas que alumbran faros de Lucena
En la calle Imperial y en la de Postas;
Mas en la culpa llevarán la pena
Si, prescindiendo de mezquinas costas,
Á Narciso no imitan y á Cachena,
Ya que á Pizala nó y á Moratilla
Y á Dubost, Nicanor, Samper y Utrilla.

XLVIII.

Solo Madrid es corte se decia
De aquel Madrid grosero, pobre, infecto
Que alumno indigno de la Escuela pia
Yo vi, y áun no me acuso de provecto.
Pues si quien dijo tal, lo viese hoy dia
Tan otro en su cultura y en su aspecto,
Ya no es corte diria la que piso;
Que es segundo ejemplar del Paraíso.

XLIX.

Y diria sin duda una blasfemia,
Pues sobra el polvo y escasea el agua,
Y por más que le duela á la Academia,
Al lado de un *bazar* hierve una fragua:
La autoridad con bandos nos apremia;
Mas como si estuviese en Nicaragua,
Así los obedece el vecindario;
Y hay en cada manzana un comisario!

L.

No obstante, ora de lleno penetrando,
Ora por claraboya ó por resquicio,
Á la patria del Cid y San Fernando
No niegas, alma luz, tu beneficio.
Ni ya nos basta el fósforo nefando,
De yesca y pedernal grave perjuicio;
Que diez calles el gas pródigo alumbra,
Si bien quedan doscientas en penumbra.

LI.

Pero él irá cundiendo por las calles
Como ya por teatros y por tiendas.
No falta al vencedor de Roncesvalles
Ingenio y chispa. En próximas Calendas
¿Quién sabe si Alcorcon otro Versalles
Será y otro Manchéster Alcobendas?
Sus! sacudid, iberos, la desidia,
Y á París y á London daréis envidia.

LII.

Ya el vapor (haya bien quien lo inventó!)
Os traslada jugando al ajedrez
De Barcino en un verbo á Mataró,
De Madrid idem, idem á Aranjuez.
¿Por qué ¡pésia los dattos de Joló!
Ya de Irun no volais hasta Jerez
Y desde Vigo á la focense Ampúrias,
Pues hierro os da Vizcaya y fuego Asturias?

LIII.

Mas todo se andará. No á España en vano
Del yugo en que gemia libre veo;
No ya barrera del progreso humano
Será el pluvioso y arduo Pirineo;
Basta llamarse un hombre ciudadano
Para dar cierto ensanche á su deseo,
Y cuando no el ejemplo, á unos la gula,
Á otros el qué dirán nos estimula.

LIV.

Con eso (ojo á esta linda octava) y con
Haber la propiedad subdividido
La nacional desamortizacion,
Pelecha el menestral, y más pulido
Se ha vuelto y de más blanda condicion;
Tanto que ya la raza se ha perdido
Del antiguo chispero, y no lo ves
Ni en el Barquillo ni en el Avapiés.

LV.

Ni ya, aunque su altivez nadie domeña;
Que hasta en la risa es cáustica y agraz,
Es tan soez y esquiva y zahareña
Y tan vapuladora y tan procaz
La intrépida manola madrileña,
Cuyos timbres cantó, no sin solaz
De esta noble y leal y heroica villa,
Don Ramon de la Cruz Cano Olmedilla.

LVI.

Tal que ayer con su cesta de naranjas
Graznaba en el umbral de una taberna
Y apta para saltar setos y zanjas
Llevaba el *guardapiés* á media *pierna*,
Hoy la mantilla de anchurosas franjas
Por papalina trueca á la moderna,
Y á merced del gachon que la remolca,
En dulce intimidad baila la polca.

LVII.

Ya un baile de guitarra y de candil
No se halla por un ojo de la cara;
La flauta priva más y el tamboril,
Delicia de Lequeitio y de Vergara;
Y hay mozuela de escoba y de mandil
Que á la dama á quien sirve se compara,
Y sin violin y obóe y algo más
No danza, aunque la maten, un compas.

LVIII.

Cunde en todas las clases el buen gusto,
Y ya no hay matachin que nó prefiera
Al calesin emético y vetusto
La decente berlina pesetera,
Y en amor y compaña como es justo,
Bultos conducen de distinta esfera
Al Circo y al Canal los *omnibuses.*—
Qué plural! Oh Academia, no me acuses!

LIX.

¿Qué mucho, viendo el bienestar creciente,
Que á tiro de ballesta se conoce,
Si la llaneza hispana, que consiente
De altos con bajos el continuo roce,
Humos inspira á la menuda gente,
Que aunque suelen perder á más de doce
Vértigos dando á su infeliz cabeza,
Desbastan de otros la áspera corteza?

LX.

Por tanto, no nos choque en una muestra
Ver á la ortografía atropellada,
Aunque anuncie tal vez á una maestra
Que á enseñarla mejor está obligada;
Ni que, haciendo ridícula menestra
Con la lengua de Ercilla y de Granada,
Diga un rótulo: «Aceite por azumbres,
Chocolate, jabon y otras *legumbres.*»

LXI.

Ni en ricas prendas de moderna hechura
Nos asombre que el crédulo Diario
Brinde con fabulosa baratura;
Ni que el autor de un próvido electuario
Que, inclusa la vejez, todo lo cura,
Ofrezca (sin dolor.... del operario)
Sacar muela tenaz que el cáries mella....
Y quizá la mandíbula con ella.

LXII.

No de unos el falaz charlatanismo
Culpemos y el chillon escaparate,
Ni de otros el glorioso laconismo
Con que en breve renglon de bronce mate,
Suprimiendo hasta el nombre de bautismo
(Y de su arte ú oficio no se trate)
Su apellido nos dan árabe ó godo,
Como quien dice: «En él se encierra todo.»

LXIII.

Si es modestia, la alabo y no la apruebo;
Que aunque anuncie linaje esclarecido,
Ni al transeunte dice nada nuevo
Ni es cosa de comer un apellido.—
Mas ¿si será el pudor de algun mancebo,
Causa motriz de tan extraño olvido,
Temiendo que algun prójimo le castre
Si dice *coram pópulo*: «Soy sastre?»

LXIV.

¿Será orgullo... Y qué importa que lo sea?
Cada cual hace de su capa un sayo.
Si basta el nombre solo á dar idea
De lo que fueron César y Pelayo,
¿Por qué el hábil maestro en taracea,
Y el que perfumes roba á Abril y Mayo,
Y el que con peine ó con tijera priva
No han de tener igual prerogativa?

LXV.

Y por ventura ¿es arte baladí
El que hace mono al hombre y hombre al mono?
Y *artista de vestuario* ¿no hay aquí
Con más *corte* que un príncipe en su trono?
(No hablo del que *hace* en paño y en cutí;
Aludo á cien galanes de alto tono
Que en su taller le miman y le halagan...
Verdad es que cincuenta no le pagan.)

LXVI.

He dicho. Ahora tú, númen que me soplas,
Recorre á tu sabor toda la tienda,
Y agarrando con ávidas manoplas
Lo que á tus torpes aras digna ofrenda
Juzgues en esta cáfila de coplas,
Respeta lo que Apolo como hacienda
Propia reclame, y la que al pueblo argivo
Dió el próvido telar y el verde olivo.

CANTO NOVENO.

EL VALOR.

I.

¿Quién es valiente en todo y para todo
Y quién no tiene para nada aliento?
Nadie. En Pedro y en Juan de vario modo
Con la flaqueza lucha el ardimiento.
Tal ciudadano cuando está beodo
Osa retar á todo un regimiento,
Y cuando pasa la vinosa fiebre
No tiene más coraje que una liebre.

II.

Tal, que ha cobrado fama de cobarde
Porque excusa prudente una camorra,
Se muestra en la ocasion otro Velarde,
Convertida en bravura la pachorra,
Miéntras èl jaque audaz, que hacía alarde
De ser otro Sanson (Dios nos socorra!),
Palidece al silbido de una bala
Y pide confesion y calaguala.

III.

Tal, que hace frente á un toro jarameño,
Huye de un gozque si le ladra esquivo;
Tal provoca á Neptuno en frágil leño,
Y le espanta la sombra de un olivo;
Tal, que despierto nó, se azora en sueño;
Tal de un muerto se asusta, y no de un vivo;
Tal, que arrostra artillada batería,
Tiembla si un escolar le desafía.

IV.

Más de un héroe han debido sus laureles,
No al suyo de que nadie fué testigo,
Sino al valor de sus soldados fieles
Ó al pánico terror del enemigo;
Otro sólo ha lidiado con papeles,
Y se compara al burgales Rodrigo;
De otro los timbres son luengos mostachos
Con que hace el bu á mujeres y muchachos.

V.

Hombres son los más bravos adalides,
Diga lo que quisiere la Gaceta.
Tal, que fué laureado en veinte lides,
Se desmaya al punzarle una lanceta;
Otro, más impertérrito que Alcídes,
Llora y gime á los piés de una coqueta,
Y otro, que entre los Pares fuera el trece,
Sólo al ver á su suegra se estremece.

VI.

Culpar al pusilánime no es justo
Porque así le haya Dios organizado;
Que ninguno es gallina por su gusto,
Ni todo hombre ha de ser fuerte soldado.
Así vária natura humilde arbusto
Cria cual firme roble en el collado,
Y es madre del intrépido y del mandria
Como del renacuajo y la calandria.

VII.

Cierto es que el miedo en muchos ó el arrojo
De su crianza ó su hábito procede;
Del acaso en algunos. Hombre flojo,
Que ni una pulga mataria adrede,
Si provoca un felon su justo enojo,
Sin saber si le puede ó no le puede
Rifa con él, le tumba, y ya es un guapo
Que al lucero del alba da un sopapo.

VIII.

Tal vez del pundonor nace el denuedo,
Y es su orígen más noble y meritorio;
Tal vez (no es paradoja) el mismo miedo
Hace prodigios de valor notorio.
Hombre que al menor ruido reza el Credo,
Blanco de judicial requisitorio,
Por no sufrir dos meses de prision,
Coge y ¿qué hace? Se arroja de un balcon.

IX.

Oportuno el valor y verdadero
Es cualidad que al hombre recomienda,
Y más al que ha nacido caballero;
Pero desluce tan honrada prenda
Quien, venga á cuento ó no, sin ley ni fuero,
Todo quiere llevarlo á la tremenda.
Al hombre así tocado de la rabia
Se debiera encerrar en una gavia.

X.

Por el contrario, el miedo (nunca airoso
Y ridículo á veces, si otras santo;
Que en un padre es virtud y en un esposo
Ver la faz de la muerte con espanto,
Pues quien turba irascible su reposo
No ha de enjugar de su familia el llanto)
Hay casos en que es justo que se llame
Punible, torpe, vergonzoso, infame.

XI.

Qué casos sean estos, su conciencia
Própia á cada individuo se lo dicta,
Y cuándo es excusable su inocencia
No fiar á la pública vindicta,
Y si deberes hay de tal urgencia
Que hablan más alto que la ley estricta.....
Respeto á los legistas y á los curas,
Y no quiero meterme en más honduras.

XII.

Mas si se afrenta al que medroso ó flaco
Con cristiana humildad sufre un denuesto,
¿Qué merece el que la echa de cosaco
Y á un pobre diablo tímido y modesto,
Impune en su jactancia el muy bellaco,
Insulta con la voz y con el gesto?
Es esto por ventura valentía?
No, sino vil y baja cobardía.

XIII.

Hay hombres, sin embargo, en quienes vemos,
Por una aberracion de la natura,
Unidos tan anómalos extremos
Como son la soberbia y la pavura.
¿Por qué razon, si débiles y memos
Hüís el bulto cuando el lance apura,
No poneis un candado á vuestra lengua
Que os arrastra sin freno á tanta mengua?

XIV.

Si áun al hombre seguro de sí mismo
Sientan bien la cordura y la templanza;
Que, sin causa, es risible quijotismo
Romper con cada prójimo una lanza;
Ó humilde como manda el catecismo
Sea y á nadie ofenda ni por chanza
El que pobre de espíritu se siente,
Ó el merecido lapo le escarmiente.

XV.

Si es abuso brutal, que yo no excuso,
El que hace de su fuerza un tagarote
(Y quien apruebe tál es tan obtuso
Como lo puede ser un hotentote),
La flaqueza tambien tiene su abuso,
Y no es razon que nadie sin escote
Se escude para ser desvergonzado
Con su edad, con su sexo ó con su estado.

XVI.

Mas ¿qué diré del que, por ser maestro
En acertar al blanco y en la esgrima,
Con sarcástica lengua y con siniestro
Mirar que en los pacatos pone grima,
Pelillos busca hasta en el Padre nuestro,
Que es fuerza que la pólvora dirima,
Si finge ó se le pone en la cabeza
Que hay segunda intencion en quien lo reza?

XVII.

Si horrible, áun sin ventaja, un desafío
Del Dios de paz y amor la sacrosanta
Ley conculca y la humana; cuando impío
Sobre seguro un monstruo las quebranta,
Y cabe el cuerpo inanimado y frio
Del imbele rival su triunfo canta,
Que á funesta pericia solo debe,
Qué timbre gana? El de asesino aleve.

XVIII.

¡Y la espada de Témis nadie impetra
Contra el espadachin que odiosa gala
Hace tal vez del crímen que perpetra!
¡Y cuando todo el mundo lo propala,
Sólo lo ignora el juez! ¡Oh, si es ya letra
Muerta la ley, borradla noramala;
Cerrad todas las aulas y una sola
Quede en Madrid; el tiro de pistola!

XIX.

Mísera humanidad! Vértigo insano,
En un siglo que llaman de cultura,
Al pacífico y probo ciudadano
La disyuntiva exige triste y dura
De poner á merced de airada mano
Su vida, que otras vidas asegura;
Ó si la lid rehusa cuerdo ó feble,
Á su nombre imprimir nota indeleble.

XX.

No de Rómulo y Numa la colonia,
Que de la gloria se elevó á la cumbre
Y del Indo á la gélida Laponia
Redujo el orbe entero á servidumbre;
No los héroes de Aténas y Laconia
Conocieron tan bárbara costumbre.
Su sangre era á la patria digna ofrenda;
No á un matasiete en desigual contienda.

XXI.

Así, no sólo sin chistar el labio
Á fallo indigno Arístides se postra,
Sino que, afable cuanto justo y sabio,
De mano vil que cubre inmunda costra,
Y de su propio inmerecido agravio
Le hace instrumento, la votiva ostra
Recibe y el destierro inscribe en ella
Con que el ingrato pueblo le atropella.

XXII.

Así de Maraton el lauro insigne
No ménos será eterno en las edades
Porque contra Temístocles se indigne
Y el militar baston alce Euribiades,
Y á tal ultraje el héroe se resigne
Por el bien de dos ínclitas ciudades,
Y el brio reservando á mayor lucha
Diga á su émulo: «Pega, pero escucha.»

XXIII.

Así entre Roma y Alba seis varones,
Medido el sol, el número, el espacio;
Tres que al nombre Curiacio dan blasones
Y tres que inmortalizan el de Horacio,
No á dirimir privadas disensiones,
Sino á ganar la posesion del Lacio
Cada cual de su patria al estandarte,
Aspiran en la lid que asombra á Marte.

XXIV.

Las hordas que heredaron la diadema
De Augusto, en mil pedazos dividida,
Nos trajeron el hórrido sistema
Del duelo, que ha costado tanta vida.
¡Lógica atroz, que la razon suprema,
Téngala ó no, da siempre al homicida!
¡Juego en cuyos diabólicos albures
Hacen tambien su agosto los tahures!

XXV.

Que es cucaña cobrar fama de jaque,
Y segun está el mundo de perdido,
Es de ene dar el cargo cuando vaque
Ántes que al que es amado al que es temido.
Se apropia un *terne* el paletó ó el fraque
De cualquier camarada, y foragido
Á sus deudores tras de luengos plazos
Con porvidas responde y cintarazos.

XXVI.

Y quizá ese valor que nos aterra,
Cuando la patria lo reclama es cero.
Yo sé, porque lo he visto, que en la guerra
Es el peor soldado el baratero.
Ó á buen recaudo el hospital le encierra,
Y no herido de lanza ó de mortero,
Ó á cien leguas del fuego en su reata
Le trashuma la astrosa *garrapata*.

XXVII.

Y hay seguros tambien para matones
Como para el naufragio y el granizo.
Mutuo apoyo se dan los temerones
Para medrar con su valor postizo:
Siempre para reñir hallan razones
Cuando el contrario es flojo y primerizo;
Mas si es de armas tomar la parte adversa,
Se elude la cuestion, se tergiversa.

XXVIII.

Hombre que no se bate ni por pienso,
Mas sabe la liturgia ¡húy! al dedillo,
Á azuzar á los otros es propenso
Y á mover por un nada un caramillo.
Á su *experiencia*, á su saber inmenso
El problema más arduo es muy sencillo
En materias de ***honor***, y segun falla
Ha ó nó lugar á la feroz batalla.

XXIX.

Y siempre está dispuesto á ser padrino,
Y á costa del ahijado tose fuerte,
Y aunque pudiera con prudencia y tino
De un prójimo evitar la aciaga suerte,
No admite transaccion ni otro camino
Que palinodia neta ó duelo á muerte,
Y él dispone el mortífero instrumento,
Y sitio y hora y coche y testamento.

XXX.

Así de hombre de pro la fama adquiere,
Y otros son los que pagan el diploma,
Y á expensas del herido ó del que hiere
Es de razon y ley que beba y cóma;
Ó á expensas de los dos, si sucediere
Que ambos àtletas la pesada broma
De tirarse á matar en la contienda
Convierten en opípara merienda.

XXXI.

De once duelos en diez, si bien computo,
Tal suele ser por dicha el desenlace;
Pero áun es harto horrendo ese tributo
Y vano hasta á la saña de que nace;
Que más noble ó más lindo ó ménos bruto
No hará el cadáver que tendido yace
Al que sólo en la fuerza de un mandoble
Da probanza de sabio ó lindo ó noble.—

XXXII.

«Así juzga un filósofo profundo,
Y juzga bien, dirá la gente brava;
Mas quiere la opinion, reina del mundo,
Que á veces la razon sea su esclava,
Y si afea al honor borron inmundo,
No con forenses trámites se lava,
Sino con sangre ajena en larga copia,
Y á falta de la ajena con la propia.»—

XXXIII.

Con más de un texto clásico y conspicuo
Bien probaria yo, si tal quisiera,
De esa opinion lo estéril y lo inicuo,
Y si es justo que sea un calavera
De pobre seso y proceder oblicuo,
Y no el que tiene sana la mollera,
Privilegiado juez que así decida
De la honra de un hombre y de la vida.



XXXIV.

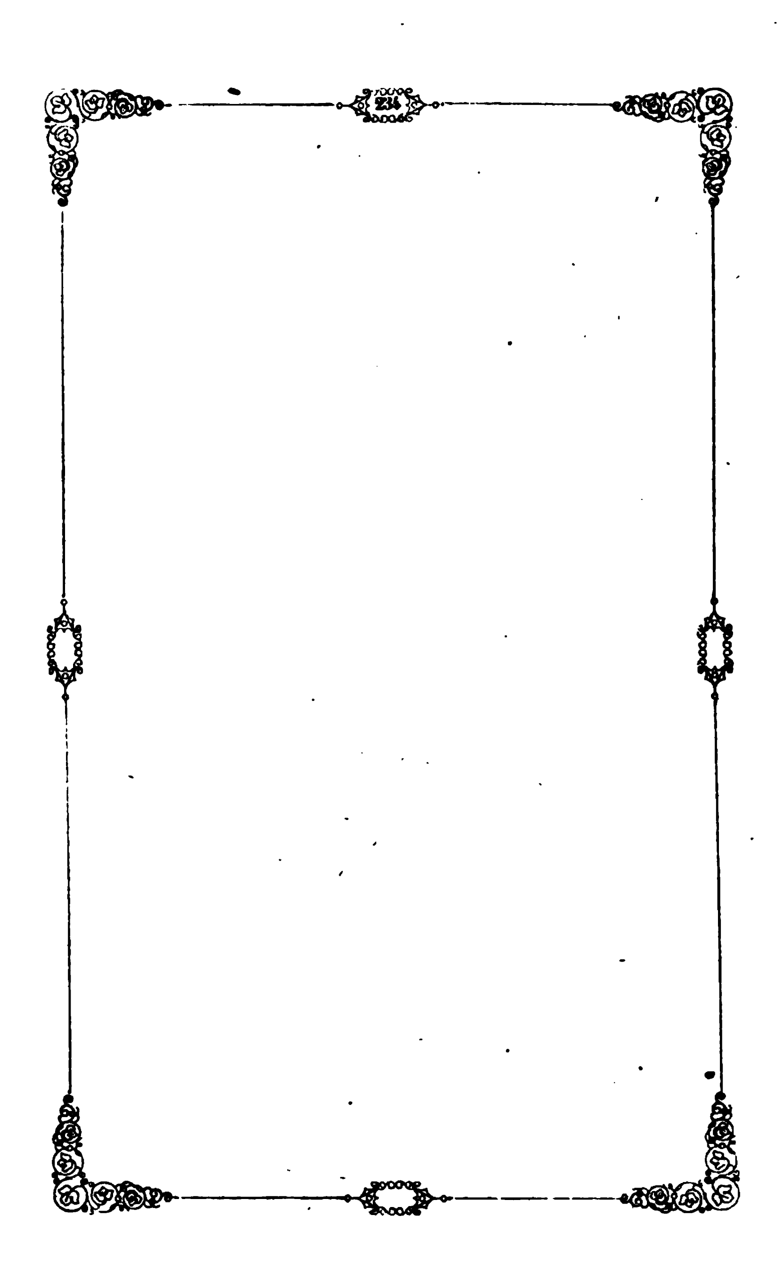
Porque no se me acuse de prolijo
Y porque no se diga que declamo,
Y empuñando el sagrado crucifijo
Al púlpito, yo lego, me encaramo,
Con ese infausto código transijo,
Y mas que sea de Luzbel reclamo;
Pues, aunque pena el confesarlo cueste,
Él siglo de Temístocles no es este.

XXXV.

Mas sólo rara vez y en grave injuria
Su fuero ejerza el tribunal intruso,
Ya que mala vergüenza ó torpe incuria
Tengan leyes más santas en desuso;
La honra verdadera con la espuria
No involucre de hoy más el hombre iluso,
Y en fin no por un quítame esas pajas
Se ensangrienten estoques y navajas.

XXXVI.

Y pues siempre el *honor* sirve de excusa
Aun á los más abyectos gladiadores,
En el canto que sigue (si mi musa
No me esquiva coqueta sus favores)
Veré si es todo *honor* el que se usa,
Si es uno solo ó si hay varios *honores*,
Y si (mal comprendida la palabra)
Quien más lo invoca más lo descalabra.



CANTO DECIMO.

EL HONOR.

I.

Es el honor inestimable alhaja,
Y en tan clara verdad ¿quién no conviene?
Á su precio ni un ápice rebaja
Áun el mismo gandul que no lo tiene;
Ni hay criatura tan soez, tan baja
Á cuyo oido sin respeto suene
De esta palabra el mágico sonido....,
Aunque en muchos no pase del oido.

II.

Pero ¿qué es el honor? Ahí está el cuento.
Cada cual á su modo lo interpreta;
Descarta sus pecados ciento á ciento
Y al que no le remuerde lo concreta.
Al pobre, verbigracia, un avariento
Cierra herméticamente su gaveta
Y su alma á la piedad; pero «soy probo,
Dice, y si á nadie doy, á nadie robo.»

III.

Su mano aquel rentista, el de las gafas,
Mete en el arca pública hasta el codo;
Mas ¿negar de su mesa las piltrafas
Al huérfano infeliz? De ningun modo.
Al contrario, sin duelo á las estafas,
Con hidalgo esplendor lo gasta todo,
Porque el honor prescribe á un caballero
Ántes pródigo ser que cicatero.

IV.

Ostenta el fausto de marqués ó conde
Otro que no ha heredado una tahulla.—
Pues ¿de dónde le viene...—Que de dónde?
Del juego.—Tiene suerte?—Las enfulla.
Mas por el reo que en su casa esconde,
Léjos de denunciarle á la patrulla,
Arrostrará mil muertes temerario;
Que honor lo manda ser hospitalario.

V.

Hasta los salteadoros de caminos
Tienen allá un honor á su manera.
Quién lo funda en ser otro Calaínos
Á los piés de su maja retrechera;
Éste en cumplir, áun dada entre ásesinos,
La fe de su palabra, viva ó muera;
Aquél en no sufrir, hecho un escuerzo,
Que otro donde él está pague el almuerzo.

VI.

Y *¿cur tam varie?* Porque el falso honor
Al honor verdadero se subroga.
Boileau lo dijo, y aunque aquel autor,
Como clásico al fin, ya no está en boga,
Por ventura, su fuerza y su vigor
¿Ha perdido despues la hechiza droga?
No; que hoy el habla con mayor barullo
Los fueros del honor presta al orgullo.

VII.

Definir pues la voz será preciso
Tal como el buen filólogo la estima,
Porque al verla en tan grave compromiso
Temo que enteramente se suprima;
Mas para tanto ¿me darán permiso
El arduo metro y la rebelde rima?
Eh, pecho al agua! La intencion es buena,
Si más que puede dar pido á mi vena.

VIII.

Honor, en su acepcion la más genuina,
Es el móvil secreto que nuestra alma
Á las nobles acciones encamina,
Ora en la tempestad, ora en la calma,
Y el ejemplo asociando á la doctrina,
Hace que el hombre á la adquirida palma
Prefiera y del aplauso al vano estruendo
Poder decir: «De nada me reprendo.»

IX.

Y honor es conservar puros, ilesos
Los timbres heredados en la cuna;
Que no para que estúpidos y aviesos
Dilapiden sus nietos la fortuna
Á costa de su sangre y de sus huesos
Ganada á la enemiga Medialuna,
Ínclito campeon grabó en la tapia
Trofeos que dán prez á su prosapia.

X.

El honor y la honra hermanos son,
Y en nada á veces los distingue el mundo:
Ingénito, no obstante, es aquel don
Si material y práctico el segundo;
Vive aquel sin la pública sancion,
Y en ella el lustre de la honra fundo;
Dando en fin breve fórmula á mi juicio,
La honra es el honor en ejercicio.

XI.

Pero como la honra es frágil vaso
Que el aire rompe y el aliento empaña,
Y no siempre depende su fracaso
Del desdichado á quien afrenta y daña,
Se da mas de una vez el triste caso
(Tanto en sus fallos el mortal se engaña!)
De que el vulgo, sin sombra de delito,
Cuelgue á un hombre de honor un sambenito.

XII.

Ya la fatalidad ó la injusticia
Hacen que, por jurídica sentencia,
De la calumnia ceda á la malicia
Incauta y desvalida la inocencia;
Ya de faccion triunfante la sevicia
Te inflige ignominiosa penitencia,
Y de mármol despues la plebe fatua,
Si te alzas vencedor, te erige estatua.

XIII.

Ó bien la mala pécora que al yugo
Unció contigo cándido himeneo,
No guarda de tu honra, ántes verdugo,
Te infama con cualquiera chichisveo
Que ménos vale pero más la plugo;
Y aunque ignores el torpe merodeo
Juzgando á tu mujer digna de lauro,
Cátate inscrito en el padron de Tauro.

XIV.

Oh crueldad!.... Pero doblo aquí la hoja
Y la desplegaré más adelante;
Y por si ya algun crítico se enoja
Y me endosa el apodo de pedante,
Basta de sinonimia; que harto floja
Se confiesa mi péñola ignorante
Para emular la merecida fama
De Huerta, de Cienfuegos y Jonama.

XV.

Ello es que, porque olvidan ó no saben
El valor verdadero del vocablo;
Ó porque, aunque lo sepan y lo alaben,
Cual á severo juez lo dan al diablo,
¡Cómo de esos que aspiran á que graben
Sus nombres en marmóreo retablo,
De honor hablando á salga lo que salga,
Ni lo tienen, ni cosa que lo valga!

XVI.

Nace este error de la costumbre zurda
Que honor y honra á su antojo clasifica:
Ésta da á los que visten lana burda
Y á gente encopetada aquél aplica.
Por eso es *honorable* (idea absurda!)
El que en el alto cargo prevarica,
Y decimos con frase más modesta
El *honrado* concejo de la Mesta.

XVII.

Y á fe que entre la clase menestral,
Que ciertas gentes miran con desden
Comparando el espíritu al sayal,
De nobleza y honor rasgos se ven
Que en imitar, pardiez, no harian mal
Más de cuatro magnates; que tambien
Sin deberla á la cuna ni á la gracia
Hay en el corazon aristocracia.

XVIII.

Aquel que, aunque no ostente los perfiles
De la delicadeza cortesana,
De actos se abstiene vergonzosos, viles
(Que tal vez dora complacencia urbana),
Y ayuno de procesos y alguaciles
Sin fausto ejerce la piedad cristiana;
Sobre *honrado*, quizás en lo *honorable*
No cede á un senescal ni á un condestable.

XIX.

Ya se ve; no hace el pueblo diccionarios,
Ni sabe el Cristus-á de la etiqueta,
Ni de esa jerarquía de vestuarios
De que es última grada la chaqueta,
Y por qué se apellidan *honorarios*
(Cuando *jornal* se llama su peseta)
Los que gana un usía sin zozobra,
Ó acaso no los gana aunque los cobra.

XX.

Y aunque allá para sí murmure y ria
Viendo que es maza en muchos la venera,
Y el chapeo con pluma es ironía
En quien calaba ayer tosca montera,
Y tal nombre honorífico en la Guia
No lo es tanto en la voz de la tendera,
Y mona es siempre aunque de seda vista
La mona, como dijo el fabulista;

XXI.

Yo, que de popular aspiro al nombre,
Mas ni soy ni seré populachero,
Confieso que algo influye en un prohombre
De placa y *escuson* el reverbero,
Y algo el llevar un título que asombre
(Aunque al favor lo deba y al dinero)
Para alejar de sí ruines conatos
Y el *que se me da á mí* de un pelagatos.

XXII.

Su índole dañina acaso ablanda
Quien con lana se abriga de vicuña;
Leyes impone la costosa holanda
Que excusan el vivero y la coruña;
No ha de votar quien cruza ilustre banda
Cual rudo mayoral de Calaluña;
Y al fin si peca un hombre de importancia,
Es siempre con decoro y elegancia.

XXIII.

Dice empero el refran: «Lo que reluce
No todo es oro.» Á formas exteriores
En más de dos hidalgos se reduce
El decantado honor. Gracias y flores
Su afable lengua sin cesar produce;
Las leyes del buen tono esos señores
Observan por costumbre ó por instinto;
Mas ¿las leyes de Dios?... Eso es distinto.

XXIV.

Tengo el honor.... es frase de cartilla
Que escribiendo y hablando menudean;
El honor es su eterna muletilla,
Áun cuando en el ajeno merodean,
Y cuando dos ó tres, ó una pandilla,
Para intrigas y vicios compadrean,
Con gravedad de reyes visogodos
Su *palabra de honor* empeñan todos.

XXV.

Que como el siete de oros y el de copas
En la vetusta báciga casera,
Ó cual cuerpo de pobre, á todas ropas
Apto, para ellos es (quien lo creyera!)
Comodin el honor; y hasta á don Ópas,
Que á España trajo la morisma fiera,
Alcanzaria su graciosa bula,
Pues tanto es lo que absuelve ó disimula.

XXVI.

De tan laxa y elástica moral
Dado una vez al caprichoso rito,
Así es deuda de honor en don Pascual
La que contrajo anoche en un garito;
Y cuando exige honrado menestral
De su sudor el precio al señorito,
Clama: «Afuera de aquí! Por tal bicoca
Á un hombre como yo no se sofoca».

XXVII.

Así (y vuelvo á coger el suelto cabo)
Hombre que desafia al *sursum corda*
Por quisquillas que valen un ochavo,
Ó no ve que á su honor con lima sorda
Atenta falso amigo, ó nuestro bravo
Hace sin aprension la vista gorda,
No sé si por filósofo ó por necio
Ó porque á precio pone su desprecio.

XXVIII.

Y tal que de su cónyuge no cuida,
Única que en su honor puede hacer mella,
Si osa alguno mirar á su querida
Le mueve á sangre y fuego una querella.
¡Oh estulta vanidad, ménos sufrida
Que el honor!... (Nota.—En la comèdia aquella
Que *Escuela* intitulé *del Matrimonio*
De tan triste verdad di testimonio.)

XXIX.

Aunque Madrid á celebrarlos va,
Y no mucho, en dramática ficcion,
¡Oh cuán inverosímiles son ya
Los maridos de Lope y Calderon!
Tanto este siglo progresando va,
Sobre este punto es tal la *ilustracion*,
Que el comunismo, que á Prudhon desmanda,
Ya es en Europa un hecho, ó cerca le anda.—

XXX.

Mas sobrado severa mi Talía
Con negras tintas exagera el cuadro.
Célibes, desechad por vida mia
La perspectiva atroz con que os taladro.
No tembleis; que la honrada cofradía
Á quien morder no quiero, aunque la ladro,
Fausta es á muchos como al prado el alba;
Otros.... lo creen, y la fe los salva.

XXXI.

Ni sólo Áries y Tauro su siniestro
Influjo sobre España han ejercido
En este siglo que rimado os muestro.
Otros, que ya en la noche del olvido
Yacen, fueron más míseros que el nuestro.
Sin remontarme al de la tiria Dido,
No falta quien apoye mi opinion
En el mismo de Lope y Calderon.

XXXII.

La vida entera de Felipe Cuarto
(De quien fué cortesano el de la Barca)
Harto mi tésis prueba y más que harto;
Y aunque el autor perdone del *Tetrarca*,
Cuyas glorias empero no coarto,
El pueblo va por donde va el monarca,
Y más cuando el monarca es absoluto
Y un Olivares ¡ay! su sustituto.

XXXIII.

Y harto mejor que aquel cómico enredo
(Donde hay ménos verdad que poesía)
Con sus donosas jácaras Quevedo
La fiel pintura de su siglo hacía.
Entónces, como ahora, con el Credo
En los labios el prójimo vivia
Marido de una hermosa; que es pecado
Añejo el codiciar fruto vedado.



XXXIV.

Mas porque en él sus contingencias haya,
¿Hemos de suprimir el himeneo,
Y sin pudor ni rienda.... ¡Vaya, vaya,
No se armaria entónces mal jaleo!
Mar proceloso sin fanal ni playa
Fuera la humanidad, y en tal bureo,
Sin paz, honra ni amor en los hogares,
Sólo el vicio procaz tendria altares.

XXXV.

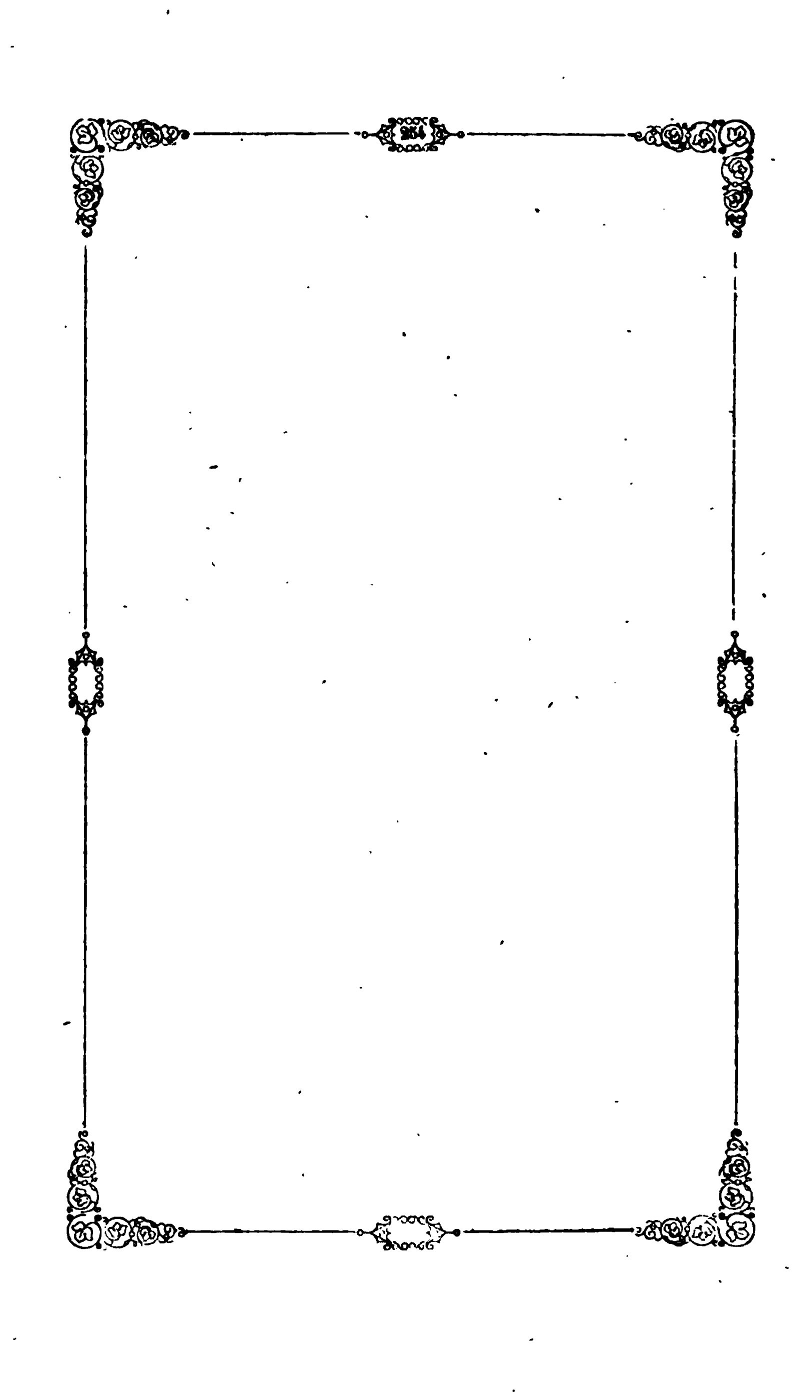
De tal calamidad, de abismo tanto
Dios piadoso nos libre y nos defienda.
Y sí hará; que de amor al dulce encanto
¿Quién no pide legítima una prenda
Que herede, ora el armiño de su manto,
Bien ó mal adquirida ora la hacienda,
Ora, si falla el gesto de papá,
Siquiera el lindo rostro de mamá?

XXXVI.

Sin los que hacen amor y simpatía
Casorios fragua la codicia á pote.
¿Qué Megera se queda para tia
Si en Vénus la convierte el rico dote?
Quién por verla en mayor categoría
Da la mano de su hija á un monigote;
Quien se resigna á la de mal casado
Por redimir la suerte de soldado.

XXXVII.

Y pues la conyugal institucion
Es útil y precisa y veneranda,
Pàra vivir en paz hembra y varon
¿Tienen más que vivir como Dios manda?
Ni á todos la fatal constelacion
Aflige; y aquí, en fin, como en Irlanda,
Aunque sea otra Cava su mujer,
Es hombre honrado el que lo quiere ser.



CANTO UNDÉCIMO.

LA VIRTUD.

I.

Ya hemos visto, protea y multiforme,
Cómo la Desvergüenza se encapilla
De toda institucion el uniforme,
Y cómo lleva á todas su mancilla,
Y cómo es rea de lesion enorme
Hasta al valor y hasta á la negra honrilla;
Y ¿qué dirá el lector cuando le pruebe
Que áun la virtud á falsear se atreve?

II.

Virtuoso se llama á boca llena,
Y, lo que áun es peor, de buena fe
Presume serlo, el que feroz condena
Al que de otra manera juzga y ve;
Y á Dios piensa servir si hecho una hiena,
Ante la Santa Cruz do Cristo fué
Hostia que te salvó, linaje humano,
Tuesta si puede áun á su propio hermano.

III.

Por dicha, ya de moda en nuestra era
No son ni el empinado cucurucho,
Ni el aspa ruda, ni la horrible hoguera
Que al pueblo un dia divertian mucho;
Tal se abusaba de su fe sincera!
Cuando más, si ha lugar, negro cartucho
Prefiere algun presbítero al misal;
Mas ¿los autos de fe? Quién piensa tal?

IV.

Ni ya con la frecuencia que solía
De alma virtud al rostro se acomoda
Carátula falaz la hipocresía;
Que tampoco es ya artículo de moda
De un *Orgon* la sandez cándida y pia;
Y quien no tiene viña no la poda;
Y es tan verdad como que tres son nones
Que no hay *Tartufos* donde no hay *Orgones*.

V.

Hoy lo que priva es lo que el vulgo llama
Despreocupacion, y tan de quicio
Suelen muchos sacar á esta madama,
Que, mofando el ayuno y el cilicio,
No con mentir virtud buscan su fama,
Sino con ser hipócritas del vicio.
Allá se irán, como su ejemplo venza,
Despreocupacion y desvergüenza.

VI.

Mas áun en los que se echan á la espalda,
Como suele decirse, el alma rea
(¡Y algunos no ha tres lustros que en la falda
Lloraban de nodriza filistea!);
Áun en los que desiertan de Ripalda
Para alistarse en la milicia atea,
Hay una santa á quien se otorga indulto,
Y hasta, veraz ó no, se rinde culto.

VII.

¿Y quién la mártir es, ó quién la casta
Vírgen en cuyas aras no se ceba
La segur del impío iconoclasta?
¿Cuál es esa deidad, vetusta ó nueva,
Que, cuando de otras mil se hace subasta,
Al alto firmamento España eleva
De Irun á Cádiz, de Ampurdan á Lémus?—
Santa Moralidad.—Muy bien. *Oremus....*

VIII.

Mas tanto de ese nombre bendecido
Como del nombre del honor se abusa.
Lo invoca sin escrúpulo el perdido
Que por no trabajar vende la blusa,
Y el que la ley más santa da al olvido
Y anónimos sus hijos á la Inclusa;
Y hasta el que hurta un millon, jugando en falso,
Contra el que roba un pan pide el cadalso.

IX.

¿Y quién no ha visto á alguna Magdalena
(Pecadora se entiende, no contrita)
Que se da en espectáculo á la escena
Más que el actor que su papel recita,
Y si un concepto equívoco resuena,
Se pasma, se sonroja, se espirita,
Y vela el rostro, y pudorosa exclama:
«Santo Dios, qué inmoral es este drama!»

X.

Ah! no está de ordinario la malicia
En tal frase inocente ó tal vocablo,
Sino en la mente llena de inmundicia
Del que cursa las cátedras del diablo.
Hay gentes cuya lúbrica pericia
Áun del mismo San Juan ó de San Pablo
Viera en las apostólicas leyendas
Infamias y herejías estupendas.

XI.

Ni es la moralidad aislada y sola,
Que sin cultivo (prodigiosa planta!)
Abunda en la península española,
La que más se enaltece y se decanta.
Cuando un club la proclama y la acrisola,
Entónces sí que es grande y firme y santa;
Que aquí, aunque calcen diferentes puntos,
Todos son héroes en estando juntos.

XII.

Pero cada pandilla, y hay ochenta,
El privilegio de invencion se arroga,
Y al pobre que en sus filas no se cuenta
Cátele usté inmoral. Vaya, que es droga!
Y como una tan sola nos regenta
Y al cuello las demas tienen la soga,
Consta de oficio que por esta banda
Sólo hay moralidad en el que manda.

XIII.

Absurdo! Y no lo es ménos la doctrina,
Que pasa entre los zoilos por axioma,
De que todo el que manda y predomina
Es un caco, un traidor, una carcoma....
Mas si ha de ser estéril mi paulina,
Alto!; que bien está San Pedro en Roma,
Y ántes que un comisario la secuestre
Torne mi musa á su humildad pedestre.—

XIV.

La virtud jactanciosa y pregonera
No al cristiano edifica; le empalaga.
Quien sus buenas acciones vocifera
Ménos al cielo que á su orgullo halaga.
No diga *doy* quien da de esa manera.
Si él propio en humo el rédito se paga,
Esa largueza que propala indemne
Es una desvergüenza y muy solemne.

XV.

Y es desvergüenza áun más desvergonzada
La del que miente caridad perfecta
Y sin sacar de su bolsillo nada
La luce con las sumas que colecta.
¡Y áun si la *caridad bien ordenada*
(Como la entienden muchos de su secta)
No le induce á sisar unos realejos....
El diablo suele dar malos consejos.—

XVI.

Pero siempre es virtud, áun con lo ajeno,
Al pobre procurar sopa y abrigo.—
Sí, señor, sí, señor; santo y muy bueno
Cuando sólo al socorro del mendigo
Del pio cuestador aspira el seno;
No á abrirse por tal via algun postigo
De los que á la modestia no estan francos,
Y así de mogollon ponerse en zancos.

XVII.

Pues ¿qué diré de la virtud salvaje
Que en la accion más venial é indiferente
Contra Dios ó los santos ve un ultraje;
Que ni al amigo exime ni al pariente
De su pesquisidor espionaje,
Y si al quemarse un dedo oye al paciente
Decir ¡demonio! por decir ¡Jesus!,
Nubla al santo ó la santa un patatus?

XVIII.

No es esa la virtud que los doctores
Enseñan en sus santas homilías;
No siguen, no, tan tétricos censores
El ejemplo de Job ni el de Tobías;
No entre tantas injurias y dolores
Así dió al hombre el Redentor Mesías
Con su sangre vertida en holocausto
De dulce caridad rio inexhausto.

XIX.

Hace vida ejemplar doña Mencía,
No la hay en todo el barrio más devota,
No pierde jubileo ó letanía,
Dice que ayuna, dice que se azota,....
Aunque no dice tál su lozanía;
Pero ni sabe hacer una compota,
Ni gusta de lavados y amasijos,
Ni cose los guiñapos de sus hijos.

XX.

Así el marido con escasa renta
Nunca sale de trampas y de roña,
Y en vano ruega humilde á su parienta
No tema tanto la infernal ponzoña,
Y aunque al rosario salte alguna cuenta
Cuide más de la prole que retoña.—
«Calla, responde, que por ella, oh Lúcas,
Rezo...., calla!, y por tí. *Ne nos inducas....*»

XXI.

Cielos, qué cristiandad! Pues ¿desde cuándo
No es máxima muy cuerda y muy católica
«Á Dios rogando y con el mazo dando»?
¿Impide acaso á un pobre la apostólica
Sede, ni San José, ni San Fernando,
Que gane honradamente la bucólica?
¿No tiene, por ventura, otro quehacer
Que parir y rezar una mujer?

XXII.

Hailas que no se pican de gazmoñas,
Pero ó duermen ó gruñen (lindo!) y hailas
Que te arruinan con dijes y con moñas,
Sin tregua en sus antojos y lilailas;
Y vituperios son sus carantoñas
Si algun dia, oh marido, desenfrailas;
¡Y tal vez la conciencia te remuerde
Si el freno rompes y te das un verde!

XXIII.

Mas para ser tan déspota tu adjunta
¿Qué méritos alega ó qué virtudes?
Qué majuelo te trajo ni qué yunta
Para excusar que tú remes y sudes?
¿Qué le debes....—¡Donosa es la pregunta!
¿Y es posible, hombre ingrato, que áun lo dudes?
Pues ¡que! ¿no es harta gloria en doña Sancha
Ser guarda firme de tu honor sin mancha?—

XXIV.

Ya; sí;.... es verdad; el conyugal recato
Es meritorio; mas segun en quiénes.
Lo aplaudo en las hermosas que al conato
De ninfo audaz responden con desdenes;
No en la fea sin sal ni garabato,
Que tal vez fuera pródiga de amenes
Si valiese la pena de que un cuco
Se atreviese á decirla: «Envido y truco».

XXV.

Mas ¿qué tenemos con que el sacro voto
De la fe conyugal guarde una hembra?
¿Á qué santo ese púdico alboroto
Con que en su casa la discordia siembra?
¿Qué buleto sus vínculos ha roto,
Que así su austera castidad remembra?
Al dar el sí y al recibir las arras
¿No oyó leer la epístola de márras?

XXVI.

Harto ya el Evangelio te emancipa,
Oh Mujer, de la antigua servidumbre;
Y sobre ser acaso una chiripa
Que para tí Himeneo el ara alumbre,
¿No es una iniquidad que fuma en pipa,
Aunque á reirla el vulgo se acostumbre,
Hacer de intruso artículo vedado
Editor responsable á un desdichado?

XXVII.

Á ese marido que te viste y calza
Y para proveer á tu regalo
Apénas del papel los ojos alza,
Ó suda en el taller sin intervalo;
Á ese hombre que te adora y que te ensalza
¿Es, dime, alguna hazaña ¡pese al malo!
El dejarle llevar sin cirineo
La ponderosa cruz del himeneo?

XXVIII.

Y dado que virtud se te repute
(Por lo rara tal vez) la continencia;
¿Sólo por no ser rea de un matute
Para todo tendrás amplia licencia,
Y no ha de haber en casa quien refute
De tu imperioso genio la insolencia,
Ó razon, ni pragmática ni bula
Que ponga coto á tu insaciable gula?—

XXIX.

Oh! si entre tanto criminoso anhelo
Sólo una buena cualidad bastara
(Y esa tal vez traida al redropelo)
Para que abriendo Pedro la mampara
Derechitos nos fuésemos al cielo,
¿Cuál es el monstruo de maldad tan rara
Que para entrar en la celeste corte
Grátis no se agenciara un pasaporte?

XXX.

Mas de virtud usurpa el nombre augusto
La que es ceñuda, intolerante y hosca;
Ni manda Dios que al pecador el justo,
Miéntras él santamente hace la rosca,
La hoz reserve en el estío adusto
Y el aguijon del cínife y la mosca.
Cueste algo, áun á los santos, pésia tal!
La bienaventuranza celestial.

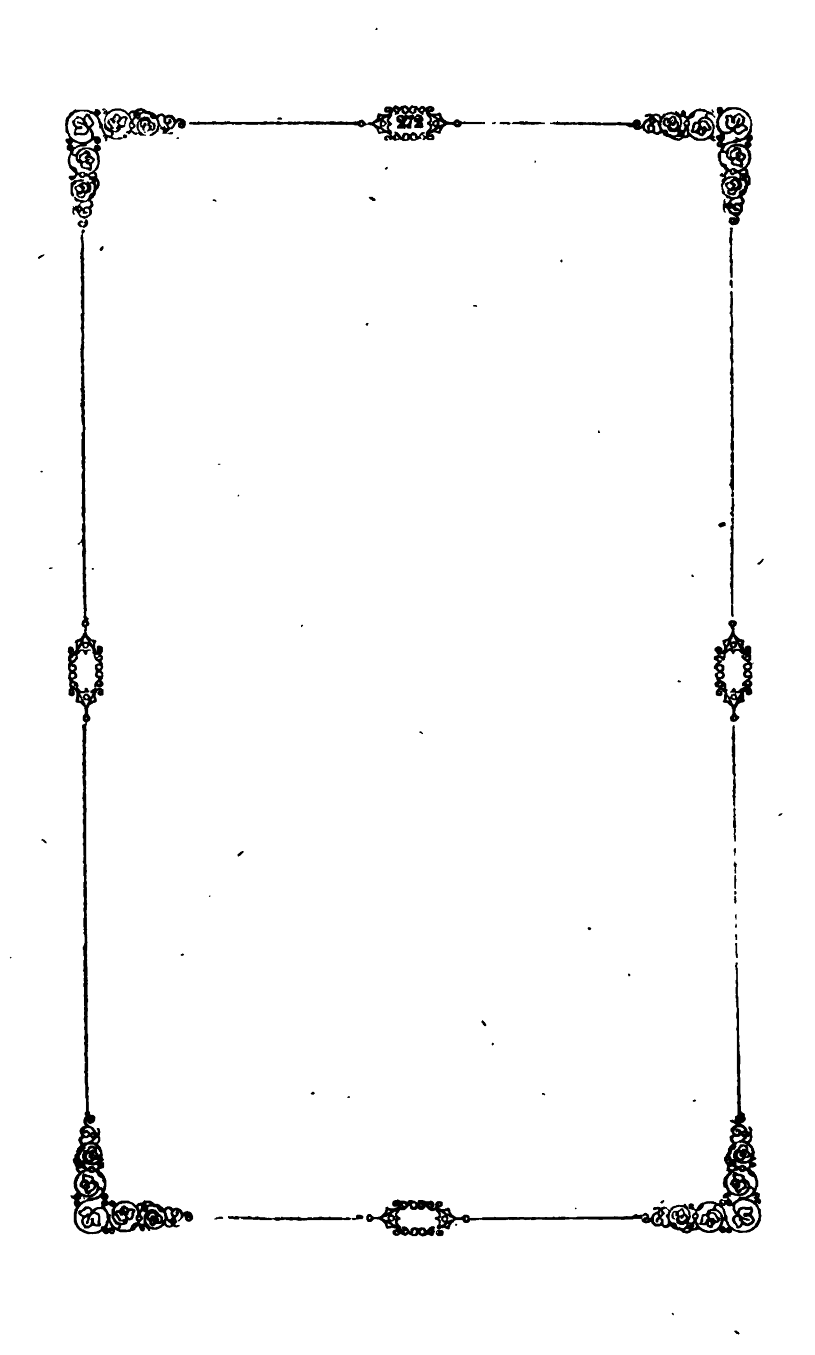
XXXI.

Ni por ser del Decálogo observante
(Por él cómodamente interpretado)
Su inerte probidad don Blas decante
Y nos humille á título de honrado;
Pues á probarle basta un estudiante
Que no es virtud la ausencia del pecado,
Ni la gloria conquista del Eden
Quien no hace *el mal*, sino quien hace *el bien*.



XXXII.

En la Ordenanza militar se escribe
(Y más ardua milicia es la del cielo):
«El oficial que nunca se desvive
Por dar muestras insignes de su celo,
Y todo su conato circunscribe
Á cumplir, sin que falte ó sóbre un pelo,
Con la estricta liturgia del oficio,
Vale muy poco para el real servicio.»



CANTO DUODÉCIMO.

MISCELÁNEA.

I.

Ya en lo más culminante y colectivo
He dado, aunque harto pálido, un bosquejo
Moral del siglo próspero en que vivo.
Ya con más ó con ménos salmorejo,
Oh Desvergüenza!, de tu vasto archivo
Inventariado en consonantes dejo
Lo que á tu gloria póstuma bastara
Si lira te cantase más preclara.

II.

Mas áun en mi cajon quedan retales
Que deuda son de tu grasienta capa;
Y ahora te hilvanaré los principales,
Salvo si alguno á mi memoria escapa;
Mas no yá en sendos cantos especiales;
Que tantos no cupieran en el mapa;
Sino haciendo en revuelta trapisonda,
Como suelen decir, cama redonda.—

III.

Averiguado está que la pobreza,
Con paciencia llevada, es meritoria;
Excusa de mil vicios la torpeza
Y hace llano el camino de la gloria;
Pero el que sólo mira la corteza
De esta afanosa vida transitoria
Y de la fe no siente la eficacia,
Ve en la pobreza la mayor desgracia.

IV.

Así, áun mirado con mundano prisma,
Interesa y aflige á una alma recta
Todo pobre, ora lleve el santo crisma,
Ora le afilie descreida secta;
Ni es de aplaudir que con falaz sofisma,
Ó dando por limosna una indirecta,
Discierna un hombre á quien el oro sóbre
El cuánto y el porqué de cada pobre.

V.

De quien no es alguacil ó vigilante
Tan cavilosa inquisicion no es propia.
Del veraz, del honrado mendicante
Distinguir al intruso en tanta copia,
Y del desvergonzado al vergonzante
Que no hace gala de su misma inopia,
Toca al Gobierno, y dar á cada uno
Lo suyo: al pobre, pan; presidio al tuno.

VI.

Mas si es harta desdicha y harta pena,
Triste blanco á desaires y empellones,
Mendigar (por su culpa ó por la ajena)
Las migajas de altivos epulones,
Que devoran tal vez en una cena
Lo que nutrir pudiera á mil peones;
Tambien en la pobreza cabe abuso,
Y aunque lo compadezco, no lo excuso.

VII.

Deslindar, ante todo, es conveniente
La pobreza de estado y la de oficio.
De vago tiene más que de indigente
Quien (aunque aptos estén para el servicio
Sus brazos y sus piernas) indolente
De alcázar ó basílica en el quicio,
Sin variar á-su tono una corchea,
Á todo el que entra ó sale pordiosea.

VIII.

Y ¿qué diré del que ulcerada ostenta
La pierna que un grillete merecia,
Y él mismo hizo la llaga purulenta
Con que á ojos y narices desafía,
Ó finge que le azoga y atormenta
Temblona y contumaz la perlesía,
Y con tan vil industria y tales trazas
Es escándalo y grima de las plazas?

IX.

Ni cuando al pobre auténtico y genuino
Con otros en pacífica congerie
Sopa y albergue da San Bernardino,
Apruebo que prefiera á la intemperie
Curtir su ya rugoso pergamino,
Y de sus cuitas prolongar la serie,
Y que, como al bandido y al espía,
Le persiga doquier la policía.

X.

Él dirá, y á su modo con razon:
«Amor de libertad á tal me obliga».—
Y ¿la hay para el desnudo pobreton
Que gorra en mano el óbolo mendiga?—
«Sí, dirá; que si hoy sacó provision
Con que tres dias llene la barriga,
Huelgo á mis anchas satisfecho y harto
Y ronco ó bebo hasta que alumbre el cuarto.

XI.

«Y ménos me molesta y me amohina
El *perdone por Dios, hermano mio*,
Y que el perro me ladre hasta la esquina
Furioso con mi trágico atavío,
Que la rígida y grave disciplina
Del instituto que me brinda pio
Con una angosta celda y un mal rancho,
Siendo este mundo sublunar tan ancho.»—

XII.

Él ve así la cuestion; mas de otra guisa
La sociedad es justo que lo entienda,
Y ningun reglamento me precisa
Á dirimir en verso esta contienda.
¿Quién sabe si algun genio, hoy sin camisa,
Decretará mañana un plan de hacienda
Que diga en el parágrafo segundo:
«Otrosí: no haya pobres en el mundo»?

XIII.

Vague entretanto libre como el ave
(Si tal vida le es grata, aunque la abrevia);
Pues apreciar el bien no quiere ó sabe
De que es objeto, la infeliz Eusebia;
Mas ya que contra el método y la llave
Ejerce arisca su censura prévia,
No su propio abandono y su desidia
Las miserias aumenten con que lidia.



XIV.

No, como credencial de su penuria,
De intento arrastre fétidos andrajos;
No su cabello cual rabiosa furia
Deje flotar en asquerosos gajos;
No, ya que es imposible á la lujuria,
Á horror y náuseas muevan sus zancajos;
No la mano que tiende suplicante
Cubra de añeja mugre espeso guante.

XV.

Ménos así la caridad despierta,
A que la necesita su hado impío,
Que la aversion con que su herrada puerta
Le cierra displicente señorío.
De su contacto, cual de peste cierta,
Huye más de un cristiano con desvio
Que, á no verla en pelaje tan siniestro,
«Tome, diria, y rece un Padrenuestro».

XVI.

Ya que no por el público decoro,
Por la salud, que la inmundicia estraga,
Y es más preciosa que el mayor tesoro,
Y por libraros de la hambrienta plaga
Que os da un verdugo para cada poro,
Esa pereza repugnante, aciaga
Debierais sacudir, cuitada gente;
Que no quita lo pobre á lo decente.

XVII.

Peine, aguja, dedal, tijeras, hilo
Y algun otro utensilio necesario
Tener es dado, sin que sude el quilo,
Al último y más triste proletario;
Ni es menester que al Ródano ó al Nilo
Vaya á lavarse. Á todo vecindario
Agua da Dios, ya en fuente, ya en cisterna,
Y toda no se apura en la taberna.—



XVIII.

Mas basta, y á otra cosa. No me digan
Los que en morder se gozán cuánto escribo
Que ni los pobres que su pan mendigan
Se libran de mi númen corrosivo.
Mal me conocen los que así me hostigan!
¿Cómo olvidar que, si hoy holgado vivo,
Pobre pasé mi juventud lozana
Y á un soplo adverso *lo seré mañana*?

XIX.

Si álguien envidia el distinguido puesto
Que gané encaneciendo y grado á grado;
Si á alguno asombra el bienestar modesto
Del que á vate ascendió desde soldado,
Cuando quizá con apacible gesto
Contemple á más de un pícaro encumbrado,
Sea cual yo en remar un galeote,
Y al fin él medrará, si no es un zote.



XX.

Mas hoy (y es desvergüenza tan de bulto,
Que pasarla no es lícito en silencio)
Cargos que honraran á varon adulto,
Lumbrera de Compluto ó San Fulgencio,
Desdeña imberbe mozo porque culto
Rindió una vez, no á Esquilo y á Terencio,
Sino á Comella en verso baladí
Ó en fementida prosa á Bouchardy.

XXI.

Antaño desde humilde meritorio
Àprendia su oficio un intendente,
Y el hijo de un Giron ó de un Osorio
Era á una bandolera pretendiente:
Hoy en término breve y perentorio
Cualquier charlatanzuelo adolescente
Quiere mandar... (y que él lo quiera, pase!...)
Una provincia de primera clase.

XXII.

Así la pobre nave del Estado
Mal se remolcará con tanto lastre;
Así, rio sin márgenes ni vado,
Será que un dia á todos nos arrastre
La insensata ambicion.—Pero atestado
Está de pingos mi cajon de sastre,
Y si más diligente no los hurgo,
Meses y meses durará el expurgo.—

XXIII.

Este lleva en su rótulo *Hermosura*.—
«Que! (me dirá algun lánguido Macías)
¿Ni áun las hermosas de tu atroz censura
Exentas se verán? Oh prendas mias!,
Castigad con desdenes su locura;
Poco he dicho: arañadle como arpías.
¿Cuándo ¡oh Dios! ni en Madrid ni en Olivenza
En la hermosura cupo desvergüenza?»—

XXIV.

Sí tal. Tenga usted flema, Adónis tierno,
Y si me escucha, espero que no dude....—
«Ah, ya!, interrumpe el Píramo moderno;
Usté no habla de todas; usté alude
Á las que el celador en su cuaderno
Apunta..., á las.... Pues Dios no me salude
Y pierda yo la gracia del bautizo
Si áun con esas tambien no simpatizo.»—

XXV.

¡Oiga usted... (No me deja meter baza.)
Harto trabajo tiene la infeliz
Que sacando su género á la plaza
(Triste reata del primer desliz)
Á cualquier perillan de mala traza
Grata sonríe y dobla la cerviz.
Muévenme á compasion, y no las zumbo.
Mi quilla va por diferente rumbo.

XXVI.

No la flaqueza mujeril increpo,
Fruto del hambre ó de halagüeño arrullo,
Y áun del comun sentir tanto discrepo,
Que no ataca mis nervios un repullo
Si prende á tantos en su amable cepo
La coquetuela Ines. El vano orgullo
Culpo, al contrario, de la esquiva hermosa
Que se hace necia á título de diosa.

XXVII.

¿Por qué á los hombres miras de soslayo
Y por qué á las mujeres de reojo?
¿Por qué disparas el aleve rayo,
Si has de ver en tu víctima un sonrojo?
¿Por que, en vez de usurpar galas de Mayo
Que hiela tu altivez, triple cerrojo
Á los mortales réprobos no oculta
Ese fiero pudor que los insulta?



XXVIII.

La que preciosa dádiva celeste
Fué para tí, no digna de tal lote,
Con la guerra emulando y con la peste
¿Será para nosotros crudo azote?
Y para el otro mundo ó para este
¿Es la hermosura tan sublime dote,
Que impunemente la que nace linda
De ser dulce y benévola prescinda?

XXIX.

Ay! no ve la que asi se desvanece
Que en el pecado va la penitencia.
El gayo arbusto que en Abril florece
Seca de cancro ardiente la influencia.
No, cual la fatuidad, se está en sus trece
El tiempo; que, inflexible en su sentencia,
Á muerte ha condenado cuanto nace,
Y en abreviarla á veces se complace.

XXX.

¿Qué sociedad de crédito asegura
Tu nacarada tez, tu esbelto talle?
Ay! mañana insolente calentura
Tal vez tu rostro descolore y ralle;
Tal vez gibe tu mórbida cintura
Cierzo maligno al pasear la calle;
Rijas nublen tal vez ó cataratas
Los bellos ojos con que á tantos matas.

XXXI.

Entónces tu soberbia y tu desvío
Maldecirás en incesante duelo,
Y al lloro inútil y al pesar tardío
Ni deudo ni amistad darán consuelo.
Para evitar futuro tan sombrío
Con el insigne Tasso te interpelo
Diciéndote en su lengua *dolce e bella:*
«*Cangia, prego, consiglio, pazzerella*».

XXXII.

Mas ¿qué digo? No es fuerza que la fiebre
Te injurie, ó que la lima de los años
El frágil barro de tu orgullo quiebre,
Para que llores crudos desengaños.
Para uno que te adore y te celebre,
Cien y cien de tus párpados huraños
Huirán; que ya no es moda en los garzones
Sembrar suspiros por coger sofiones.

XXXIII.

Y ántes que ser bonita una mujer,
Como el busto que olia la raposa,
Que sepa hacerse amar es menester;
Y quizá para amiga ó para esposa
Más apta una romilla suele ser,
Si es viva y tierna y plácida y graciosa,
Que la que afecta (Amor se lo perdone!)
Fieros de Juno en fiestas de Dïone.—



XXXIV.

Mas quizá es mi sermon inoportuno;
Que todo á una deidad es permitido.
Ceso pues. Y, á propósito de Juno,
¿Podrá dejar mi sátira en olvido
El orgullo, insufrible cual ninguno,
Del cochero soez y foragido
Que al verse encaramado en el pescante
Disputa el cetro á Júpiter tonante?

XXXV.

Al ver cómo el jastial se pavonea,
Diríase que es suyo el tren suntuoso,
Y no del que le ha dado la librea.
¡Con qué arrogancia á roso y á belloso
El formidable látigo chasquea!
No haria más si el premio, allá en el coso
De Olimpia, disputase su fatiga
Rigiendo ufano la veloz cuadriga.

XXXVI.

Y no le importa al bárbaro un comino
Si ora el tinglado obstante al cubo enreda,
Ó mal tomando el ángulo al camino
Descantona la calle de la Greda,
Ó sobre algun pedestre convecino,
Viceversa de Ixion, pasa la rueda.
Ni atiende á gritos ni respeta bulas:
Para él sólo son prójimos las mulas.

XXXVII.

No empero siempre de desdicha tanta
Es culpable el cerril automedonte.
Hombre hay que del lugar donde se planta
No apartaria el mismo Faetonte,
Ni tomara lecciones de Atalanta
Aunque viera sobre él rodar un monte;
Y hay quien, por no pararse dos minutos,
Corre y cruza, sin ver ruedas ni brutos.



XXXVIII.

Y á veces ni al auriga ni al peon
Puede achacarse, sino al ciego acaso,
Que este sufra imprevisto revolcon
Ó bote el otro sobre el suelo raso;
Si bien apénas leve contusion
Suele causarle el hórrido fracaso
Que hace astillas la caja y tulle al dueño.
El cráneo cocheril es berroqueño!

XXXIX.

Esos inconvenientes y otros tales
Consigo, entre los bienes que acumulan,
Llevan las populosas capitales.
Équites peditesque allí pululan;
Obstrúyense las ruas principales;
Los negocios apremian y estimulan;
Este se emboba, se apresura el otro;
Se hunde una tapia; se desboca un potro....

XL.

Y porque sin saber cómo ni cuándo
Una ú otra catástrofe acontezca,
Ó porque algun cochero infrinja el bando,
Bien de Baco al espíritu obedezca,
Ora de su amo al imprudente mando,
¿Se querrá que maldita desparezca
La invencion seductora y regalada
De andar con piés ajenos? Áhi es nada!

XLI.

Qué! ¿sólo al que por lujo la utiliza
Hace bien esta industria floreciente,
Ó á la persona débil y enfermiza
Que excusarla no puede humanamente,
Y quizá de su pan economiza
Lo que el jaco le come y el sirviente?
¿No mantiene á infinitos menestrales
En patios, tiendas, cuadras y corrales?

XLII.

Tal censor, que ceñudo filosofa
Al ver en auge tan preciado invento;
Tal, que con mil injurias apostrofa
Al que gasta su haber con lucimiento,
Ó del simon decrépito se mofa,
Y áun del sietemesino tres-por-ciento,
Bien colárase dentro, aunque se hubiera
De prensar en la humilde bigotera.

XLIII.

Cuando en calesa va majo de rumbo
Con su cuya, ora al rio, ora al chiquero,
Y acá da una carrera y allá un tumbo,
¿Por ventura á pareja y calesero
Les importa Madrid un higo chumbo?
«Arrea, que me cuesta el real dinero!»,
Dice él, y ella repite: «Arrea, arrea!»,
Y con el Padre Santo se tutea.—

XLIV.

Tipo es tambien de desvergüenza, y mucha,
El parásito audaz, el hombre hiedra,
El que desde Madrid huele y escucha
Lo que guisando están en Pontevedra;
Que si hace honor á la pintada trucha,
No la ignoble tarángana le arredra;
De cuyo vientre, en fin, cosmopolita
No hay despensa segura ni marmita.

XLV.

No hablo de aquel que, pobre y desvalido,
Del deudo ó del amigo acepta el plato
Y se muestra al favor agradecido;
Hablo del que, por darse mejor trato
Que el de su triste sopa y pobre nido,
Ó porque eso le sale más barato
Que aumentar trabajando su caudal,
De todo biencomiente es comensal.

XLVI.

Y es de ver la marcial desenvoltura
Con que al primer envido dice quiero;
Sino es que con impávida frescura
Exclama: «He despedido al cocinero
Que mi paciencia y mi bolsillo apura,
Y al olor de tu próvido puchero
Aquí me tienes: te amo con ahinco,
Y donde comen cuatro comen cinco».

XLVII.

De ellos los hay que, tras comer de gorra
En una casa un dia y otro dia
Con hambre que honraría á Calahorra,
En ella ejercen dura tiranía,
Y hoy de un fámulo culpan la pachorra,
Mañana de un portero la osadía,
Ó con un chisme y otro (inícua hazaña!)
Siembran en la familia la cizaña.

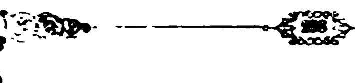


XLVIII.

Y nada á su escrutinio se reserva,
Y miéntras celo, fe, lealtad simulan,
Quizá con la consorte infiel, proterva
Y el intruso galan se confabulan;
Ó quizá cuando Témis ó Minerva
Alejan al patron que tanto adulan,
Parásitos tambien del yugo santo,
Se alzan con la limosna y con el santo.—

XLIX.

Vuelvo al cajon.... Mas si apurarlo intento,
Perdurable será la taracea;
Ni dieran más valor á mi argumento
Otros cien tipos de ínfima ralea,
Que es, cada cual en su órbita, elemento
De tu firme poder, horrible Dea;
Y harto he probado que tu cetro inmundo
Más que el de Octavio señorea el mundo.

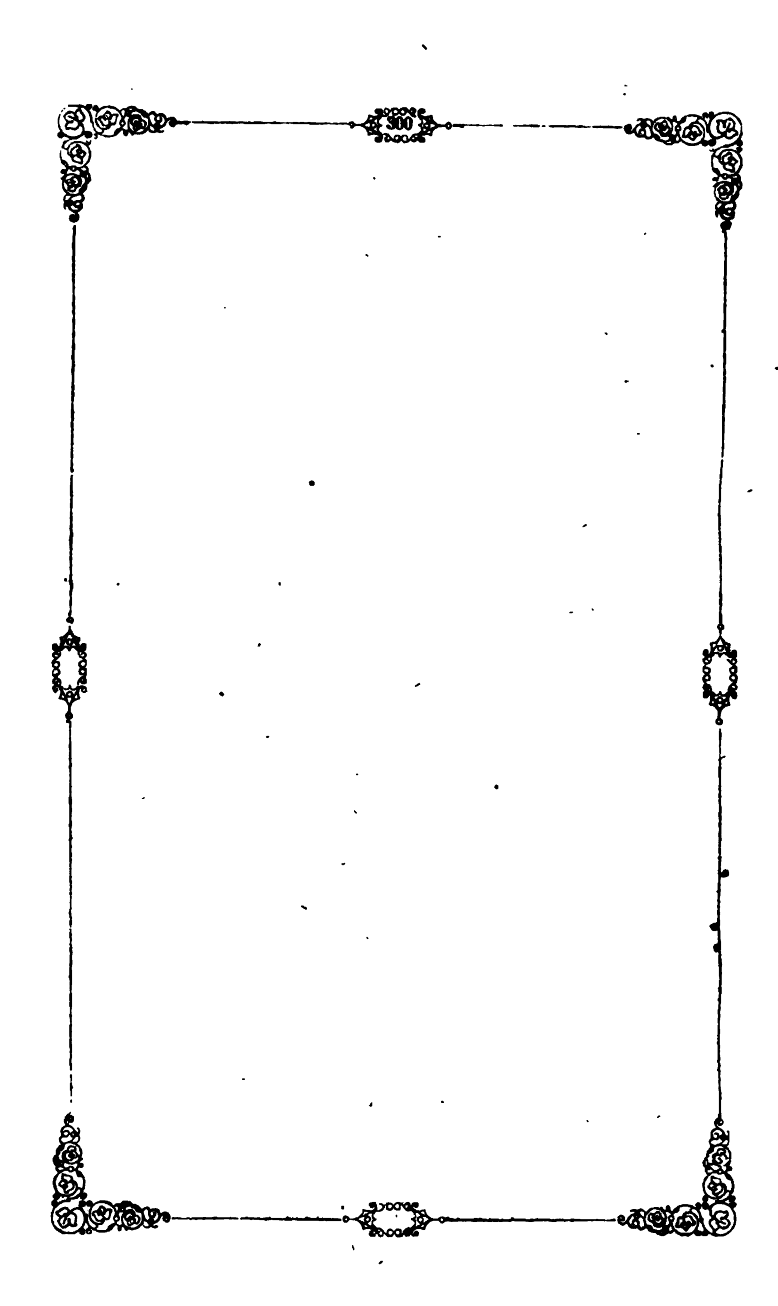


L.

Ni todas las que faltan en la lista
Culpas veniales y plebeyas son;
Muy gordas las suprimo, que á la vista
Están del mas mïope y más huron.
Y dirán que soy vate pesimista!....
Áun lo dirian, ay! con mas razon
Si, venciendo el temor con que batallo,
Cantara la mitad de lo que callo.

FIN DEL POEMA.

ÍNDICE.


300




PQ 6506 .D4
C.1
La desverguenza :
Stanford University Libraries
3 6105 036 818 206
PQ
6506
.D4
DATE DUE
STANFORD UNIVERSITY LIBRARIES
STANFORD, CALIFORNIA
94305

